

ISSN 0185-1330 VOLUMEN 21

UNIVERSIDAD DE MEXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO / DICIEMBRE 1994, NUM. 527

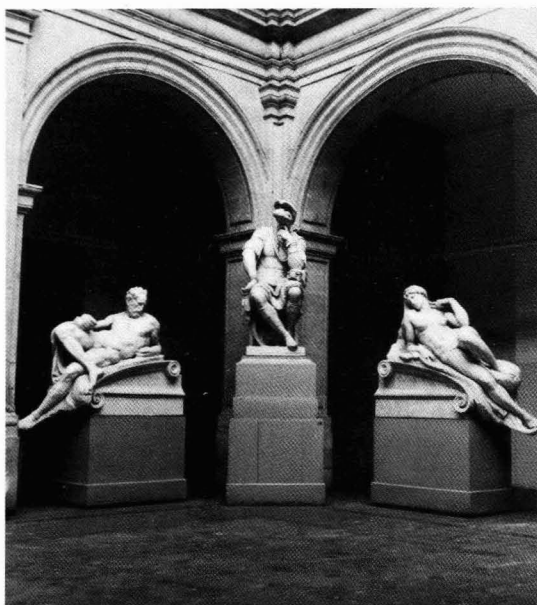
Textos e
ilustraciones
de Gunther
Gerzso

Cultura, humanismo
y memoria impresa

PATRIMONIO UNIVERSITARIO

Academia de San Carlos

(Antiguo Hospital del Amor de Dios, hasta 1788)



ARCHIVO FOTOGRAFICO IE-UNAM

Yesos traídos de Europa, copias de las esculturas de Miguel Ángel de la tumba de los Medici



Yesos traídos de Europa en el siglo XIX para la Academia



**UNIVERSIDAD
DE MÉXICO**
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Coordinación de Humanidades

Director: Alberto Dallal

Consejo Editorial: José Luis Ceceña, Alberto Dallal, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Mario Melgar Adalid, León Olivé, Ruy Pérez Tamayo, Segio Pitó, Arcadio Poveda, Vicente Quirarte, Luis Villoro, Miguel José Yacamán

Coordinador editorial: Octavio Ortiz Gómez

Corrección: Amira Candelaria Webster

Publicidad y relaciones públicas: Ana María Molina

Administración: Leonora Luna Téllez

Diseño y producción editorial: El Equilibrista, Diseño Gráfico y Servicios Editoriales, S.C.

Oficinas de la revista: Insurgentes Sur 3744, Tlalpan, México, D.F., C.P. 14000. Apartado Postal 70288, C.P. 04510, México, D.F.

Tel. 606 1391 y FAX 666 3749. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC Núm. 061 1286. Características 2286611212

Impresión: Offset Rebosan, S.A. de C.V., Zacahuitzco 40, Col. Portales, C.P. 03300

Precio del ejemplar: N\$10.00. Suscripción anual: N\$100.00 (US\$90.00 en el extranjero). Periodicidad mensual. Tiraje de cuatro mil ejemplares.

Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

Certificado de Licitud de Título número 2801. Certificado de Licitud de Contenido número 1797. Reserva de uso exclusivo número 112-86

Índice

	◆ 2 ◆	Presentación
PURA LÓPEZ COLOMÉ	◆ 3 ◆	Dolor de corazón
IGNACIO GONZÁLEZ-POLO	◆ 4 ◆	Presencia y muerte del caballero general Manuel D. Asúnsolo (1881-1911)
VICENTE QUIRARTE	◆ 7 ◆	La Universidad como libro
RUXANDRA CHISALITA	◆ 10 ◆	El centenario de la <i>Revista Azul</i> (1894-1994)
ALEJANDRO OLMOS CRUZ	◆ 16 ◆	Periodismo cultural básico
CARMEN GALINDO	◆ 19 ◆	Novo 94
FELÍCITAS LÓPEZ PORTILLO T.	◆ 22 ◆	Hispanismo e indigenismo: la polémica de los (verdaderos) huesos de Cortés y Cuauhtémoc
ANTONIO DELTORO	◆ 30 ◆	A lápiz
GUNTHER GERZSO	◆ 31 ◆	Reflexiones
MIGUEL DE LA MADRID HURTADO	◆ 39 ◆	Presencia histórica del Fondo de Cultura Económica
EUGENIO AGUIRRE	◆ 43 ◆	En la destilería
DAVID PANTOJA MORÁN	◆ 45 ◆	Condorcet y Sieyès. Dos intelectuales frente a la política
ANTONIO MENDOZA	◆ 50 ◆	Historia apócrifa en Deauville
IGNACIO CARRILLO PRIETO	◆ 51 ◆	De la vida y la obra de Mario de la Cueva
FLORENCE TOUSSAINT	◆ 57 ◆	Las crónicas de cuatro poetas del modernismo: fuentes para su estudio

MISCELÁNEA

PEDRO GONZÁLEZ OLVERA	◆ 60 ◆	La política exterior de México en una época de cambio
SERGE I. ZAÏTZEFF	◆ 61 ◆	Eros en las cartas de Rafael Cabrera a Julio Torri
ALBERTO DALLAL	◆ 64 ◆	Laura Urdapilleta, artista plena
	◆ 66 ◆	Colaboradores

Presentación



***E**n las ideas que este número vierte convergen tres importantes tradiciones mexicanas: los materiales escritos y registrados en los libros, las revistas y los periódicos; la participación del humanista, ya sea vía la política, ya sea mediante el ejercicio académico; la creación artística, fuente de infinitas sabidurías que transmiten las imágenes visuales y los giros del lenguaje en la prosa y en la poesía. Todo ello ha desembocado de siempre en un humanismo peculiar que en México ha resultado más vigoroso y trascendente que los cambios sociales, las estructuras del poder y las modas intelectuales. Este humanismo, evidente a partir de la inteligencia novohispana, refleja su consistencia en las ideas y las letras de la Colonia, en la militancia política, literaria y periodística de nuestros más notables hacedores de la nacionalidad mexicana en el siglo XIX y desemboca en los proyectos literarios, periodísticos y académicos de la Revolución y la posrevolución. Proyectos y realizaciones, muestras y comprobaciones de este humanismo son el Fondo de Cultura Económica y la propia Universidad Nacional Autónoma de México, profundos núcleos generadores de conocimiento, cultura y sabiduría militante. Ante los grandes cambios que se inician en las postrimerías de este siglo podemos apoyar y prever los perfiles de nuestra nación mexicana en los fundamentos humanísticos que salvaguardan y garantizan los elementos que en este número de la revista comprobamos sancionados por la historia. ♦*

Dolor de corazón

PURA LÓPEZ COLOMÉ

*¿Por qué erráis solitarios por las embarcaciones y
el campamento en medio de la noche inmortal?*

Iliada, x, 139

La laguna Estigia no tiene fin, me dijo.
Hay quienes la llaman río, gran Estigio.
Fluye de todas maneras.
Su brillo encandila a sabios y creyentes.
Es un cauce de ilusión, rumoroso,
cuyo eco se aloja fácilmente en los oídos:
es una cifra
multiplicada en sí, por sí, para sí.
¡Oh espejismo de tantos laberintos!
¡Oh camino inextricablemente humano!

Intuyo su principio en esta barca, murmuré.
Sus tablones han dejado huellas en mis manos.
Heme aquí,
en un punto que podría ser mitad
de la vida, de la noche,
o verdadera cercanía del horizonte.
¿Es éste el ojo de agua
donde la diosa hundió a su hijo
y al amor que le tenía
para hacerlo invulnerable?
Radiante,
él lanzaría su carcajada
a las búsquedas brutales,
ropajes del hueso y de la carne.
Y gritaría sí, éste es el verbo.

Heme aquí, sin embargo,
con los lagrimales secos.
No sé remar, Aquiles. ♦

Presencia y muerte del caballeroso general Manuel D. Asúnsolo (1881-1911)

IGNACIO GONZÁLEZ-POLO

Los atentados, los despojos, la arbitrariedad y una falta absoluta de libertad, cada vez más ignominiosa en nuestro país durante los últimos años del Porfirismo, precipitaron el torrente revolucionario que estalló en Chihuahua el 20 de noviembre de 1910. El pueblo había agotado ya su paciencia.

La campaña antirreleccionista de Francisco I. Madero, que había proclamado la fórmula Madero-Vázquez Gómez, terminó con el triunfo fraudulento de Porfirio Díaz y el encarcelamiento del candidato opositor. Madero logró fugarse de la prisión de San Luis Potosí y se refugió en San Antonio, Texas, desde donde dio a conocer el Plan de San Luis, con el que se regiría la Revolución.

El pueblo prestó amplio apoyo a las consignas de Madero y a las de los hermanos Flores Magón, cuyo alzamiento semanas después, en Baja California, fracasó. El asesinato de Aquiles Serdán, en Puebla, fue el prolegómeno del movimiento. Pascual Orozco y Francisco Villa iniciaron la guerra de guerrillas. Federales y revolucionarias chocaron sucesivamente en los encuentros de Pedernales, Cerro Prieto, Mal Paso y Ciudad Guerrero.

El 12 de febrero de 1911 Madero entró en territorio mexicano. Unido a Abraham González se dirigió a atacar Casas Grandes. Al ser rechazado se refugió en la hacienda de Bustillos donde, junto con José Luz Blanco, Pascual Orozco y Pancho Villa, planeó el sitio de Ciudad Juárez. Porfirio Díaz, mientras tanto, prometía mejoras en la justicia y en la ley electoral; sin embargo la subversión ya era incontenible en todo el país. La muerte del paladín zacatecano Luis Moya avivó la hoguera.

El ejército libertador avanzó siguiendo la línea del Ferrocarril Noroeste y llegó a Ciudad Juárez el 19 de abril. Madero estableció su cuartel general en la "casa gris", donde recibió las embajadas porfiristas de Óscar Braniff y Toribio Esquivel Obregón, y posteriormente de Francisco Carvajal, quienes venían a proponerle el cese de las hostilidades. Las negociaciones fracasaron.

El 7 de mayo don Francisco I. Madero decidió levantar el sitio a Ciudad Juárez, que se prolongaba demasiado, y

dirigirse al sur. Pero informado de que el presidente Díaz había anunciado su propósito de renunciar, volvió sobre sus pasos para continuar el cerco.

Mientras tanto, los hermanos Ambrosio, Rómulo y Francisco Figueroa se alzaban en armas en el estado de Guerrero. En el vecino estado de Morelos surgía otra figura de extraordinarias proyecciones: Emiliano Zapata, que se levantó en armas para protestar contra los latifundistas que despojaban de las tierras a sus legítimos dueños, y contra el brutal sistema de leva, que convertía en forzados soldados a los campesinos que se atrevían a rebelarse contra los hacendados. El 11 de marzo de 1911 Zapata se incorporó al movimiento revolucionario iniciado por Madero.

Vencidas militarmente las fuerzas porfiristas que había en Morelos, el caudillo Zapata, conocedor de la situación política y social de esa entidad, se negó a tratar con los "delegados de paz" que le enviaron, pues por una parte estimó innecesario conferenciar con ellos y, por otra, los consideró, con sobrada razón, desafectos del movimiento popular.¹

Sin embargo, John Womack informa de una nueva reunión en la que participaron, entre otros, los generales Leyva, Zapata y Asúnsolo para tratar en Jonacatepec un armisticio que sí tuvo éxito.² Al frente de tropas guerrerense que dependían del general Figueroa, Manuel D. Asúnsolo ocupó pacíficamente la plaza de Cuernavaca el 21 de mayo.

Pero ¿quién fue el general Manuel D. Asúnsolo? Es muy poco lo que se conoce de él y fue muy corta su gloria —murió a los 30 años de edad—; sin embargo, es un digno ejemplo de aquellos hombres comprometidos con su tiempo que surgieron en un marco nacional y local de contradicciones.

Miembro de una familia acomodada, latifundista y de gran abolengo, Manuel Dolores Asúnsolo fue un joven fuera

¹ Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, vol. I, [s.i.], México, 1934-1952, p. 132.

² John Womack, *Zapata y la Revolución mexicana*, trad. Francisco González Aramburo, (América nuestra. Caminos de liberación, 10), Siglo XXI, México, 1977, p. 79.



El general Manuel D. Asúnsolo a los 28 años de edad

de serie que no comulgó jamás ni con los prejuicios ni con los procedimientos insolentes de su clase. Nació en Chihuahua el 15 de abril de 1881, hijo de Juan Manuel Asúnsolo Sacqui y de Beatriz Jaques Maceira Sánchez Pareja, cuyo matrimonio tuvo once hijos.³

Educado en Chihuahua y luego en los Estados Unidos de Norteamérica, donde estudió milicia de 1900 a 1902 en el Colegio Militar de Michigan, en Orchard Lake, casó con la distinguida dama Marie Morand Pitre, oriunda de Sandwich Ontario, Canadá, descendiente de antiguos colonos franceses establecidos en aquel país.⁴ Con ella procreó cuatro hijos, que cuando Asúnsolo murió (1911) tenían las siguientes edades: María, seis años; Francisco, cinco años; Manuel, tres años, y Beatriz, diez meses.⁵

Regresó a su patria procedente de San Luis Missouri y se instaló en Chilpancingo, Guerrero, donde ejerció de 1905 a 1911, asociado con Noble B. Judah, el oficio de la minería en la región de Chichihualco.⁶

Al iniciarse en el estado de Guerrero la Revolución contra el régimen de Díaz, Asúnsolo se incorporó desde un principio a las fuerzas surianas al mando del general Ambrosio

Figueroa. Junto con el general Figueroa y sus hermanos Francisco, Andrés y Rómulo, y con los coroneles Martín Viario, Ernesto Castrejón y el mayor Fidel Fuentes, tomó parte activa en la organización de numerosos contingentes en los minerales de La Dicha y La Delfina, así como en las poblaciones de Chichihualco, Zumpango del Río y Tlacotepec. El general Asúnsolo sostuvo con fondos propios estos contingentes, al frente de los cuales asistió al ataque y toma de las plazas de Chilpancingo e Iguala.⁷

Manuel Asúnsolo permaneció a las órdenes del general Figueroa y figuró entre los jefes y oficiales que decidieron integrar el gobierno provicional del estado de Guerrero (16 de mayo). Cuando los federales evacuaron la plaza de Cuernavaca fue designado para que con ochocientos hombres ocupara aquella ciudad, lo que efectuó pacíficamente, como ya hemos visto, el 21 de mayo de 1911, entregando la plaza al general Emiliano Zapata.

Esta acción controvertida fue una decisión respetuosa a la autoridad de Zapata,⁸ que desde luego no fue aprobada por su superior, el otro líder del sur, general Ambrosio Figueroa.⁹

La "voluntad del pueblo", el "programa de la Revolución", dice Mario Colín,

fueron conceptos en los que, ciertamente, en la avalancha revolucionaria había numerosos y distintos criterios. Manuel D. Asúnsolo tenía los suyos, y armonizaban con sus propósitos de unir fuerzas para dar vida a un nuevo sistema distinto en su base al que los revolucionarios trataban de destruir. Éste fue el sentido de su intervención y de su conducta en relación

⁷ V. Arturo Figueroa Uriza, *Ciudadanos en armas; antecendencia y datos para la historia de la Revolución mexicana*, vol. I, B. Costa Amic, México, 1960, p. 174, y Relación de méritos certificados en el Archivo Militar de la Secretaría de la Defensa, el 21 de agosto de 1940, por el ex general de brigada Rómulo Figueroa, de cuyo original tiene copia en su archivo particular la señora María Asúnsolo, Vda. de Colín.

⁸ Y aunque ciertamente el historiador norteamericano Womack (*op. cit.*, pp. 91-92), trata con mucha ligereza este aspecto, él mismo reconoce estupefacto —sin entender el verdadero meollo bien intencionado de Asúnsolo, que contrasta marcadamente con la beligerancia de Federico Morales, ejecutor de Gabriel Tepepa en Jojutla— que: "El 26 de mayo, al día siguiente de dicho fusilamiento, Zapata conversaba cordialmente con Asúnsolo." Y, además, que el 29 de ese mismo mes: "Zapata, Asúnsolo y otro rebelde que había colaborado con los Figueroa, Alfonso Miranda, declararon que se habían arreglado satisfactoriamente las diferencias entre los dos movimientos revolucionarios." Pero todavía más, dice el mismo Womack, que el propio Zapata desde entonces, "estaba recibiendo regularmente dinero para pagar sus tropas rebeldes y las deudas revolucionarias. Entre el 29 de mayo y el 2 de junio, el Banco de Morelos y la oficina de Cuernavaca del Banco Nacional le entregaban veinte mil pesos para los gastos de su ejército". Cabe subrayar aquí que justamente Juan Carreón, gerente del Banco de Morelos, era paisano y conocido de Manuel Asúnsolo. Y aunque aquél "hacía incapié en que Zapata parecía ser incapaz de disciplinar a sus hombres", se comprometió "con gusto en colaborar con la causa de la Revolución, e incluso, asumir el cargo de gobernador provicional del Estado de Morelos, siempre y cuando Asúnsolo permaneciera en Cuernavaca".

⁹ V. Arturo Figueroa Uriza, *op. cit.*, vol. I, p. 209.

³ Datos proporcionados por su hija, María Asúnsolo.

⁴ *Ibid.*

⁵ Declaraciones de la viuda del general Manuel Asúnsolo, en el periódico *El Imparcial*, 29 Noviembre 1911, México, p. 8.

⁶ *History of "La Princesa" and "La Indiana" mines, 1905 to 1911. Letters from: Noble B. Judah, Jr. and Manuel D. Asúnsolo*, Archivo particular de María Asúnsolo, Vda. de Colín, Cuernavaca, Morelos.



Los generales Emiliano Zapata y Manuel D. Asúnsolo, cuando éste entregó al primero la plaza de Cuernavaca

con las divergencias entre los caudillos rivales Ambrosio Figueroa y Emiliano Zapata.¹⁰

Por ello, Manuel Asúnsolo vivió en Morelos el último periodo de su vida revolucionaria en perfecta armonía con los zapatistas. Durante los tres meses que duró Asúnsolo en Cuernavaca, su honorable y buena presencia, cordial y educada, caballerosa y conciliadora, dejó una grata impresión a quienes lo conocieron. Así, Arturo Figueroa Uriza dice de él: "Era persona culta, de palabra elocuente y jovial..."¹¹ Y la escritora británica Rosa E. King, que lo trató muy de cerca en aquella capital cuando acudió a él, en la alcoba de su cuartel, para pedirle que las huestes de Zapata no saquearan las instalaciones de su hotel, dice:

Subimos las escaleras de las viejas barracas, a un cuarto al cual un indio nos señaló con la punta de su rifle. Para mi sorpresa, la habitación estaba perfectamente limpia, la cama impecable, y orden y limpieza se veían por doquier —algo totalmente

¹⁰ Mario Colín Sánchez, *En la flor de la vida. Presencia y muerte de Manuel D. Asúnsolo*, cuyo original inédito será próximamente publicado por su viuda María Asúnsolo.

¹¹ V. Arturo Figueroa Uriza, *op. cit.*, vol. I, p. 174.

inusual para un ejército en campaña. El hombre que me recibió cortésmente y en perfecto inglés, fue el mismo general Asúnsolo.

Desde que conocí al general Asúnsolo, ya no tuve más temor. Asúnsolo era un individuo diferente de los malencarados y rudos indios que lo rodeaban. Más como un hombre a los que yo estaba acostumbrada. Era un militar de familia aristocrática, educado en los Estados Unidos de Norteamérica y lleno de vida, al cual le gustaba la música moderna del Jazz [...] ¹²

Asúnsolo acompañó a Madero, con su estado mayor, desde Tres Marías hasta Cuernavaca (12 de junio),¹³ luego se dirigió a Tepoztlán —donde fue aclamado por su limpia trayectoria como "invicto paladín de los derechos del pueblo"¹⁴—, y de aquí a la capital del país, donde le esperaba la muerte a manos del hijo del coronel Pablo Escandón, jefe del Estado Mayor de Porfirio Díaz, gran hacendado y ex gobernador del estado de Morelos.

Según se sabe, entre Pablo Escandón hijo y Manuel Asúnsolo existían viejas rencillas por la participación de éste en la Revolución. Un grupo de amigos, deseando poner fin a aquella predisposición acordaron ofrecer una cena en el Café Colón, donde los rivales en efecto se dieron un abrazo de reconciliación. Lo cierto es que ese mismo día, de un lugar a otro se fueron a instalar, finalmente, por invitación de Escandón, al bar del Jockey Club en el Palacio de los Azulejos (hoy Sanborns de Madero), donde Asúnsolo fue imprecado nuevamente con im-

pertinencia por Escandón, subiendo de tono el ánimo entre ambos hasta que el segundo sacó su pistola e hirió arteralmente al primero —que iba desarmado— de tres balazos, que originaron su deceso al día siguiente. Manuel D. Asúnsolo falleció a las ocho y cuarto de la noche del 25 de noviembre de 1911.¹⁵ Tres días después, Zapata proclamaría el Plan de Ayala, y un año y meses más tarde, Madero era asesinado.

La Revolución mexicana, prolongada por la escasez de hombres impertérritos, fue tan violenta que causó la baja sangrienta de muchos de sus mejores y más nítidos protagonistas. ♦

¹² Rosa E. King, *Tempest over Mexico. A personal chronicle*, Little, Brown and Company, Boston, 1936, pp. 66 y 68.

¹³ Gildardo Magaña, *op. cit.*, vol. I, p. 163.

¹⁴ Aún conserva entrañablemente su hija, María Asúnsolo, en un marco sencillo pero bellísimo, la banda tricolor del general que tiene una leyenda que dice, sin fecha: "Al Ilustre General Divisionario Manuel D. Asúnsolo, invicto paladín de los derechos del pueblo./ Tepoztlán le ofrenda su gratitud perenne."

¹⁵ Los periódicos de la época relatan el hecho horrorizados por las circunstancias que concurrieron, de premeditación, alevosía y ventaja, cuyo epílogo concluyó, días después, con la muerte también del asesino, que se dio un balazo en una pierna al sacar su revólver para matar a Asúnsolo.

La Universidad como libro

VICENTE QUIRARTE

Desde la etimología de sus nombres, la Universidad y el libro anuncian su calidad de suma de los conocimientos que acumulamos a lo largo de nuestra breve experiencia planetaria. Gracias a los centros de cultura y a su concreción en el ser generoso y exigente que llamamos libro, el pensamiento es más longevo que quien lo genera y puede alcanzar, en ocasiones, lo que llamamos eternidad. La Universidad y el libro tienen el privilegio de su doble personalidad: espacios de tránsito, provocadores de las más altas y peligrosas adicciones, gracias a ellos podemos viajar sin movernos de nuestro sitio; mirar más allá de los ojos. Pero el libro como objeto y la Universidad como un conjunto de edificios carecen de sentido sin los seres humanos que a partir de esas realidades hacen más vasto el horizonte.

En 1554, Alonso de la Veracruz dedica a la Real y Pontificia Universidad de México la primera edición americana de la *Dialéctica* de Aristóteles. Cuatro siglos más tarde, Rubén Bonifaz Nuño encabeza el proyecto de traducir a la sensibilidad de nuestro tiempo las obras de los clásicos grecolatinos —esos viejos siempre tan jóvenes— en la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*, bajo la bandera de nuestra casa de estudios. Bastaría el anterior, como varios otros ejemplos, para demostrar el desarrollo paralelo que han tenido los libros y la Universidad en la evolución de nuestro país.

Hacer la historia de la actividad editorial en nuestra máxima casa de estudios es una actividad necesaria e impostergable. Afortunadamente, comienza a darse los primeros pasos. La prolija investigación realizada por Georgina Araceli Torres, de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, bajo el título *La Universidad en sus publicaciones*, aparecerá en breve bajo el sello de la Coordinación de Humanidades. Actualmente, la Dirección General de Publicaciones y la Dirección General de Fomento Editorial, junto con el Instituto de Investigaciones Bibliográficas, proyectan la realización del catálogo histórico de las publicaciones universitarias. Del mismo modo en que un conjunto de hojas no constituye un libro ni una suma de libros una biblioteca, sería incompleta una Universidad sin conocimiento de su acervo bibliográfico. Como señala el maestro Mario Melgar Adalid en el recientemente publicado Catálogo de las

Colecciones de la Coordinación de Humanidades: “Conocer nuestro patrimonio editorial, rastrear nuestros orígenes y evolución es una manera de defender esta parte sustancial de nuestra tarea.”

A partir de esta premisa, quienes en la Universidad nos vemos involucrados en el universo del libro, sea como autores o como editores, debemos formularnos varias preguntas: ¿qué libros hacer y para quiénes? Hablar del legado bibliográfico de la Universidad es un manifiesto y una pregunta: todo legado intelectual tiene la obligación de mantener la vigencia que el oro y la espada pierden con el paso del tiempo. Se extinguió la pasión de un muchacho llamado Cayo Valerio Catulo por una mujer llamada Lesbia; de los restos de un emperador llamado Marco Aurelio no queda acaso sino el polvo; alguna vez caminó por nuestras calles un soldado de la pluma que respondía al nombre de José Joaquín Fernández de Lizardi. Pero los *Cármenes*, los *Pensamientos*, *Las conversaciones del payo y el sacristán* son una herencia viva, gracias a la cual conversamos, ahora y mañana, con los autores, sea en el aula, en el coloquio o en las cada vez menos frecuentes horas dedicadas a la lectura gratuita y desinteresada, el más creativo y noble de los ocios.

A José Vasconcelos se debe la iniciativa de publicar obras de autores clásicos en ediciones de gran tiraje. *La Historia de México* de Justo Sierra, nuestro fundador, alcanzó un tiraje de 100 mil ejemplares y su distribución fue prácticamente gratuita entre los sectores marginados. En 1992, con motivo del encuentro de dos mundos, *Visión de los vencidos* de Miguel León-Portilla alcanzó un tiraje de 100 mil ejemplares. Son dignos de mención ambos ejemplos para ver cómo dos libros de historia, escritos en el mejor de los estilos, alcanzan tirajes análogos en épocas donde la población consumidora es numéricamente muy distinta. El México de Vasconcelos no es el mismo que el nuestro: el analfabetismo ha retrocedido pero los índices de lectura están muy por debajo de lo deseable. Otros son los enemigos y más poderosas sus armas. El reino de la fantasía, como alegoriza Michael Ende en *La historia interminable*, se ve gravemente amenazado por quienes buscan el control del pensamiento o su total desaparición.

El combate librado por los defensores de Tenochtitlan, recogido en la citada obra de León-Portilla, es tan heroico como

el mantenido por el libro contra los grandes consorcios comunicadores que ven en el libro uno de sus principales oponentes. En su miliar conferencia en la Universidad Argentina de Córdoba, en octubre de 1922, Vasconcelos dejó claro que el progreso de un país no se lograría sólo mediante la multiplicación de las escuelas; era necesario que el libro apoyara esta cruzada civilizadora. En un país donde el reparto de tierra y la utilización racional y justa de los recursos materiales eran preocupaciones prioritarias, parecía un lujo la publicación de obras de Romain Rolland o Rabindranath Tagore, y así intentaron propagarlo las fuerzas oscurantistas. Vasconcelos y sus colaboradores no escucharon la necesidad de esas palabras y quisieron ser más atentos a la frase de José Martí: "Ser cultos para ser libres." El ceño fruncido del *David* de Miguel Ángel, recreado en la biografía de Rolland, bien puede ser metáfora del México bisoño pero desafiante que demostraba la posibilidad de vencer al gigante del pretérito con las armas de la inteligencia. Pocos lo expresaron tan claramente como Gilberto Owen: al mencionar la colección de clásicos mediante los cuales la juventud hacía la construcción duradera del país, habla de "unos libros que olían tan a nuevos, los muy clásicos, que parecían escritos aquella misma mañana".

Quienes en la Universidad nos vemos involucrados en el universo del libro, debemos formularnos varias preguntas: ¿qué libros hacer y para quiénes?, ¿cómo hacer para que la forma y el fondo se combinen, de tal modo que al significante corresponda el significado? Un título de la Biblioteca del Estudiante Universitario como *Pueblo y canto* de Ángel de Campo, nuestro entrañable Micrós, descubridor del barrio, historiador de los hombres sin historia, cabe en la bolsa del saco o del pantalón y es compañero del viaje hacia el trabajo o la escuela. En cambio, el *Material poético* de Carlos Pellicer es una prueba de la tangibilidad de la poesía. El propio poeta tabasqueño solía decir que por su peso y su tamaño era un material para construir casa. Las metáforas se convierten en lugares comunes por su sabiduría y la de Pellicer no es la excepción: el libro es una casa cuya construcción exige el trabajo conjunto y especializado de cada uno de sus componentes.

Una visita a los talleres de la Imprenta Universitaria equivale a viajar a través de la historia de la imprenta. Desde el monotipo donde son fundidos en plomo cada uno de los caracteres, hasta la instantánea reproducción a través del rayo láser, el hombre ha atestado en este siglo XX un desarrollo sin paralelo en las artes gráficas. Habrá, naturalmente y por fortuna, los defensores de la vieja escuela y quienes se muestren decididos partidarios de los nuevos métodos. Subsisten los enamorados de la mano que siente la letra hundida en el papel de fibra natural y aumentan las legiones de los partidarios de los discos compactos donde cabe una enciclopedia. En cualquiera de los casos, la tarea del maestro tipógrafo debe ser la misma: tener el sentido de la que Lucca Paccioli llamaba Divina Proporción y hacer que un libro, por humilde que sea en su hechura, respete los cánones mínimos exigidos a un libro para que sea tal y no un conjunto de hojas impresas sin ninguna atención a los márgenes, los folios, el colofón, tan importante y vital como la puerta de entrada a un libro.

En este fin de siglo, abundan las argumentaciones que en nombre de la tecnocracia y de los nuevos sistemas de transmisión

del conocimiento, pregonan la muerte del libro. Acaso no estamos lejos de la terrible profecía de Ray Bradbury en *Fahrenheit 451* y debamos comenzar la formación de esa heroica tribu de hombres-libro encargados de mantener la memoria bibliográfica de la Tierra. Que los prodigios de la electrónica permitan el almacenamiento y la presentación de la cultura bajo otras formas y así se evite la tala de los bosques, es una intención loable, pero el libro tiene el mismo derecho a la vida que los árboles. Seguramente los troncos de aquellos que sirvieron para fabricar la celulosa después convertida en el papel holandés sobre el cual se imprimieron los grabados de la *Historia natural de la Nueva España* deben sentirse orgullosos de permanecer en esa otra forma de vida. De la edición casi artesanal de los aforismos de Hipócrates en versión de Manuel Carpio a las *Obras completas* de Francisco Hernández —orgullo de la industria editorial mexicana y ejemplo de dignidad tipográfica— ha habido una larga historia de trabajadores del libro, donde cada parte ha contribuido al todo armónico.

Un personaje de la novela *El Club Dumas* de Arturo Pérez-Reverte afirma que con los procesos actuales de edición, los libros tienen, a lo sumo, una vida de setenta años. También es verdad, como hace notar David Huerta, que en la historia del planeta, la del libro es cronológicamente breve. Si el libro llega a su fin, nunca dejaremos de lamentarlo, pero tampoco nos cansaremos de celebrar la juventud de esa criatura causante de algunos de los instantes más plenos de la existencia de quien haya hecho un libro parte de sí. Y si bien los lectores siguen siendo proporcionalmente escasos, y el fastuoso papel con el cual los incunables han llegado hasta nosotros no puede utilizarse para el libro que el estudiante lleva a la escuela, al lado del *walkman* o del balón de basquetbol, uno de los orgullos pasados y presentes de la Universidad es la durabilidad de sus libros. Al contrario de otras ediciones económicas que ofrecen productos mal llamados libros, nuestra Imprenta Universitaria se ha empeñado desde sus orígenes en elaborar un producto que cumpla requisitos de durabilidad y resistencia. Pero no se trata de un trabajo aislado sino del trabajo armónico de varias voluntades. Sin el ojo educado del tipógrafo, la plana no tendría el aire y la elegancia necesarias; sin la pericia del linotipista, no sería posible la traslación del original al cuerpo tangible de la letra; sin la habilidad del cajista, la plana no tendría la simetría que ha identificado tradicionalmente al libro universitario; sin la precisión del prensista, cada página carecería de uniformidad; sin el cuidado del encuadernador, el libro no tendría la longevidad que caracteriza a nuestros libros frente a otros productos del mercado editorial que prefieren apostar por la ganancia económica en detrimento de la calidad. Sin los trabajadores del libro, en fin, las palabras serían patrimonio del viento.

Si en los murales de nuestra Ciudad Universitaria puede leerse la historia de nuestro país y los símbolos principales de nuestra Universidad y nuestra cultura, los libros universitarios han contado, a lo largo de los años, con el trabajo invaluable de grandes artistas plásticos y profesionales del diseño y las artes gráficas. A Carlos Mérida se debe el diseño para las cubiertas de la colección Nuestros Clásicos; Francisco Moreno Capdevilla es autor del grabado que simboliza la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, mientras a Francisco Díaz de León se debe el diseño de

la colección Nueva Biblioteca Mexicana. A Julio Prieto, Alberto Beltrán y el propio Moreno Capdevilla se deben numerosas viñetas de libros universitarios, actualmente rescatadas en las reimpresiones y nuevas ediciones de los más de cien títulos de la Biblioteca del Estudiante Universitario, en opinión de Edmundo O'Gorman una verdadera enciclopedia mexicana. El trabajo de Vicente Rojo en numerosos libros universitarios creó toda una escuela, de la que cabe destacar los nombres de Rafael López Castro y Bernardo Recamier. Germán Montalvo y Ricardo Noriega se suman a los diseñadores respetuosos de la hechura del libro como un trabajo de precisión, sensibilidad y exigencia.

La Universidad es una doble productora de libros. Por una parte, en sus institutos, centros, escuelas y facultades se generan los materiales intelectuales. Por la otra, durante varios años la elaboración de los libros universitarios fue realizada exclusivamente por los propios talleres universitarios, hasta que el crecimiento natural de la institución llevó en 1986 a la descentralización editorial. A la Imprenta Universitaria se encomendó, desde 1935, el trabajo de confeccionarlos. Por lo tanto, el próximo se cumplirán sesenta años de la aparición del primer libro universitario salido de los talleres ya constituidos como tales. No es casual que esa primera publicación sea un *Manual del linotipista. Descripción, operación y ajustes*, de Ernesto M. Rodríguez. El colofón de la obra es más que elocuente: "Este libro se acabó de imprimir en la Ciudad de México, el día 21 de marzo de 1935, en la Imprenta Universitaria, Calle de Bolivia 17." La próxima primavera marcará entonces el inicio de trabajos en la Imprenta Universitaria. Al *Manual del linotipista* siguieron ediciones como *Sinóptica clínica* de los doctores Ocaranza y Argil; *Impresos mexicanos del siglo XVI*, de Emilio Valtón; *Nociones de obstetricia*, de Fermín Viniegra; la revista *Asistencias*, de Beneficiencia Pública; y los *Anales* del Instituto de Biología. *Las cactáceas de México*, de Helia Bravo M. es un libro que medio siglo después de su primera aparición, continúa vigente, como lo demostró su reedición en tres volúmenes —corregida y aumentada— por parte del Instituto de Biología.

Por lo que se desprende de la enumeración de los primeros títulos salidos de las prensas universitarias, el material bibliográfico estaba destinado desde entonces a cumplir con las tres funciones sustantivas asignadas a nuestra institución: docencia, investigación y difusión de la cultura. En 1961, el entonces rector Ignacio Chávez presidió la constitución de una Comisión Editorial que subrayaba lo anterior. Resulta ilustrativo citar un fragmento del acta constitutiva para comparar el quehacer editorial universitario de entonces con el que hoy nos ocupa:

1. En cuanto a la producción literaria, dar desde luego preferencia a ella en sus manifestaciones de investigación de los institutos, libros de los profesores, tesis de alumnos que ameriten publicarse.
2. En cuanto a la producción de libros de texto, tratar de incrementar la publicación de textos tanto de profesores universitarios como de profesores mexicanos ajenos a la Universidad que quisieran dar esa contribución a nuestra casa de estudios.
3. La producción de obras mexicanas raras por uno u otro motivo y que los editores comerciales no se lanzan a publicar por ser inactuales o no costeadables.

Aunque la Universidad de hoy no es la de ese entonces, en esencia su labor editorial, se ha mantenido fiel a esa línea de conducta: docencia, investigación y difusión de la cultura son los tres grandes ríos por los cuales se orienta la navegación de quienes se acercan a la Universidad como casa editora de sus libros, aquellos realizados por miembros de su comunidad o los que se convierten en universitarios por su capacidad generativa, su voluntad inquebrantable o su afán visionario. A una editorial comercial hubiera resultado absurdo que alguien le ofreciera una Gramática Tenejapa. Hoy, la lengua normada por esa gramática corre peligro de desaparecer, y la obligación de nuestra máxima casa de estudios es publicarla, como lo está haciendo, dentro de la Colección Seminario de Estudios para la Descolonización de México. Con lo anterior, queda de manifiesto que la obligación de la Universidad es llenar aquellas áreas del conocimiento donde la ganancia económica resulta secundaria.

En la evolución planetaria, el libro es una criatura joven y, paradójicamente, se halla en peligro de extinción. Hace un siglo y medio, un adolescente sentado en su sala de lectura podía dar la vuelta al mundo en ochenta días, buscar un tesoro enterrado en una isla desierta o asaltar, espada en mano, un barco enemigo. La imaginación creaba atmósferas, los sentidos del joven lector hacían eco a la intención del escritor que abría las puertas a mundos ilimitados. En nuestro fin de siglo, la realidad virtual parece haber abierto peligrosas puertas que otorgan a la imaginación nuevos poderes pero que tiene el peligro de convertirla en un organismo repetidor de esquemas preconcebidos, sin ninguna elección por parte del usuario.

En años anteriores el *Voyager II*, en viaje hacia Saturno, transportaba en su vientre de platino diversos testimonios del tercer planeta del Sistema Solar: canciones de ballenas jorobadas, poemas de Walt Whitman, discursos de nuestros grandes dirigentes para que seres distintos a nosotros pudieran enterarse de qué, cómo y dónde somos. Supongamos que se nos concediera enviar una nave semejante y a nuestra Universidad le solicitaran una muestra de su acervo bibliográfico. Ojos y manos de una raza acaso diferente examinarían entonces el cuerpo noble y duradero de las *Obras completas* de Francisco Hernández; se preguntarían si lo que llamamos poesía tiene el peso simbólico que concretamente posee el *Material poético* de Carlos Pellicer; le resultaría difícil aceptar que en un país pequeño y grande llamado México exista tal variedad de cactáceas, clasificadas gracias a la sabiduría de la doctora Helia Bravo; sabrían, a través de imágenes prodigiosas, de la existencia de un lugar llamado Lacandonia, pulmón y esperanza del planeta; le asombraría, a través del *Manual del linotipista* de Ernesto Rodríguez, de la existencia de una máquina primitiva que utilizaba plomo fundido para formar palabras, líneas, libros. Entonces podríamos enorgullecernos plenamente de la permanencia de nuestros libros, y la Universidad tendría el alcance que su nombre promete. Pero como estamos a unos cuantos años de terminar el milenio, y nuestros libros pasados, presentes y futuros están a nuestro alcance, gocemos la herencia que nos toca y defendámosla contra los heraldos negros que quisieran la muerte del libro, esa criatura varias veces centenaria que goza de cabal salud. ♦

El centenario de la *Revista Azul* (1894-1994)

RUXANDRA CHISALITA

1. Política y subsidios

Los años anteriores a la cuarta reelección de Porfirio Díaz en 1896 fueron años marcados por la crisis económica: en 1892 se perdieron las cosechas y las consecuencias se resintieron hasta el año siguiente. Acompañó la escasez una dramática baja de la plata, sin precedente en la historia de los metales preciosos. La construcción de ferrocarriles causó la alza considerable de los precios tanto en la capital de la República Mexicana como en los estados. En consecuencia se recomendaban medidas drásticas para conservar el crédito extranjero y entre éstas, un nuevo impuesto a los tres millones de contribuyentes con los que contaba el país y que cargaban con los nueve millones de improductivos.¹ Se hizo necesaria la supresión de empleos de poca utilidad, la reducción de los sueldos y la regularización de los impuestos:

se introdujeron en todas partes el orden, la disciplina y la moralidad; se perfeccionaron las cuentas del erario... y por primera vez desde la Independencia, o más bien desde el Grito de Dolores en 1810, los presupuestos se nivelaron al tercer año de emprendida la gigantesca labor; es decir, en el año de 1894-1895.²

El cambio comenzó en 1893 con el nombramiento de Limantour como ministro de Hacienda y se apoyaba en la apología de la reelección del caudillo. Por otra parte, había cierta desconfianza ante tal perspectiva: el general Díaz

puede también encogerse de hombros y seguir como hasta aquí sin programa político, dedicado exclusivamente a sostener la paz y el crédito, a fuerza de empréstitos y con la presión de cuarenta o cincuenta mil bayonetas, o como dice *El Partido Liberal*, puede concretarse simplemente, en su nuevo periodo, a cumplir las leyes que él mismo se da.³

¹ Ralph Roeder, *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz*, t. II, FCE, 1981, pp. 59-111.

² *Ibid.*, p. 95.

³ *Ibid.*, p. 63.

Las medidas económicas estabilizaron el presupuesto y con éste al gobierno dictatorial; entre otros recortes presupuestales recomendados, se retiraron los subsidios a algunos periódicos, entre estos a *El Partido Liberal*, cuyo suplemento dominical, la *Revista Azul*, fue una de las primeras grandes revistas literarias de Latinoamérica. El relevo del diario-matriz se haría mediante un periódico sujeto a las nuevas medidas políticas y económicas: *El Imparcial* de Reyes Spíndola. Por su parte, *El Partido Liberal*, junto con su revista había sido un

periódico ministerial, (que) pertenecía en todo y por todo al gobierno, y estaba destinado a defender la política del señor general Díaz de una manera incondicional y absoluta, como lo proclamamos en diferentes ocasiones, pues nunca creímos ni que nuestra labor era ingrata, ni que nuestra conducta era reprochable... Como era justo, se retribuía nuestro trabajo, pero no se compraba nuestra adhesión, ni se alquilaba nuestra conciencia...⁴

*El Imparcial*⁵ fue descrito como un periódico "grande, interesante rompiendo los moldes de la prensa ministerial",⁶ acorde con la nueva realidad que vivía el país.

2. Revistas latinoamericanas

El año 1894 significó el nacimiento de diferentes revistas literarias en Latinoamérica: la *Revista Blanca* en Cuba, *El Iris* en Perú, la *Revista de América* en Argentina, *Cosmópolis* en Venezuela, *El Pensamiento* en El Salvador, *Regeneración* en Honduras y *El Lápiz* en Panamá.

La *Revista Azul* fue fundada por Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo con el apoyo financiero de Apolinar Castillo, director de *El Partido Liberal*. La revista, cuyo primer número

⁴ Emmanuel Carballo, *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, Universidad de Guadalajara/Xalli, 1991, p. 315.

⁵ *Ibid.*, p. 314.

⁶ *Ibid.*, p. 315.

aparece el 6 de mayo 1894, deja de circular el 11 de octubre de 1896 con el número 24, cuatro días antes de la desaparición del diario. En su totalidad, consta de 128 números reunidos en cinco tomos. Sus colaboraciones son variadas y abarcan poesía, cuento, ensayo, crónica, fragmentos dramáticos y de novela, entre éstos un gran número de traducciones. El comentario de Carballo, de que “en treinta y cinco años y algunos meses, Gutiérrez Nájera se da tiempo para renovar la poesía, abrir nuevos caminos a la prosa narrativa y proveer un nuevo lenguaje y una nueva sensibilidad al periodismo de su época”,⁷ se puede hacer extensivo a la revista en su totalidad. Aunque no perteneciera a un grupo exclusivista de cultivadores de arte⁸ es fundadora de un lenguaje y de una expresión, tanto a través de los materiales nacionales y latinoamericanos que publica, como también de la selección y el gran número de traducciones de autores extranjeros.

Entre los autores nacionales, latinoamericanos y los escritores traducidos, el espíritu afín de unos y otros textos podría sugerir que se trata de la expresión voluntariamente unitaria de un grupo único de autores. Las diferencias entre ellos provienen en primer lugar de los matices expresivos de las generaciones⁹ a las que pertenecen: el romántico de expresión clásica, José Arcadio Pagaza (1839-1918); los escritores de la segunda generación romántica, a la que pertenecen Altamirano (1834-1893), José Joaquín Gamboa (1878-1931), Guillermo Prieto (1818-1897), Roa Bárcena (1827-1908), Riva Palacio (1832-1896), José Peón Contreras (1843-1907); los realistas: José López Portillo y Rojas (1850-1923), el cuentista Manuel José Othón (1858-1906) —puesto que como poeta es modernista—, Luis González Obregón (1865-1938), Juan de Dios Peza (1852-1910); los modernistas: Gutiérrez Nájera (1859-1895), Manuel Álvarez del Castillo (1860-1887), Díaz Dufoo (1861-1941), Francisco A. de Icaza (1863-1925), Alberto Leduc (1867-1908), Luis G. Urbina (1868-1934), Jesús Urueta (1868-1920), Amado Nervo (1870-1919), J. J. Tablada (1871-1945), María Enriqueta (Camarillo y Roa viuda de Pereyra, 1872-1968), Rubén M. Campos (1876-1945), Bernardo Couto Castillo (1880-1901); el impresionista Ángel de Campo, *Micrós* (1868-1908), y el naturalista Federico Gamboa (1864-1939). Justo Sierra (1848-1912) está presente entre otras colaboraciones con el memorable poema fáustico *El Beato Calasanz*. Junto con aquellos autores que firman Aramis, Fécula, el Duque Juan o el Conde Kostia, el mordaz periodista Manuel Caballero es una presencia esporádica. Por supuesto, las clasificaciones generacionales no encorsetan a los autores en un solo rasgo, ya que poetas complejos como Pagaza o Díaz Mirón no pertenecen estrictamente a una categoría generacional única.

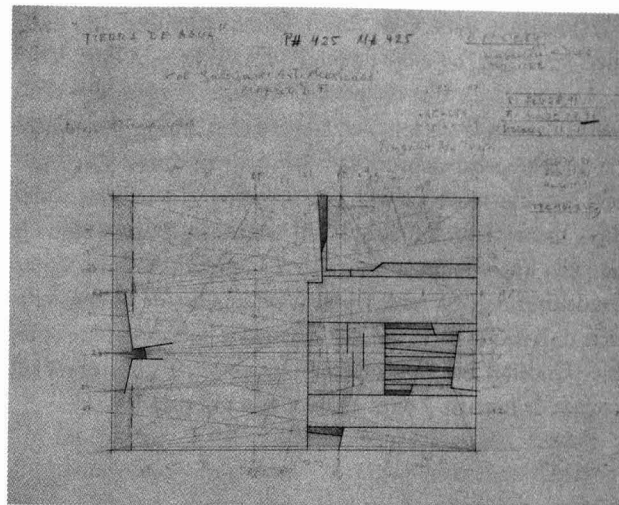
3. Lenguaje y espíritu modernista

La armonía de lenguaje presente en la *Revista Azul* es ante todo obra de una época y de una voluntad selectiva, teñida del

⁷ *Ibid.*, p. 31.

⁸ *Revista Azul* (RA), t. 1, Núm. 2, pp. 31-32.

⁹ La clasificación de los escritores mencionados pertenece al libro de Emmanuel Carballo, *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, anteriormente citado.



espíritu modernista: en esto consiste su “nueva fórmula decadentista”, emparentada con la de las revistas sudamericanas contemporáneas.¹⁰ Se trata, por supuesto, del falso decadentismo americano, tan falso “como un niño con barbas postizas”, en el que la *Revista Azul* se equipara a la venezolana *Cosmópolis* y se define como *núcleo de literatura latinoamericana*. Es similar también a las revistas fundadas en Nueva York por latinoamericanos: *Las Tres Américas* del venezolano Bolet Peraza e *Hispano-América* del colombiano Vargas-Vila.¹¹ La nueva publicación se propone *congregar* a la disgregada familia latinoamericana, ya que su destino es, como medita el cronista Petit Bleu, “amarnos sin conocernos, estar comunicados por la vida del espíritu, y lejos, muy lejos, por la falta de esfuerzo en unirnos”.¹²

Este esfuerzo inicial se manifiesta en la manera de comprender en primer lugar el periodismo de la época y de explicar las diferencias con los países europeos. En *El periodismo por dentro* Díaz Dufoo cita unos ejemplos: en Francia, el fundador del *Figaro*, Villemessant, no escribía en su periódico; en Inglaterra, el director de un periódico percibía un sueldo de rey por no escribir. En México, a mediados del siglo XIX, escribía Mariano José de Larra algunas de las reglas del periodismo: “Si usted se cansa, no sirve para el periodismo.”¹³ Y otra regla, aún más drástica: ¡fuera genios de los periódicos! Los periódicos los hacen la gente que trabaja. Esta última, la regla del trabajo constante, la impone también Apolinar Castillo a la muerte de Gutiérrez Nájera, ocurrida el 4 de febrero 1895:¹⁴ la revista no sólo le sobrevive al poeta sino que lo recuerda a través de una gran cantidad de textos, situación que desaparece sólo en los últimos números de la publicación, notablemente más apáticos.

Con la *Revista Azul* comenzó una apertura americana y universal,¹⁵ a la vez que se afianzó la libertad de expresión del mo-

¹⁰ RA, t. 1, Núm. 11, pp. 176-177.

¹¹ RA, t. 1, Núm. 22, p. 345.

¹² RA, t. 1, Núm. 9, pp. 148: Petit Bleu escribe a propósito de la visita a México de los periodistas cubanos García Kohly y Varona Murias.

¹³ RA, t. 1, Núm. 22 pp. 340-341.

¹⁴ Carlos Díaz Dufoo, “El fundador de la *Revista Azul*”, en RA, t. 2, Núm. 15, p. 229.

¹⁵ José Luis Martínez, “El Modernismo”, en *El trato con los escritores*, UAM, México, 1993, pp. 291-292.

dernismo que, a decir de Abreu Gómez, significó “un estilo libre”, más que “un estilo propio”.¹⁶ Esta expresión libre deriva de la poesía¹⁷ en que se apoya el impulso congregador de la revista, receptora de los diferentes romanticismos latinoamericanos y europeos, asimilados a corrientes más nuevas y su expresión específicamente francesa: parnasianismo, simbolismo, realismo y naturalismo. Resultan de ahí cruces tan distintas como la narrativa impresionista de Ángel de Campo, *Micrós*¹⁸ o el ánimo baudelairiano de Bernardo Couto Castillo. Otra de las características de la revista es el cultivo de la narrativa poética —entre otros, la de Gutiérrez Nájera¹⁹ y Rubén Darío— en algunas ocasiones cargada de misterio y otras, de corte costumbrista.²⁰

4. Definir el azul: poesía y otros contenidos

Por su parte, la poesía sirve para definir el *azul*: el misterio, la virginidad intacta;²¹ de la frase “un ciel bleu, ...tout bleu... tout bleu!”, dicha en “voz baja”, “nació, batiendo sus ligeras alas, la idea de la revista”.²² El nombre en sí puede derivarse de tan diferentes fuentes como la frase de Víctor Hugo, “L’art c’est l’azur”, y su eco en el comentario de Darío: “el azul era para mí el color del ensueño, el color del arte, un color helénico y homérico, color oceánico y firmamental”,²³ o la anterior presencia del *azul* en el poema “Tu traje azul” (1874) del español Antonio F. Grilo,²⁴ citados por Carter. Los creadores de la revista se asumían, “libremente hablando, (como) espíritus franceses deportados a tierra americana”.²⁵ A su vez fundador de una revista y colaborador de la publicación mexicana, el venezolano Bolet Peraza expresa su acuerdo con Gutiérrez Nájera, “el más francés de los poetas”,²⁶ porque “rechazar la influencia francesa es declararse ‘mongoles literarios’”.²⁷

En comparación con los demás géneros presentes, aparecen menos textos de corte ensayístico que poesía, fantasía poética en prosa, cuento, fragmentos de novela y de obras dramáticas. Sólo unos cuantos autores— Díaz Dufoo, Gutiérrez Nájera, Urbina,

Micrós— cultivan el ensayo con un estilo elegante y cercano a la poesía. De uno de ellos, Díaz Dufoo, destaca una meditación sobre “La pereza” que define como “contemplación de la naturaleza, su interpretación religiosa en arte, en ciencia”.²⁸ En otro de sus textos especula sobre el fenómeno extenso de “La degenerescencia”: a la histeria de los escritores, le corresponde necesariamente la de sus lectores.²⁹ Sobre “La vida artificial”,³⁰ antecesora de la definición de *simulacro*, el Duque Job escribe que el ser humano se ha acostumbrado a los estimulantes para pensar, amar, reproducirse, induciendo a través de la neurosis una espectacularidad forzada de la vida: en toda manifestación humana se transparenta un deseo de brincar y gritar como efecto de la demencia, la epilepsia y del alcoholismo. La razón para amar es una sola: gozar el mal que se vislumbra en cualquier tipo de amor. En cuanto a este tema, tal vez sea resultado de la influencia de Max Nordeau y sus escritos sociológicos y filosóficos, entre éstos, *Degeneración* (1893). Otro ensayo importante del Duque Job, “Asunción”, trata de la transformación de las diosas antiguas en hipóstasis marianas humanamente imprescindibles, porque “en las antiguas religiones no hay divinidad que puede ser amada por los niños”.³¹

Aparte de los colaboradores *habituales*, están presentes un gran número de autores nacionales y extranjeros: españoles, latinoamericanos y europeos. Al pequeño listado de voces femeninas pertenecen las mexicanas María Enriqueta y Laura Méndez de Cuenca y la cubana Juana Borrero. En el aspecto temático, la revista responde al interés por *lo exótico* a través de una narrativa evocadora de vivencias en países lejanos, firmada por autores nacionales, como Federico Gamboa,³² y extranjeros, como el francés Pierre Loti, en sus relatos del desierto.³³ La sugerencia exótica proviene de los ámbitos y los nombres propios, de lo desconocido,³⁴ del pasado³⁵ o de alguna vivencia transferida desde el viejo continente³⁶ al mundo americano.

Para mantenerse al día en cuanto a los sucesos del mundo de la cultura y del espectáculo, uno de los espacios característicos

²⁸ Carlos Díaz Dufoo, *op. cit.*, en *RA*, t. 1, Núm. 2, pp. 27-28.

²⁹ Díaz Dufoo “La degenerescencia”, en *RA*, t. 1, Núm. 6, p. 83-85.

³⁰ Gutiérrez Nájera, “La vida artificial”, *RA*, t. 1, Núm. 12, p. 177.

³¹ *RA*, t. 1, Núm. 16, pp. 241-242; un acercamiento similar a la religión y la mitología encontramos en “La Virgen de Guadalupe”, en *RA*, t. 2, Núm. 6, pp. 90-93.

³² De este autor aparecen diferentes fragmentos de su *Diario íntimo*: “El rey de Dakar” (t. 2, Núm. 7, pp. 112-114), “Un rey africano” (t. 3, Núm. 5, pp. 74-75) y el relato de un suceso extraordinario, su visita a E. de Goncourt en Auteuil (t. 1, Núm. 1, pp. 12-15).

³³ *RA*, t. 2, Núm. 18, pp. 281-283.

³⁴ *Ibid.*; “Hay una paz especial, una incomparable paz de oasis no profanado, que por todos lados rodea y protege el desierto.”

³⁵ Sólo unos ejemplos: “Viaje a los países del pasado. Bethlehem”, firmado por E.M. de Vogué (t. 2, Núm. 8, pp. 120-122); o la paráfrasis en prosa del poema de St. O. Iosif, firmada por Carmen Sila, “La madre de Esteban el Grande” (t. 1, Núm. 24, pp. 380-382).

³⁶ Por ejemplo, el poema europeizante “Preludio de invierno” (t. 1, Núm. 19, p. 293) de Darío Herrera, colaborador de periódicos panameños *La Estrella de Panamá* y *El Cosmos*; *Letras y Ciencias* de Sto. Domingo, *El Iris* de Perú, etc.

¹⁶ Ermilo Abreu Gómez “Manuel Gutiérrez Nájera”, en *Letras de México*, Núm. 109, 1° de marzo 1945, p. 35, FCE, Revistas Literarias Mexicanas Modenas, México, 1985.

¹⁷ *Ibid.*, p. 35.

¹⁸ Carballo, *op. cit.*, p. 107.

¹⁹ Manuel Gutiérrez Nájera (M.G.N.), “Rip-rap el aparecido, de Cuentos color de humo” en *RA*, t. 1, Núm. 22, pp. 347-349.

²⁰ M.G.N., “Juan el organista”, a partir del t. 1, Núm. 24, pp. 369-370, cuatro partes.

²¹ M.G.N., “Al pie de la escalera”, en *RA*, t. 1, Núm. 1, pp. 1-2.

²² M.G.N., “El bautismo de la *Revista Azul*”, en t. 1, Núm. 7, p. 97.

²³ Boyd Carter, *En torno a Gutiérrez Nájera*, Ediciones Botas, México, 1960, p. 229.

²⁴ *Ibid.*, p. 231; el poeta Antonio (F.) Grilo está presente en la *Revista Azul*, en dos ocasiones: “La cruz en el camino” (t. 4, Núm. 13, p. 205) y “El invierno” (t. 2, p. 105).

²⁵ *Ibid.*, p. 97.

²⁶ Nicanor Bolet Peraza, “Manuel Gutiérrez Nájera”, en t. 2, Núm. 14, pp. 219-220.

²⁷ *Ibidem.*

de la revista se reservó a la crónica de los acontecimientos inmediatos, según el gusto de la época: teatro, ópera, zarzuela, visitas de personajes políticos o publicaciones de autores de interés para el público. Los obituarios y los aniversarios luctuosos son principalmente materia de la columna de actualidades y reflexiones, "Azul pálido", la única columna casi permanente de la publicación. Entre las noticias se menciona el asesinato del presidente francés Sadi Carnot por el anarquista Caserio³⁷ en Lyon, el 24 de junio de 1894. En otras páginas de la revista, el fallecido poeta Luis G. Ortiz es recordado por Fernangrana (Enrique Fernández Granados)³⁸ y Justo Sierra;³⁹ Gutiérrez Nájera, a su vez, recuerda a Leconte de Lisle,⁴⁰ mientras que "Azul pálido" señala puntualmente la muerte de Jorge Isaacs,⁴¹ José Martí,⁴² E. de Goncourt,⁴³ A. Dumas⁴⁴ y Arsenio Houssaye.⁴⁵ Además, a los dos años de su muerte la revista también evoca al poeta cubano Julián del Casal,⁴⁶ hermano modernista a quien el Duque Job dedica un recuerdo enfático, de acuerdo con el tono del siglo XIX: "contigo acaricié las alas rizadas del gallardo cisne".⁴⁷ Posteriormente, al cumplirse un año de la muerte del Duque, el número del 2 de febrero de 1896⁴⁸ dedica la mayor parte de los artículos al poeta y fundador.

El sabor exquisito del artificio y de la decadencia domina en ciertos autores y obras: en cuentos como "La muerte de la emperatriz de China" de Ruben Darío,⁴⁹ "La novela de Pedro" del salvadoreño Arturo A. Ambrogio,⁵⁰ "Dura ley", de Jesús Urueta,⁵¹ "Madonna mía" de Díaz Dufoo —autor que demuestra un interés particular en la trayectoria de otro decadente, el poeta y novelista Gabriel D'Annunzio—⁵² o "Primavera" de Bolet Peraza.⁵³ Más alejado del artificio y de la extrañeza, Urueta publica "Rara avis", un cuento costumbrista conmovedor sobre una pareja pobre que frecuenta el teatro: un marido ciego y una mujer joven y bella, que le cuenta detalles para completarle el cuadro del suceso escénico. "Una tarde de nostalgia",⁵⁴ de Micrós, recoge la descendencia modernista en el más puro vocabulario de la nostalgia: en la "incurable tristeza" y el "grave fastidio" de una cantina de barrio pobre, un "muchacho prematuramente canoso,

quizá tísico" se embriaga con ajeno y contempla una pintura que representa un cráneo amarillento. Es un belga que proviene quizás de Verhaeren o Maeterlinck. Entre el poema y la prosa se sitúa la escritura del posible suicida Couto Castillo con "Cleopatra",⁵⁵ "La canción del ajeno"⁵⁶ y "Las madonas artificiales".⁵⁷ Similar al reportaje o a la crónica y a la vez ficción pura es el relato "Manuel Torres" de Jesús E. Valenzuela, cuyo personaje —un fotógrafo— colecciona gente.⁵⁸

5. Autores latinoamericanos, españoles, europeos

De los grandes poetas latinoamericanos presentes citamos a J. Asunción Silva y Jorge Isaacs; al enfático José Santos Chocano, autor de sonetos afortunados y descubridor de verdades poéticas como "el coral es la sangre de las sirenas";⁵⁹ a José Martí, con sus versos melódicos del "Ismaelillo"⁶⁰ y "Versos sencillos",⁶¹ además de un poema fechado en México en 1894, "Para Cecilia". Otros colaboradores fueron: los también cubanos, Enrique Hernández Miyares, director de *La Habana Elegante* (1883-1896), Bonifacio Bryne, Manuel Serafín Pichardo, director de *El Figaro* (1885-1929) de La Habana, los hermanos Carlos Pío y Federico Uhrbach; de Costa Rica, el literato e historiador Fernández Guardia; también, Rafael Ángel Troyo y Brenes Mesín, los mayores representantes del modernismo en este país; los venezolanos José Gil Fortoul, Andrés A. Mata, Rufino Blanco-Fombona, Pedro Emilio Coll,⁶² Pedro César Dominichi, Gonzalo Picón Febres y el poeta romántico J. A. Pérez Bonalde; los peruanos José Fianzón, J. A. Román, Ricardo Palma y Clemente Palma; los modernistas salvadoreños Vicente Acosta y Arturo A. Ambrogio; el dominicano Fabio F. Fiallo, fundador de *El Hogar* (1894); el hondureño Froylán Turcios, futuro director de *El Álbum* (1896), revista que llegó a suplir a *Guatemala Ilustrada* (1892-1894); los argentinos Martín García Merón y Bartolomé Mitre, este último fundador del periódico *La Nación* (1870); los chilenos Narciso Tondreau y Pedro Pablo Figueroa, director de *Biblioteca Republicana* (1894); el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, futuro fundador de *El Nuevo Mercurio* (1907); el panameño Darío Herrera; el poeta boliviano Ricardo Jaimes Freyre, junto con Rubén Darío fundador de la publicación modernista *Revista de América* (1894); los colombianos Rafael Pombo, F. Riva Frade, Ismael Enrique Arciniegas, Julio Flores y David J. Guarín.

Al igual que publicaciones posteriores, la revista incluyó textos de autores españoles contemporáneos: la novelista Emilia Pardo Bazán, los poetas modernistas Ramón de Campoamor, Manuel Reina, Salvador Rueda y Gaspar Núñez de Arce. Están

³⁷ M.G.N., "La muerte de Sadi Carnot", en *RA*, t. 1, Núm. 9, pp. 129-131.

³⁸ "En la muerte de Luis G. Ortiz" (t. 1, Núm. 10, p. 149).

³⁹ *RA*, t. 1, Núm. 10, p. 154.

⁴⁰ *RA*, t. 1, Núm. 15, pp. 231-235.

⁴¹ *RA*, t. 3, Núm. 3 (19 de mayo de 1895), p. 48.

⁴² *RA*, t. 3, Núm. 5 (2 de junio de 1895), p. 80.

⁴³ *RA*, t. 4, Núm. 13, p. 208.

⁴⁴ *RA*, t. 4, Núm. 5, pp. 75-80.

⁴⁵ *RA*, t. 4, Núm. 21, pp. 333-334.

⁴⁶ *RA*, t. 3, Núm. 25, p. 400.

⁴⁷ *RA*, t. 2, Núm. 16, p. 246.

⁴⁸ *RA*, t. 4, Núm. 14.

⁴⁹ *RA*, t. 2, Núm. 18, pp. 285-288.

⁵⁰ *RA*, t. 5, Núm. 7, pp. 108-110.

⁵¹ *RA*, t. 1, Núm. 4, pp. 51-53.

⁵² *RA*, t. 4, Núm. 10-12, pp. 177-178.

⁵³ *RA*, t. 5, Núm. 7, pp. 110-111.

⁵⁴ *RA*, t. 1, Núm. 1, pp. 8-11.

⁵⁵ *RA*, t. 5, Núm. 22, pp. 345-346.

⁵⁶ *RA*, t. 5, Núm. 5, pp. 77-78.

⁵⁷ *RA*, t. 5, Núm. 18, pp. 280-281.

⁵⁸ *RA*, t. 2, Núm. 25, pp. 391-393.

⁵⁹ "Submarina", en *RA*, t. 2, Núm. 17, p. 274.

⁶⁰ *RA*, t. 1, Núm. 23, pp. 259-362.

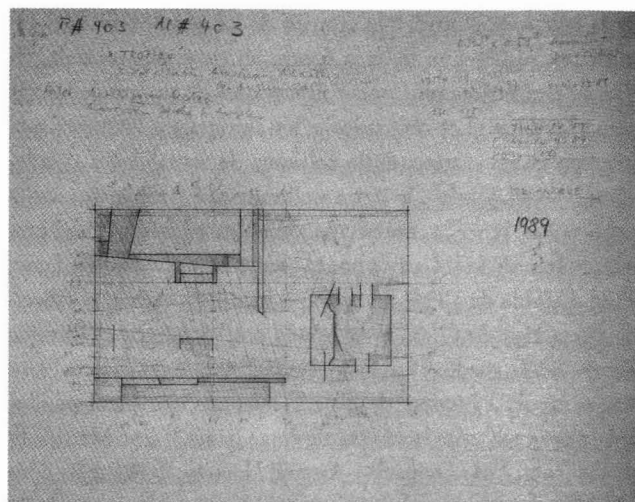
⁶¹ *RA*, t. 5, Núm. 9, pp. 133-134.

⁶² Coll y Dominichi fueron directores de la revista *Cosmópolis*.

presentes autores franceses de fama perdurable como Balzac, Flaubert, Georges Sand, Zola, Hugo, Dumas, Musset, Gautier, Baudelaire, Daudet, France, Maupassant... En el caso de otros, su fama fue una predilección de la época, como sucede con Paul Arene, Theodoro de Banville, Tristan Bernard, Francisco Coppée, Deroulede, la reaccionaria GYP, Lavedan, Lemaitre, este último a su vez colaborador de una *Révue Bleue*; o el suizo Victor Cherbuliez, cuya novela *El conde Kostia* inicia una serie exitosa y da el seudónimo de uno de los colaboradores de la *Revista Azul*. Entre los narradores predilectos de la época citamos a Catulle Mendès, Jean Richepin y Georges Courtelines.

6. Reverencia a la perversidad femenina

Las últimas décadas del siglo XIX trajeron consigo fuertes ataques en contra de la mujer en la literatura, las artes plásticas, la ciencia y la filosofía —ataques que no tardaron en trasladarse también a los textos de la *Revista Azul*, a raíz del entusiasmo por la nueva expresión literaria en lenguas europeas. El aprendizaje del decadentismo que supone el modernismo se refleja no sólo en las contribuciones literarias propias, sino más aún en los textos seleccionados y traducidos y las colaboraciones de autores latinoamericanos, influidos por la literatura, el arte y la ciencia europeos. Los prototipos femeninos, Salomé, Judith, las malditas, tísicas, muertas, vampiresas, mujeres niñas, mujeres fenómenos climáticos y florales, serpientes o fieras son obsesiones, fobias, nostalgias, terrores presentes en los escritos de fin de siglo. Las escritoras incluidas, como la española Emilia Pardo Bazán, escriben influidas por un modelo masculino, de manera que el cuento “Voz de la sangre”, que describe la propensión de la *mujer-niña* al incesto —aunque involuntario—, obedece perfectamente a esta tendencia. Houssaye por su parte evoca en “La mujer de Dantón”⁶³ el amor a la *mujer muerta* que ya no puede hacer daño y es por fin objeto de reverencia. La maldad matrimonial descrita por Courtelines,⁶⁴ Prévost⁶⁵ o Louis de Robert⁶⁶ se reconoce en el terror del narrador ante “Los ojos de Lina”, en el cuento de Clemente Palma.⁶⁷ Entre otros autores latinoamericanos que retoman fielmente esta posición en contra de la mujer —ampliamente documentada por Bram Dijkstra en “Ídolos de Perversidad”—,⁶⁸ citamos a Rubén Darío que cuenta los celos de una esposa infantil ante una muñeca de porcelana,⁶⁹ identificándose así mujer y muñeca; al mexicano Jesús Urueta con “Dura ley”, que aborda la fatalidad que acecha a una niña hermosa y rubia, nacida en una choza de barrio pobre y destinada a la tisis, al odio fisiológico del pueblo a lo distinto y por ende, al deterioro y



una muerte prematura. Díaz Dufoo en “Madonna mía”,⁷⁰ Micrós en “El entierro de la ‘Chiquita’”⁷¹ y Bernardo Couto Castillo en “Cleopatra” observan la vocación vampírica, delictiva o de prostituta de la mujer; su fuerza animal y gracia felina, arcaica, mítica de mujer-fiera recuerda a “La gata de oro”⁷² de Prévost. El Duque Job escribe sobre *La dama de las camelias*, figura que fascina por las características antes mencionadas, al mismo tiempo que las “mujeres hechas de bruma”, de Urbina,⁷³ obedecen a la imaginación vaporosa e inasible que se extiende plásticamente desde los pintores Dewing (1851-1938) y Draper (1864-1920) hasta Edvard Munch (1863-1944).

Significados similares encontramos en la obra de Echegaray, “La duda”; en Gautier y D’Annunzio; en el mismo Taine, donde la mujer es “un ser ilógico, subalterno y maléfico”.⁷⁴ Como sus maestros extranjeros, los escritores, de la revista están enamorados del destino fatal de la mujer, de su enfermedad, (auto)inmolación y su destrucción; de su naturaleza depredatoria; de la maldición que la acecha por su naturaleza regresiva y vampírica y que a su vez propala. En un mundo cada vez más vinculado económicamente, documentado por la descripción científica de Darwin y las imágenes disolventes de los cuadros de fin de siglo, la mujer es la competidora que habría que aniquilar, presencia conminadora que exige la transmutación visual y narrativa en ausencia. Por lo mismo, el modelo de los maestros europeos tiene un poderoso eco: las características de la mujer en cuanto objeto erótico son las mismas que ha adquirido en la representación y los estudios tendenciosos de ultramar.

7. Un crisol

Un intento tímido de romper con la preponderancia europea lo representa el cuento “All right” de Bolet Peraza sobre la efi-

⁶³ RA, t. 3, Núm. 23, p. 367.

⁶⁴ “La escalera”, en RA, t. 1, Núm. 8, pp. 117-120.

⁶⁵ “El asesinato de la Sra. Aubry”, en RA, t. 3, Núm. 20, pp. 306-309.

⁶⁶ “La mujer de Santiago”, en RA, t. 5, Núm. 10, pp. 148-150.

⁶⁷ RA, t. 5, Núm. 13, pp. 198-199.

⁶⁸ Bram Dijkstra, *Ídolos de perversidad. La imagen de la mujer en la cultura de fin de siglo*, Debate, Círculo de lectores, Barcelona, 1994.

⁶⁹ RA, t. 2, Núm. 16, pp. 285-288.

⁷⁰ RA, t. 5, Núm. 9, pp. 128-130.

⁷¹ RA, t. 2, Núm. 19, pp. 298-300.

⁷² RA, t. 4, Núm. 24, pp. 370-373.

⁷³ RA, t. 1, Núm. 1, pp. 4-5.

⁷⁴ RA, t. 1, Núm. 3, p. 47.

ciencia y la amabilidad norteamericanas. Al tratarse de un texto único, su presencia es similar a la de los relatos sobre el Oriente o los países africanos, en cuanto a su inevitable exotismo. Contrasta con el fenómeno decadente del que la revista se declara heredera y su dinamismo desdice los impulsos baudelairianos.

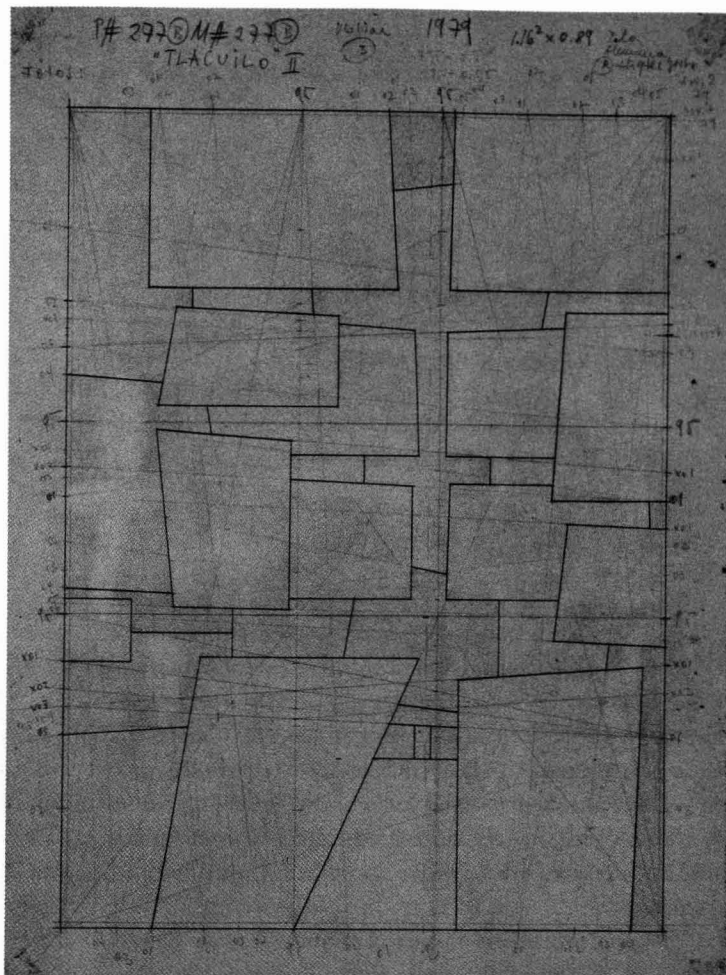
Los autores de la revista escriben bajo la embriaguez de la palabra *artificial*, ya compatible con todo: paraísos, madonas, ánimos. También del artificio surge lo auténtico, con el transcurso del tiempo: la poesía construida, decorativa, genera la caligrafía poética de Tablada o de López Velarde, encaramada a su vez en algunos de los poetas que les siguieron. Acierta Abreu Gómez⁷⁵ cuando, al referirse al sentido estético de la palabra en Gutiérrez Nájera y su grupo, señala que se trata de los fundadores de las primeras revistas del siglo veinte. Estos arraigaron el *ondulante espíritu disperso* del modernismo en la poética de la literatura moderna.

La *Revista Azul* fue en primer lugar un crisol en un momento en que se veían nacer publicaciones similares en toda Latinoamérica. Al igual que la *modernidad* porfiriana, estaba destinada a ser sometida a nuevas etapas de integración. En el nacimiento del modernismo y de la revista coincidieron refinamiento y tremendismo, la tentación de la maldición y la serenidad, el pudoroso aprendizaje de la sensualidad y del mal a partir de autores menores como Prévost y Richepin, un abate tentado por el eros y un licenciado tentado por el sacrificio;⁷⁶ de autores religiosos mayores, como Renan, y de grandes poetas heréticos, como Baudelaire y Verlaine. Coincidieron las muertes teatrales, de prosenio, y la muerte en la pequeñez y la miseria; la caricatura y la solemnidad. El artificio oscila entre lo gazmoño y la necrofilia, las pedrerías tempranas de Tablada y la nostalgia sepulcral de Julián del Casal. Los ánimos se escriben ya con colores refinados —negro, blanco, azul— y con efectos lumínicos: lo translúcido, el claroscuro y su síntesis, el ónix. Esbozo integrador, la *Revista Azul* da una primera visión moderna de la literatura que escucha para poder cantar y recoge para poder difundir.

A partir de su aparición comienza el diálogo con lo universal en un tiempo histórico en que la Independencia estaba a punto de cumplir cien años y la mirada se dirigía ya con naturalidad hacia otros horizontes, pese a la situación del país en vísperas de la cuarta reelección de Porfirio Díaz. El aprendizaje se practicó a través de lecturas, diálogo, imitación y creación. En sus comienzos, el modernismo se formuló en la *Revista Azul* y culminó con la publicación de la *Revista Moderna*. Ya que no descubrimiento de situaciones singulares, la nueva materia literaria

⁷⁵ Abreu Gómez, *op. cit.*

⁷⁶ Acerca del primero, me refiero a los cuentos "El homicidio de la Sra. Aubry" (*RA*, t. 3, Núm. 20, pp. 306-309) y "La gata de oro" (t. 4, Núm. 24, pp. 370-373) y, del segundo, a "La obra maestra del crimen" (t. 1, Núm. 4, pp. 55-58) y "El niño de la tía Antonia" (t. 2, Núm. 5, pp. 74-76).



se afianzó más clara y libremente como *estilo*, construcción particular de lenguaje. A partir de ahí, la apertura de la literatura hacia la universalidad resulta más directa. A cien años de la creación de la *Revista Azul*, su propuesta inventora de lenguaje sigue vigente. ♦

Bibliografía

- Carballo, Emmanuel, *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, Universidad de Guadalajara/Xalli, 1991, 380 pp.
- Carter, Boyd G., *En torno a Gutiérrez Nájera*, Ediciones Botas, México, 1960, 299 pp.
- (Varios autores), *Historia general de México*, 2 tomos, El Colegio de México, 1981.
- Jiménez Rueda, J., *Letras mexicanas en el siglo XIX*, FCE, México, 1992, 197 pp.
- Krauze, Enrique, *Porfirio Díaz. Místico de la autoridad*, FCE, México, 1987, 156 pp.
- Martínez, José Luis, *La expresión nacional*, Letras mexicanas del siglo XIX, Imprenta Universitaria, México, 1955, 306 pp.
- *El trato con los escritores y otros estudios*, UAM, México, 1993, 299 pp.
- Revista Azul*, 5 tomos, México, 1894-1896.
- Roeder, Ralph, *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz*, 2 vols., FCE, México, 1981.
- *Historia de la literatura hispanoamericana. A través de sus revistas*, México, 1968, 271 pp.

Periodismo cultural básico



ALEJANDRO OLMOS CRUZ

México en la cultura y *La cultura en México*, suplementos culturales dirigidos por Fernando Benítez, marcaron, en su momento, un hito dentro del panorama periodístico mexicano. Ambas publicaciones llenaron un hueco importante tanto en lo que respecta a la difusión del quehacer cultural, como en la formación de una cultura política. Luego del surgimiento de estos suplementos, el periodismo de aquel entonces, falto de análisis y crítica, salvo algunas excepciones, vivió mejores momentos.

La trascendencia del trabajo de Benítez se pone de manifiesto en la actualidad a través de las diversas publicaciones culturales que proliferan por estos días, desde luego no todas inspiradas en el planteamiento de Benítez, pero en muchas, la influencia es indudable.

Uno de los éxitos en los que Benítez fincó su empresa fue sin duda la idea de que la cultura y la política no podían ser conceptos ajenos, distantes pues, ¿dónde termina uno y dónde comienza el otro?

Al entremezclar, en ambos suplementos, los temas culturales con los políticos, la fórmula de Benítez resultó más atractiva para algunos sectores de la sociedad que demandaban un sentido auténticamente crítico en la información. ¿En qué momento surgió el interés de Fernando Benítez por estos temas?

Los inicios

En la década de los treinta, al entrar en contacto con los suplementos publicados en Buenos Aires por *La Nación* o *La Prensa* —en los que colaboraban escritores españoles de la generación del Veintisiete, entre los que se encontraban Valle Inclán, Unamuno, Ortega y Gasset y Machado—, Benítez soñó con hacer algo similar en México.

En este tiempo, en la mayoría de los periódicos diarios no se le daba importancia a la difusión cultural; lo que importaba en aquella época eran los crímenes o la política. En realidad los suplementos culturales trabajaban como el “cesto de basura” de

las redacciones, “todo lo que no servía, se iba al tiradero de los suplementos”.¹

Fernando Benítez llegó a la dirección de *El Nacional* en 1947, periódico que a juicio del escritor “defendía a la política revolucionaria del general Lázaro Cárdenas”. Fue entonces cuando puso en manos de Juan Rejano el proyecto para crear la *Revista mexicana de cultura*, para el cual contó con el importante apoyo de un grupo de escritores refugiados españoles, que desde antes estaban aglutinados en la revista *Romance*.

El exilio español

En cuanto asumió el cargo de director de *El Nacional*, Benítez dijo que no llegaba solo sino con la “inteligencia de México” y así fue como de inmediato invitó a colaborar a gente como Miguel Prieto, Ceferino Palencia, el propio Juan Rejano y otros poetas y artistas plásticos como Elvira Gascón.²

El exilio español fue importantísimo en la historia del periodismo cultural mexicano. El historiador Luis González³ recuerda cómo Daniel Cosío Villegas, encargado de negocios de México en Portugal, propuso al gabinete presidencial que nuestro país hiciera formalmente la invitación a los intelectuales españoles víctimas de la Guerra Civil española de 1936. El presidente Lázaro Cárdenas aceptó la propuesta y fue así como en 1939 llegaron en el *Sinaia* los primeros refugiados, entre los que se contaban José Moreno Villa, José Bergamín, el historiador Enrique Díez Canedo y los poetas León Felipe y Luis Cernuda.

Moreno Villa y José Bergamín, entre otros, fueron de los primeros en incorporarse a *El Nacional*; sin embargo, luego de la

¹ Alejandro Olmos Cruz, *Fernando Benítez: La cultura en México (una experiencia de periodismo cultural)*, UNAM, tesis de licenciatura, 1988, p. 57.

² *Ibidem*.

³ Luis González, *Historia de la Revolución Mexicana*, tomo 15, El Colegio de México, pp. 229-230.

intempestiva salida de Benítez de este periódico por problemas internos con el regente "de Hierro", Ernesto P. Uruchurtu (quien le exigía restituir a un reportero que estaba encargado de la fuente de la presidencia), la *Revista mexicana de cultura* dejó de aparecer. El mismo grupo que aglutinó Benítez sería la base para crear quizás el proyecto periodístico más importante del escritor: *México en la cultura*.

Los años de México en la cultura

Fernando Benítez, con la mediación de Luis Manjarrez (sobrino de Froylán Manjarrez, ex director de *El Nacional*), conoció a Rómulo O'Farril, en ese entonces presidente del grupo *Novedades*. O'Farril de inmediato accedió a apoyar el proyecto de Benítez, sintetizado en un suplemento cultural con grandes firmas, que se ocupara de cubrir todos los aspectos culturales.

Así, el 6 de febrero de 1949 apareció el primer número de *México en la cultura*, un suplemento dominical a cargo de Fernando Benítez, y Miguel Prieto, como responsable del diseño. El grupo de colaboradores que participaron en su fundación fueron, entre otros: Ramón Menéndez Pidal, Salvador Azuela, Henrique González Casanova, Juan de la Cabada, Leopoldo Zea, Carlos Pellicer y Armando de Maria y Campos.

En su primer editorial, *México en la cultura* señalaba que

[...] hasta hoy, la casi totalidad de nuestros suplementos eran simples desvanes donde iban a verterse los desechos de los diarios. *Novedades* ha superado esta deficiencia y abre una nueva perspectiva. Aspira, en primer término, a convertirse en un resonador de la cultura nacional. Estamos viviendo una época de extraordinaria importancia en la creación espiritual, pero ni dentro ni fuera de nuestras fronteras se sabe lo que México realiza, por ejemplo, en física, medicina, filosofía, pintura o literatura.

Y continúa:

No existe publicación alguna que recoja en forma organizada y periodística las ricas y variadas manifestaciones de la cultura mexicana [...] Una serie de entrevistas y análisis nos permitirá seguir las corrientes fundamentales que informan y dan vida a nuestra evolución cultural [...] Pensamos también que nuestra cultura no se defiende con el aislamiento. Las más relevantes manifestaciones de la cultura en el extranjero tendrán eco en el suplemento.

De inmediato Fernando Benítez reunió a los escritores de vanguardia y los invitó a colaborar; propuso secciones especializadas e impulsó la crítica artística y literaria. En *México en la cultura* publicó un sinnúmero de talentosos escritores como don Alfonso Reyes, el autor de las "mesas de plomo", quien, por ejemplo, se dedicó a elaborar algunos números monotemáticos, entre los que destacó el dedicado a la cultura griega, en el que aparecieron materiales de Homero y Esquilo, así como también un fragmento de su obra *Homero en Cuernavaca*. Asimismo se incorporaron a las tareas del suplemento José Vasconcelos, Alí

Chumacero, Luis Cernuda, Paul Westheim, León Felipe y Adolfo Salazar, entre otros. Posteriormente, también irrumpió una nueva generación de escritores como Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Elena Poniatowska y Jaime García Terrés.

Benítez recuerda que en los inicios de este suplemento el *Novedades* publicaba también una revista ilustrada de mucho éxito que se llamaba *El Chamaco*. Por esta razón el director del diario, Alejandro Quijano, decía que el grupo encabezado por Benítez estaba lleno de "inmorales", porque vivían de los chamacos.⁴

Doce años duraría el suplemento *México en la cultura*; en 1961 Benítez renunciaría a la dirección de éste por problemas de censura. Con anterioridad había sido presionado para cambiar la línea editorial. Por ejemplo, en 1958, al publicar la traducción de un poema llamado "Going to bed" ("Vamos a la cama"), que le había enviado desde París el poeta Octavio Paz (que en ese entonces cumplía una misión diplomática), algunas personas del consejo directivo de *Novedades* le habían preguntado a Benítez que "si ya se iban a dedicar a la pornografía".

En otra ocasión, señala Benítez,⁵ publicaron un grabado de Rubens, *Las tres gracias*, en el cual presentaban a mujeres de carnes muy abundantes, lo que provocó la cólera del director Alejandro Quijano.

Los problemas se agudizaron al iniciar la Revolución cubana, de la que el grupo de Benítez era partidario. En ese momento Quijano había dejado su puesto como director de *Novedades* a Ramón Beteta, quien a juicio del propio Benítez era un hombre inteligente, sagaz, pero totalmente corrupto.

Beteta para ese tiempo tenía ya serios enfrentamientos con un periodista que trabajaba en *Excelsior*, que se llamaba Aldo Baroni. Este último, al saber que el dictador Batista había huido de Cuba, comenzó a atacar la Revolución cubana y en particular a Fidel Castro. De manera simultánea al triunfo de la Revolución, los exiliados cubanos tomaron aquí en México la embajada de su país y se apropiaron de los archivos del embajador, donde descubrieron, entre otras anomalías, tres cheques cobrados por Baroni al gobierno cubano.

Días después, Beteta decidió publicar estas pruebas en contra de Baroni acompañadas de un ensayo de Benítez, en el que éste subrayaba que el periodista de *Excelsior* era un corrupto. Posteriormente Baroni respondió con un artículo demoledor en contra de Beteta, donde se contaba la historia de un político "que había utilizado su puesto para enriquecerse". Una vez que Baroni le respondió a Beteta dirigió su crítica en contra de Benítez, quien le pidió una oportunidad a O'Farril para defenderse. Ante la negativa de éste, Benítez utilizó el espacio que le ofreció el director de la revista *Política*, Marcué Pardiñas. Más tarde, Benítez se enteraría de que O'Farril y Beteta, jugando un día al golf, habían decidido despedirlo; en su lugar nombraron a Raúl Noriega.

⁴ Alejandro Olmos Cruz, *op. cit.*, p. 132.

⁵ *La Jornada Semanal*, suplemento del periódico *La Jornada*, Núm. 128, 1º de marzo de 1987, p. 7.

Fue así como un esfuerzo periodístico de trece años se interrumpió. *México en la cultura* había logrado ocupar un lugar destacadísimo en nuestro país al lado de otras pocas publicaciones como *Siempre!*, la *Revista Mexicana de Literatura*, dirigida por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo, la *Revista de la Universidad* y *Cuadernos Americanos*.

Los años de La cultura en México

El 21 de febrero de 1962, gracias a la hospitalidad de la revista *Siempre!*, dirigida por José Pagés Llergo, Fernando Benítez y su grupo regresaron para fundar *La cultura en México*. Luego de ser despedido de *Novedades*, refiere el escritor Carlos Monsiváis,⁶ Benítez fue convocado a Los Pinos por el presidente Adolfo López Mateos, quien le ofreció una ayuda económica para la publicación. Benítez la aceptó y la presidencia de la República le entregó medio millón de pesos.

En la presentación del primer número del nuevo suplemento, se explicó:

[...] una voz puede ser sofocada indefinidamente cuando esa voz carece de resonancias, la nuestra vuelve a sonar no por su propio mérito sino más bien por los ecos y simpatías que logró despertar en los mejores [...] estamos aquí después de un breve y forzado silencio, debido a un milagro de la amistad, a un interés y a una solidaridad intelectual de la que no hay muchos antecedentes en la historia de la cultura patria.

Y continúa:

[...] una nación es en sí misma una pluralidad, un conjunto de opiniones diversas. Reunir esas opiniones, hacer que se manifiesten sin inquisiciones ni censuras, es expresar a la nación como un todo y no como una de sus partes, es darle su dimensión, su complejidad y su sentido verdadero. Es en suma la obra y el objetivo de la prensa digna de ese nombre.

En los primeros números de *La cultura en México* comenzó a concretarse una de las ideas de Benítez: darle cabida a aquellos materiales que se ocuparan de recoger y exponer algunas reflexiones de vanguardia tanto de México y América Latina como de Europa.

"África, los esclavos rompen sus cadenas"; "La nueva China"; "Vida y muerte de Rubén Jaramillo" y "Cuba: revolución y cultura", fueron algunos temas de los que se ocupó el suplemento. Al decir de Carlos Monsiváis,⁷ la gran aportación de dicho suplemento fue haber fusionado "la protesta civil con la crítica cultural".

Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Vicente Rojo, Juan Vicente Melo, Jorge Ibargüengoitia, José de la Colina, José Emilio

Pacheco, Inés Arredondo, Isabel Fraire, Carlos Valdés, Alberto Dallal, Mariana Frenk y Huberto Batis, entre otros, fueron quienes se encargaron de entregar colaboraciones sistemáticamente, organizar las secciones especializadas, del diseño y de realizar las tareas editoriales.

Los problemas con el gobierno de la República no tardaron en llegar. Luego de la muerte del dirigente campesino Rubén Jaramillo, de su esposa Epifania y de sus hijos ocurrida en 1962, *La cultura en México* decidió rendirle un homenaje. Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, León Roberto García y el propio Benítez se trasladaron al lugar de los hechos y en un número especial publicaron sus respectivas colaboraciones.

De acuerdo con el testimonio de Carlos Monsiváis, en cuanto salió el número dedicado a Jaramillo el presidente López Mateos se sintió agredido pues una parte de la opinión pública lo responsabilizaba de dicho crimen, por comisión u omisión. Fue así como se rompió el diálogo con el gobierno. Después del homenaje a Jaramillo, en las páginas de *La cultura en México* tendrían presencia distintos movimientos sociales como el de los médicos en 1964 y el estudiantil en 1968.

El suplemento viviría uno de sus mejores momentos cuando en los álgidos acontecimientos de 1968 abrió sus páginas a politólogos, filósofos, sociólogos, activistas políticos y se convirtió, al lado del periódico *Excelsior* (dirigido por el periodista Julio Scherer), en una de las escasas publicaciones que cumplió con un papel decoroso en el ámbito periodístico.

A través de esta publicación se hicieron fuertes críticas al gobierno por la represión desatada en aquel entonces, lo que provocó que a algunos integrantes del consejo editorial se les hostigara e incluso sufrieran amenazas a través de telefonemas nocturnos.

De hecho Octavio Paz fue una de las víctimas de esa política, al ser separado de su cargo de embajador de México en la India, por la Secretaría de Relaciones Exteriores, que entre otras razones se quejaba de que "era muy grave que un embajador anduviera dando crédito a versiones inexactas", esto en referencia al poema que Paz publicó en *La cultura en México* titulado: "México: Olimpiada de 1968".

Todavía hubo hechos en los que este suplemento hizo un gran despliegue informativo como la protesta estudiantil reprimida el 10 de junio de 1971.

La fecunda etapa de Fernando Benítez al frente de *La cultura en México* concluyó en marzo de 1972, cuando le tocó relevarlo a Carlos Monsiváis.

En suma, la importancia de los suplementos *México en la cultura* y *La cultura en México* en el quehacer político y cultural en aquellos años está fuera de toda duda. El equipo de trabajo encabezado por Benítez abrió brecha para un nuevo estilo de hacer periodismo, consolidó una generación de escritores y críticos literarios y constituyó una trinchera para la crítica política inteligente y seria. Gracias a estos esfuerzos y a otros, las páginas culturales y los suplementos tienen ganado ya su espacio dentro del periodismo y nosotros, sus lectores, nos congratulamos de que esto así sea. ♦

⁶ Carlos Monsiváis en *La cultura en México*, revista *Siempre!*, Núm. 1300, 5-III-87.

⁷ Carlos Monsiváis, "Fernando Benítez y los suplementos culturales", conferencia en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 2-VII-86

Novo 94

CARMEN GALINDO

Aunque no faltan los que quieren detectar el prietito en el arroz, para qué puede servir un homenaje nacional—sobre todo si el plato fuerte es un *gourmet*— más que para ensalzar al festejado. Salvador Novo es, y lo digo para abrir boca, un poeta de genio, un prosista de lujo y un personaje que encandila. Además, y con esto comienzo su retrato, Novo no era uno sino muchos Novos, un titipuchal de Novos. De ahí que en sucesivas lecturas, como sucede con los grandes escritores y los personajes míticos, sin agotar nunca el tema, cada uno pueda quedarse con el Novo más cercano a su corazón. Aquí, a grandes rasgos, intentaré rememorar algunos Novos, sin más orden ni concierto que conforme se me vengán a la cabeza.

Pienso que no es casual que uno se proponga hablar de la prosa-nova y comience por retratar al personaje. De hecho, eran inseparables. También pienso, lo que es triste, que la memoria va borrando el pasado y los que fueron nuestros amigos, nuestros maestros, van perdiendo su proteica o caleidoscópica presencia cotidiana y quedan reducidos a uno o dos rasgos que, si hay suerte, pueden ser los esenciales, pero representan apenas un cuadro sinóptico que guarda un aire de familia con la persona que disfrutamos, esa sí, en vivo y a todo color. Paso, pues, a su figura tal como la aboceta, la adelgaza, la falible memoria.

Era alto y gordo. Y decirlo no es darle una dentellada de ardilla viva al león muerto porque él era el primero en mencionar—y alimentar— las que llamaba sin piedad sus “lonjas”. Usaba una tenue sombra gris sobre el párpado y su color de piel era hermoso, un poco quemado por el sol (o por el maquillaje). Su nariz—¿quién puede describir una nariz?— era fina, netamente dibujada en línea recta. Sus ojos abiertos, como sorprendidos, coronados por las depiladas cejas acentuadas con lápiz rojo. Los labios delgados, oscuros, un poco aristocráticos y desdénosos. Su cuello padecía una papada que no dudaba en ocultar con la mano reclinada para las fotos. Era, como en política, conservador al vestir: traje azul marino y corbatas rojo vino sin fantasía. No recuerdo, quizás me falla la memoria o será que lo traté en la última

década de su vida, los chalecos deslumbrantes de que habla José Antonio Alcaraz, ni la polvera a la que se refiere Monsiváis. Si hacía frío llevaba abrigo de lana de cuadritos y si llovía, un paraguas negro. Sus anillos eran descomunales y se acomodaban en unas manos impecablemente manicuradas como abriéndole una puerta a la provocación. Fumaba cigarrillos ingleses Craven A—que lo llevarían a la tumba— y usaba un Cricket—ahora proliferan los Bic— con funda de oro, no desechable. Su famosa peluca rojiza, que consideraba una cabellera “doblemente mía porque mi dinero me costó”, hacía las veces de reflector que le seguía los pasos e indicaba dónde estaba la estrella. Era Novo una leyenda en una ciudad que todavía soportaba el *star system*, previa al anonimato que alimenta la masificación. Era una celebridad, pero no de las actuales a las que warholianamente sólo les dura la fama diez minutos per cápita: la distancia que separa a Greta Garbo de Gloria Trevi. Era, digo, una celebridad que con el fogonazo que le servía de halo convertía a los que lo miraban en público. Siento “terror por las compañías numerosas en que no se hiciera caso especial de mí”, confiesa en su memorioso *Return Ticket*.

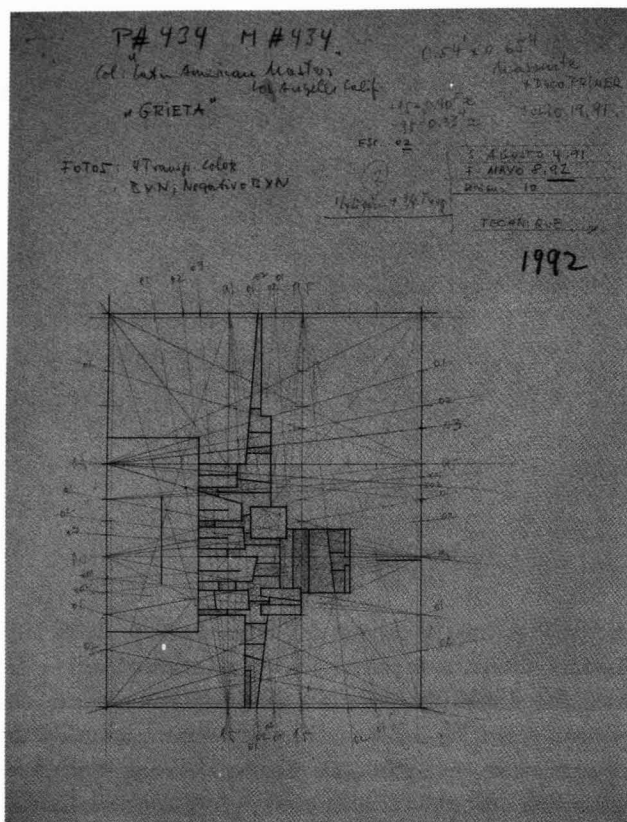
Sustentaba su conversación en la agresión verbal:

—Maestro Novo, ¿qué opina del valor de la poesía de Jaime Torres Bodet?

—¿Valor? ¿Valor? Temeridad.

Ejercía, pues, esa agresión desbordada y sin medir las consecuencias que sólo puede tener un doble origen: la timidez y la defensa. En las reuniones se atrincheraba, más que se acompañaba, con sus amigos y alumnos. Actitud nacida—digo yo, travestida en Freud— de su pasado de niño diferente y solitario.

A juzgar por su buena reputación, literaria claro (y su perdurabilidad), era el mejor columnista de México. Y entre sus columnas ninguna más leída que su diario público. Allí aparecen, cercenados los apellidos con frecuencia, los que lo invitaban a cenar y los que iban a comer a la Capilla con los respectivos menús debidamente desmenuzados, sus idas al teatro y a los conciertos, aderezadas, pues de un *cordon bleu* hablamos, con su típica mala leche. Desfilaban las flores de su jardín con todo y el jar-



dinero japonés, los políticos sexenales, los restaurantes —del Ambassadeurs al Lincoln sin faltar su defensa nacionalista de la torta en detrimento del “geométrico” sandwich— y sus vecinos de Coyoacán —de Lolita del Río al rey Carol de Rumania y a Miguel Ángel de Quevedo que ya es avenida. Por lo que voy anotando, pareciera que su aportación al periodismo lo colocara en la liga, tan respetable como cualquier otra, de los cronistas de sociales. Pero no. Lo desmentiría que las columnas de Novo destilan personalidad e incluso egolatría. Se escapa del género —y Novo habría de escaparse de éste y otros géneros— que la realidad no se cubra con una funda, a pesar de su autor, color de rosa. Lo hace *sui generis* el *streap-tease* sentimental llevado a sus últimas consecuencias. Es ajeno a la crónica de sociales que el autor dé fe de intermitentes ataques de melancolía, de astucias para escaparse y refugiarse en la antisocial soledad o de detenerse en los semáforos para retardar el momento de meterse a la cama y, ante el azoro del lector, ponerse a llorar. Lo alejan, en fin y sobre todo, de la página de sociales ese aluvión de recuerdos que surge a cada vuelta del renglón. Novo-melancólico, Novo-solitario y Novo-patético no encajan con su imagen de Novo-cronista de sociales, como tampoco compaginan con otro Novo, el que transformó su incumplida vocación por la medicina por el de Novo-hipocondriaco sin remedio, que detalla, un día sí y otro también, sus malestares de enfermo real e imaginario.

Me temo, y lo digo sin intención de levantar escándalo, que Novo tenía, no lo que quiere decir la película de Buñuel —que vaya usted a saber qué será— sino textualmente “el dulce encanto de la burguesía”. Una prosa deliciosa, sabrosamente conversacional, de la que también gozaba Alfonso Reyes pero que en Novo, además, estaba trufada con una voluntad de estilo a raja-

tabla y un sentido del humor que arrancaba a un tiempo la sonrisa del lector y el cacho del prójimo aludido. Una prosa de *gourmet*, dicho sea para no caer en la chepinesca sal y pimienta, y menos en la peor vulgaridad de que la prosa-nova era de las que, como el chile verde, le ponían sabor al caldo de la literatura. Podríamos añadir que sin dejar de ser un escritor burgués, Novo, como quien dice, se cuece aparte.

Otro rostro de Novo requiere la atención: el Novo-mercantilista. Pero esta imagen, como en algunas de Pablo Picasso, podría ofrecernos un frente y un perfil en un solo cuadro. El adjetivo de metalizado, que Novo es el primero en arrojar contra sí mismo, se le endilga con tal frecuencia que ha corrido el riesgo de convertirse en epíteto. A Novo ni le quitaba el sueño. Le hubiera encantado que de él, como de cierto *whisky*, se dijera: “Se ve caro, lo es.” Se preciaba, como aconseja Agustín Lara a su aventurera, de venderse a alto precio. Nomás para que se den una idea, solía cobrar, como se suele en la publicidad, por frase, y llegó a hacerlo por sílaba. Podría pensarse que había malbaratado su futuro de novelista en los retratos al vapor de las crónicas periodísticas. Pero si a primera vista vemos un Novo mercantil en el periodismo y aun prostituido en la publicidad, el perfil podría mostrar, al soslayo, su más auténtico rostro: Novo-profesional de la escritura. Pienso, ahora que vemos natural que Jakobson, el exquisito exégeta, escribe sobre el empleo de las aliteraciones en la propaganda política (*I like Ike*) y Barthes dedica un volumen a los pies de fotos de las revistas de modas, que Novo iba abriendo brecha al escritor profesional, ese que vive del milagro de la multiplicación de los textos en la variedad de los medios. Escuchemos sus palabras:

¿Es posible en nuestro tiempo en México, vivir de escribir? Cuando se logra se vive mal y pronto las filigranas del estilo se van por tierra para descubrir la natural actitud diaria del espíritu. Entonces cae sobre el escritor que se ha vulgarizado, algún nombre despectivo. No se le citará en los libros; pero él habrá logrado, por una parte, ser leído por todo el mundo, y por otra vivir, en un país en que se queda el libro y se agotan los periódicos.

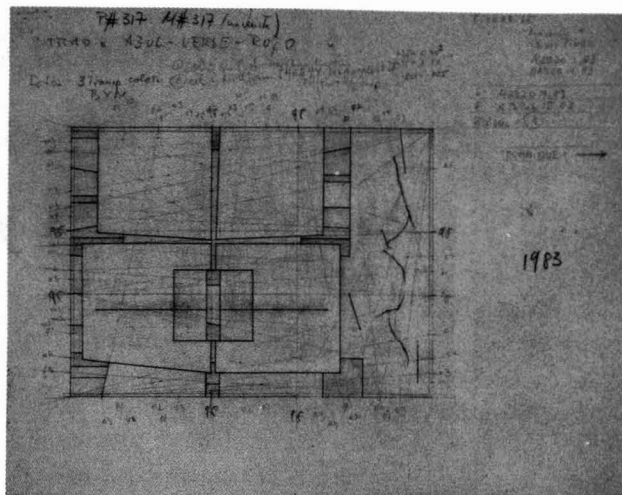
Para Novo, a quien le chocaba viajar, el modelo del turista Ulises era, creo, sinónimo de precursor, de pionero, de mascarón de barco. Sus ansias vanguardistas que encarnan en metáforas sin antecedentes en su poesía se corresponden con sus incursiones como comentarista de radio, primero, y de televisión, en las 24 horas de Zabludovsky, después. En esta era de la globalización, a la que hemos llegado en alas de la telemática, es difícil imaginar que en los cuarentas el radio era signo de modernidad. “Ante nuestros ojos —escribe el 15 de agosto de 1944— ha nacido un arte nuevo, el del comentarista por radio, comparable en sus efectos sobre la opinión pública y sobre los asuntos públicos, al arte del periodismo.” Y cuando aparece la televisión, que él ayuda a fundar, se convierte en el primer intelectual en usar a su favor la publicidad de a 300 millones de pesos el minuto.

Un rostro que suele olvidarse y era fundamental es el Novo-erudito. No había dato al que no le diera alcance buscándolo

hasta el último rincón de su biblioteca o del Archivo General de la Nación. Auxiliado, al final, por jóvenes discípulos como Miguel Capistrán o Luis Terán. Sin embargo su erudición se dedicaba, ante el asombro de muchos que pensaban que era quemar la pólvora en infiernos, a los grandes temas nimios: la historia del pan, la expansión del café y aun del café con leche, del té y del chocolate a la francesa o a la española y, claro, la costumbre de tomar té, chocolate y café en establecimientos públicos en Europa, la etimología náhuatl del taco o del gordo y rubicundo tomate, los menús que acompañaron a Maximiliano, a don Porfirio, a los zapatistas en Sanborns y a cada uno de los dioses sexenales. Y cuando no estaba en estas averiguaciones, que se les van a los historiadores pero que ponen en escena, de bulto, a otras épocas, reflexionaba, con total apego a la verdad, que los mexicanos las prefieren gordas o imaginaba el porqué la Venus de Milo perdió los brazos. Frívolo, sí, y erudito también. Registro, pues, puntual de las costumbres —de las buenas, de las malas y de las mejores— cimentado en su novísima prosa. Por otro lado, su erudición devoradora malesconde su deseo de escapar de la realidad por la puerta de los libros, y este su ser libresco, que gusta de poner entre paréntesis e incluso suprimir la realidad, revela bambalinas espirituales poco analizadas por los críticos.

Geógrafo de la ciudad, sabía de corrido en dónde los hombres de la Reforma habían herido de muerte, al abrir las calles, a los conventos del Virreinato pues hay que decir que su erudición tenía una obsesión única: dejar constancia, con gracia y admiración a un tiempo, de la nueva grandeza mexicana. Erudición incansable y monomaniaca, puesta toda al servicio de este edificio del siglo XVIII que nos está mostrando con el orgullo del dueño de la casa.

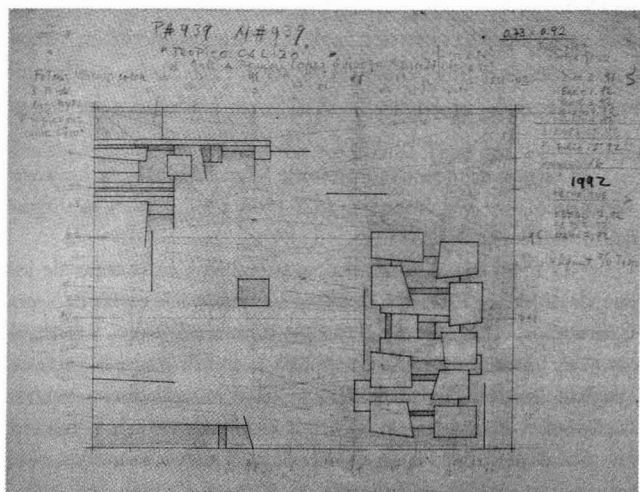
Quisiera dejar constancia, aunque sea al vuelo, como sus aves en la poesía castellana, de algunas de sus contradicciones. Si era universalista en literatura, era nacionalista a morir en todo lo demás. Le da guerra sin cuartel a las influencias norteamericanas y a los españoles les reclama como si la conquista hubiera acabado de tener lugar. Conservador a carta cabal, cuando leí que era fundador del Partido Popular me imaginé que era parte de sus méritos para el "ajonjolí de oro" o de su querer estar "en donde



está la diversión" pero, para mi sorpresa, Adriana Lombardo me relató que cuando la situación se puso difícil para ese grupo político de izquierda muchos se hicieron los desentendidos, mientras Novo con valentía fue fiel a sus deberes de fundador e incluso nunca abandonó a la Universidad Obrera a la que acudía a dar conferencias hechas a la medida. Si Novo era iconoclasta en su sentido del humor y en sus costumbres, también tenía, pues, su lado didáctico. Y no me refiero sólo al teatro para niños al que dedicó sus esfuerzos (y su talento) sino a que educó literalmente al país al enseñarnos a decir Teotihuacan y Tlatelolco —uno, sin acento agudo, el otro, sin una *e* de más. No escatimaba esfuerzos para explicarnos el teatro de Eliot o los avatares de esta ciudad-fénix de sus amores.

La prosa-nova no era, como podría deducirse de su iconoclastia, despeinada. La hacía caber en el corsé académico y luego —sólo el que conoce las normas goza transgrediéndolas— la injertaba en otros idiomas, principalmente el inglés pero también el francés, y la dejaba correr, a la libre pero sujeta siempre, castigada, por su dominio asombroso, que tenía mucho de intuición, del idioma. Otros dos rasgos definen a la prosa-nova: de modo democrático, al margen incluso del buen gusto, le abría puertas y ventanas al habla popular. Pero no sólo al habla popular, aunque también a ésta, que se condensa en refranes o que tiene raíces indígenas o campesinas que la dignifican de antemano, sino a las palabras de último minuto, las que apenas por la prisa o por los lapsus acaban de recién-nacer en la boca balbuceante de la cantante de moda, del economista del PRI, del locutor o del pandillero. Como todo gran artista, Novo establece una dialéctica entre la lengua de su tiempo y la suya en que se enriquecen, con los hallazgos, una a la otra.

Novo adquiere, para mí, su verdadero rostro en la definición que se leía, escrito en *dymo*, en el sillón de su estudio en la Capilla: "Atareado escriba." Por eso es difícil delinearlos; su capacidad de trabajo era portentosa y sólo es una cortina de humo su agitada vida social. Lo suyo, lo propio de Novo, era escribir sin descanso a la velocidad, por él establecida, de a quince minutos la cuartilla. No tenía más que dos metas, y con esto termino, una ya apuntada líneas antes, dejar constancia de la grandeza mexicana, la otra es fácil de decir y arduo de conseguir: seducir al lector. ♦



Hispanismo e indigenismo: la polémica de los (verdaderos) huesos de Cortés y Cuauhtémoc

FELÍCITAS LÓPEZ PORTILLO T.

En la segunda mitad de los años cuarentas de este siglo, en plena euforia alemanista, se desató en nuestro país una encendida polémica entre indigenistas e hispanistas. La razón: el descubrimiento de los restos de Hernán Cortés en la iglesia del antiguo Hospital de Jesús, por él fundado en 1524, y los del “Emperador” Cuauhtémoc, en Ichcateopan, Guerrero, hallazgo hecho realidad por el admirable tesón de doña Eulalia Guzmán.¹

La polémica, que alcanzó a la opinión pública a través de los medios, a las altas esferas oficiales y a la *intelligentsia* de la época, tuvo una de sus expresiones en la confrontación entre “sabios” y “científicos”, estos últimos armados con todos los instrumentos de la ciencia moderna. Es el tiempo de la entronización de la técnica y su esperado fruto, la eficiencia y la productividad; según el discurso oficial, estas últimas nos sacarían de la pobreza y el atraso. Por otra parte, a la razón de Estado le urgía que los restos del último soberano azteca resultaran auténticos: el gobierno alemanista (1946-1952) requería de una *mise en scene* de este tipo. Los tres primeros años habían sido difíciles en el terreno económico, a causa del ajuste provocado por la postguerra, y de los mismos problemas estructurales que arrastraba la economía. Estas dificultades se patentizaron en 1948, cuando ocurrieron una serie de manifestaciones populares de descontento, debido a que existían serios problemas de carestía y desabasto. A partir de 1950 la situación mejoró: se tuvieron finanzas sanas y el crecimiento del PIB tuvo un promedio anual de 5.7% en el sexenio, tasa superior a la demográfica, que fue de 3.3%.²

La tónica de estos años la da la siguiente declaración de Manuel Germán Parra, subsecretario de Economía: “La instauración y el desarrollo del capitalismo en nuestro país y la libe-

ración económica de México han sido y continúan siendo hasta el presente los dos grandes objetivos de la Revolución Mexicana.” (HOY, 13-V-1950, Núm. 690.) Los esfuerzos en pos del crecimiento económico, con base en la iniciativa privada pero con una fuerte presencia de intervencionismo estatal, se cobijaban bajo la subjetiva consigna de la “mexicanidad”. Ésta significaba “la conciencia de que en nosotros mismos —en nuestro esfuerzo tesonero en el trabajo y en nuestras convicciones morales y espirituales— radica la solución de nuestros problemas”.³ Son los tiempos de la “filosofía de lo mexicano”, movimiento de autoafirmación, a la vez que se propugnaba el universalismo de toda expresión humana.

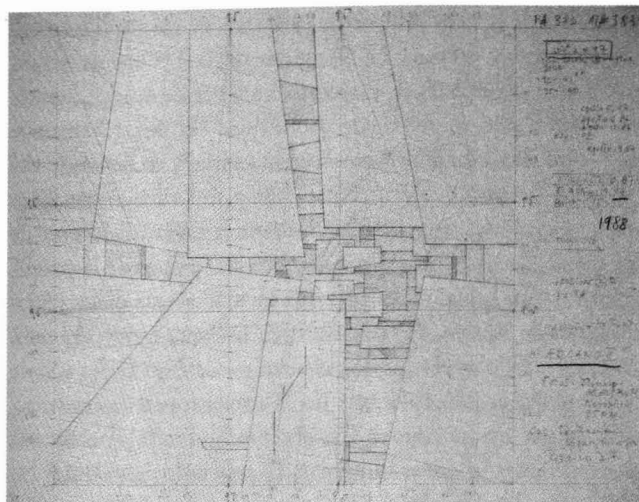
Mas vayamos a nuestro asunto. En noviembre de 1946 se encontraron los restos de Hernán Cortés, que habían pasado por ocho reinhumaciones anteriores.⁴ El hallazgo fue posible gracias a las pesquisas de Francisco de la Maza y Alberto María Carreño, “mocho profesional”, como él mismo se nombraba. Un español, funcionario republicano, había conseguido el acta suscrita en 1836 por don Lucas Alamán, administrador de los bienes del duque de Terranova y Monteleone, descendiente del Conquistador, donde daba cuenta de la localización de la tumba. En 1823 habían sido removidos los restos y puestos bajo las gradas del altar mayor del templo del Hospital de Jesús, en la víspera del 16 de septiembre, a consecuencia de los solemnes festejos en honor a los héroes de la Independencia. Se temió, con razón, que la turba enardecida los profanara. En 1836 fueron trasladados, de nuevo

³ Discurso de toma de posesión de Miguel Alemán, en *Los presidentes de México ante la nación. 1821-1966*, t. IV, Cámara de Diputados, México, 1966, p. 355.

⁴ 1) 1547, año de su muerte, se depositaron en la cripta de los duques de Medina Sidonia. 2) 1550 se trasladaron a la capilla de Santa Catarina, de la orden jerónima. 3) 1566 llegaron a la Nueva España, al convento franciscano de Texcoco. 4) 1629, se depositaron en la iglesia de San Francisco de la Ciudad de México. 5) 1716, los restos fueron reinhumados en el mismo templo. 6) 1794, se trasladaron a la iglesia del Hospital de Jesús. 7) 15 de septiembre de 1823, fueron removidos, en el mayor sigilo. 8) 1836, reinhumados de nuevo, en el mismo templo.

¹ (1890-1985) Pedagoga, historiadora y antropóloga, doña Eulalia se dedicó con verdadero ahínco al estudio de la historia de México, especialmente a la precortesiana. De 1930 a 1970 fue jefa de los archivos históricos del INAH.

² Blanca Torres, *Historia de la revolución mexicana. 1940-1952. Hacia la utopía industrial*, vol. 21, El Colegio de México, México, 1984, p. 48.



con el mayor secreto, a una de las paredes del mismo templo, lejos de la humedad. Los restos fueron encontrados en tres urnas superpuestas: de plomo, de cedro y de cristal, envueltos en finas telas y brocados. Después de los estudios conducentes, en julio de 1947 fueron reinhumados en el mismo lugar, colocándose una placa de bronce para dar cuenta del acontecimiento.⁵ El homenaje oficial se concretó a declarar monumento histórico al Hospital de la Purísima Concepción y Jesús Nazareno. En diciembre de este mismo año de 1947 se conmemoraron los cuatrocientos años del fallecimiento de Hernán Cortés, fecha que por lo demás pasó inadvertida.

Los tiempos no estaban para estas conmemoraciones. Los conservadores, que fueron quienes enarbolaron la bandera hispanista, habían sido derrotados hacía mucho tiempo, desde el siglo pasado. Si bien todavía alentaba a algunos de sus seguidores, la época pertenecía por entero a los indigenistas, amparados y apoyados por las esferas oficiales. El Estado revolucionario había tomado como una de sus consignas la reivindicación y recuperación de nuestro pasado indígena. Personalidades como Manuel Gamio, Ignacio Marquina y Alfonso Caso pusieron las bases de las modernas antropología y arqueología mexicanas, y la valoración de las raíces autóctonas inspiraba a pintores, músicos, literatos y demás residentes del gabinete de las musas. Precisamente quien encabezaba esta corriente era Diego Rivera, el santón de la izquierda durante estos años. El pintor había recibido su consagración definitiva en 1949, cuando se celebró la Exposición Nacional de cincuenta años de su labor artística, en el Museo de Artes Plásticas. En los años de 1944-1945 dio inicio a los murales de los corredores del Palacio Nacional, pero al salir a la luz pública los huesos del Conquistador fue cuando pintó a éste como un individuo completamente disminuido. Antes lo

había pintado como se estilaba en la iconografía tradicional, como un guapo varón renacentista, parecido a Carlos V.

El mural de la Conquista del Palacio Nacional fue realizado en 1951; según propia confesión, el artista se inspiró, para su malhadado Cortés, en los estudios del eminente criminólogo Alfonso Quiroz Cuarón —quien los elaboró a partir de fotografías de los huesos. Su dictamen apunta que en los restos de Cortés “se observan evidentes estigmas degenerativos, que corresponden a un padecimiento: el enanismo por sífilis congénita del sistema óseo”.⁶ Esta sentencia cayó como anillo al dedo para los indigenistas, que no desaprovecharon la oportunidad de hacer mofa de un Cortés sífilítico o, de pérdida, tuberculoso. No tomaron en cuenta que el Conquistador, en 1521, tenía 34 años, y que murió de 63. Otros estudios, menos maniqueos, revelaron que padecía de osteosis, una enfermedad de los huesos, lo que explicaba la deformación que presentaban éstos.

A partir del descubrimiento de los restos de Hernán Cortés se desató una verdadera fiebre de búsqueda de despojos, una epidemia de “huesitis”. (Burlas aparte, durante este periodo se popularizó el dicho: “Vivir fuera del presupuesto es vivir en el error.” O, como festejaba *Excelsior* en su frase de la semana: “¿Quién, en la época en que vivimos, no anda en busca de un hueso?”)⁷ Se rastrearon los restos de Francisco Javier Clavijero en la iglesia de Santa Lucía, en Bolonia, y se concluyó que, habida cuenta de la gran cantidad de osamentas pertenecientes a jesuitas mexicanos existentes en el presbiterio de la iglesia, era imposible su localización; en marzo de 1947, mediante la tradición oral, se hallaron los restos de los Niños Héroes; a mediados de este mismo año se encontraron en las Lomas de Padierna los de soldados mexicanos y norteamericanos que habían participado en la batalla de este nombre; en marzo de 1948 llegaron a nuestro país los despojos de don Carlos Pereyra, y don Nemesio García Naranjo, aprovechando el viaje, pidió el traslado de los huesos de don Porfirio Díaz, que aún reposan en el cementerio Montparnasse de París.

Pero el hecho que va a desatar una verdadera zarabanda en el caldeado clima ideológico de la época es el hallazgo de los supuestos restos de Cuauhtémoc, el 26 de septiembre de 1949.⁸ Desde el descubrimiento de los restos del Conquistador los indigenistas se querían sacar la espina. Es más, hubo quien señalara que este hecho no era más que parte de un complot continental de ensalzamiento hispánico, como lo probaba el reconocimiento de la momia de Francisco Pizarro, en Perú, el mismo año de 1946. Sea como fuere, el caso es que desde febrero de 1949 empezaron a aparecer en la prensa noticias referentes a que la tumba de Cuauhtémoc se encontraba en Ichcateopan, pueblecillo situado en la sierra de Guerrero, cercano a Taxco; precisamente bajo el altar

⁵ Citado en Jorge Gurría Lacroix, *Hernán Cortés y Diego Rivera*, IIH-UNAM, México, 1971, p. 64.

⁷ Citado en Alejandra Moreno Toscano, *Los hallazgos de Ichcateopan. 1949-1951*, UNAM, México, 1980, p. 119.

⁸ Este mismo día se estrelló un avión de Mexicana de Aviación en el Popocatepetl, donde murieron la actriz Blanca Estela Pavón, el “Apóstol del maíz”, Gabriel Ramos Millán, y el estudioso de temas mexicanos, Salvador Toscano, junto con otras personas.

principal de la iglesia de Santa María de la Asunción, donde antes había estado el “gran teocalli”. Desde principios del siglo pasado los habitantes del lugar habían solicitado que dicho altar se declarara “intocable”. En 1899 se volvió a tener noticia de que allí se encontraba la tumba, lo que dio pretexto para que se apuntara que don Porfirio había sido quien armó todo el tinglado. La verdad es que existía una tradición oral, antigua y muy fuerte, según la cual este pueblo contenía los restos; apuntalaba tal aserto su nombre, que significa “dios envuelto en algodones”.⁹ En marzo doña Eulalia Guzmán fue comisionada para verificar la veracidad de la conseja. Lo primero que hizo fue rastrear la tradición oral, analizar los documentos encontrados en la parte posterior de una imagen de la Virgen, patrona del pueblo —que indicaban el sitio exacto del entierro, con la firma de Motolinía como testigo— y enseguida proceder a la excavación debajo del altar mayor de la citada iglesia. El templo data del siglo XVI, y fue reforzado en 1639, pero difícilmente fue construido antes de 1529, fecha del supuesto enterramiento. Apoyaba la tradición oral el hecho de que, desde tiempo inmemorial, según los vecinos del lugar, se mantenía prendida una vela en el altar —precisamente donde se encontraba la tumba. Se ofrecían misas en su honor (Cuauhtémoc fue ahorcado, según la historiadora, el 28 de febrero de 1525, martes de Carnaval) ya que el último soberano mexica había sido bautizado. También se hacían ceremonias y bailes conmemorativos del sacrificio del héroe.

Doña Eulalia, después de vencer múltiples contratiempos —parece ser que las autoridades del instituto donde prestaba sus servicios no estaban muy convencidas de la veracidad del asunto— y con la autorización y apoyo entusiasta de las autoridades del estado de Guerrero, encabezadas por el gobernador, general Baltazar Leyva Mancilla, desenterró unos huesos calcinados, un óvalo de cobre con las inscripciones “1525-1529. Rey e S. Coatemo”, y una punta de flecha y cuentas. La gente de Ichcateopan nunca dudó de la autenticidad de los restos; prueba del fervor que animaba a sus habitantes es la exclamación de uno de los peones que excavaban, quien cayó de rodillas y dijo: “Gracias a Dios, porque voy a ver a mi Rey.” Los estudios de doña Eulalia aseguraban que Cuauhtémoc era hijo de Ahuítzotl, señor de Tenochtitlan, y de Tlilalcapatl, princesa de Ichcateopan y nieta de Netzahualcōyotl, primo de Moctezuma Xocoyotzin y Cuitláhuac. Cortés lo mandó ahorcar y decapitar en Izancanak, cerca de los márgenes del Usumacinta, y desde ahí lo habían trasladado sus súbditos, a través del istmo de Tehuantepec. Más de uno señaló regocijado que habría sido más fácil llevar el cadáver a España, que cargarlo en andas a través de la impenetrable selva por donde supuestamente se hizo el recorrido.

A partir del descubrimiento se desató una avalancha de homenajes al “único héroe a la altura del arte”. (El terreno había sido abonado por el libro de Héctor Pérez Martínez, *Cuauhtémoc. Vida y muerte de una cultura*, publicado en 1948, y que resultó un verdadero *best seller*.) Se promulgó que el 12 de octubre Ichcateopan fuera la capital del estado de Guerrero.

⁹ La diferencia de opiniones se reflejaba también en la forma como se escribía el nombre del pueblo. Era Ixcateopan para los indígenas, e Ichcateopan para los hispanistas.

Como era de esperar, le llovieron promesas de construirle escuelas, carretera y drenaje. El Congreso de la Unión, en sesión solemne, acordó poner en el recinto, en letras de oro, el nombre de Cuauhtémoc; su presidente declaró que “El mejor homenaje que se puede rendir al héroe es la obra realizada en beneficio del pueblo” (*Tiempo*, 21-X-1949, Núm. 390, p. 1). Es más, si por algún milagro encarnara, estaría satisfecho pues la tierra volvía a ser de los suyos. En el colmo del entusiasmo, los “padres de la patria” señalaron que había que erigirle una estatua en una de las cimas más altas de México, de preferencia en El Bajío, centro del país, para convertirlo en el vigía de todos los mexicanos. El Senado de la República acordó constituir un “Patronato para la construcción de un monumento a Cuauhtémoc”, donde se colocaría tierra de todas las zonas indígenas. El secretario general del PRI comparó a doña Eulalia con la Corregidora, y se declaró a 1950 “año de Cuauhtémoc”. En la Ciudad de México la antigua calzada de La Piedad tomó su nombre. El mejor salón de las escuelas públicas estaba dedicado a su memoria y se elaboró un documental cinematográfico con la historia del hallazgo. El INBA convocó a cuatro concursos para honrar su memoria: obra de teatro, pieza de teatro infantil, ballet e himno.¹⁰ Las monedas de plata con la efigie del héroe, que circulaban desde 1947, eran afanosamente atesoradas por el público. (Por cierto, también se buscó el tesoro.) Se promulgó la Jornada Nacional de Homenaje a Cuauhtémoc, del 7 al 20 de noviembre —el desfile de este día le fue dedicado. Los maestros de primaria y secundaria, ejidatarios, campesinos, etcétera, movilizados por los sectores corporativos del partido oficial, acudían en “peregrinación cívica” al “Altar de la Patria”. La descubridora de los restos —nombrada “hija predilecta” del estado de Guerrero— desde un principio sentó las bases de la exaltación provocada por el hallazgo. El “joven abuelo” era el “arquetipo de valores morales, el héroe más puro de la historia de México, ejemplo para la juventud que debe encontrar en él la virtud”.¹¹ (Por cierto, afirmaba tener pruebas que demostraban que el guerrero mexica ¡se había conservado casto!)

El tercer aniversario de la toma de posesión del licenciado Miguel Alemán, el 10 de diciembre de 1949, fue ocasión de un homenaje de las Fuerzas Armadas a Cuauhtémoc en su estatua de Reforma —inaugurada por don Porfirio Díaz en 1887, cuando don Francisco del Paso y Troncoso dio un discurso en náhuatl enaltecendo la necesidad de la unión de todos los mexicanos—; en esa ocasión el general Santiago Piña Soria, jefe del Estado Mayor, asentó que el último “Emperador” azteca era “símbolo de la resistencia frente a la agresión extranjera” y ejemplo de honor, dignidad y sacrificio para los soldados de México: “Cuauhtémoc, en lo heroico, es de la estirpe de Hidalgo, de Morelos, de los Niños Héroes, así como de la estirpe severa, patriótica y nobilísima de Juárez.” (*Tiempo*, 2-XII-1949, Núm. 396, p. IV.) El representante del DDF fue más lejos: el guerrero azteca era el más

¹⁰ Salvador Novo documenta su búsqueda desenfrenada de obras teatrales sobre Cuauhtémoc, y cómo las tuvo que desechar porque trataban positivamente a Cortés. Cfr. *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán*, Empresas Editoriales, México, 1967.

¹¹ *Excelsior*, 14-X-1949. Citado en *ibid.*, p. 23.

grande héroe de la humanidad, mayor incluso que César y Carlomagno: "Cuauhtémoc reúne en sí los valores y los gestos de todos los héroes de todos los tiempos." (*Tiempo*, 7-X-1949, Núm. 388, p. 4.)

Los ánimos no menguaron cuando, el 14 de octubre de 1949, la comisión nombrada para verificar la autenticidad de los restos dictaminó que éstos eran falsos. La prensa, que los llamó "sabios oficiales", se ensañó contra sus integrantes: arquitecto Ignacio Marquina, doctor Silvio Zavala, doctor Eusebio Dávalos Hurtado, profesor Javier Romero, arquitecto Alfredo Bishop, teniente coronel Luis Tercero Urrutia, licenciado Alfonso Ortega Martínez y mayor Roberto Tapia Téllez.¹² La parte medular del dictamen emitido anotaba que los huesos examinados pertenecían a cinco personas, inclusive niños y mujeres, que la inhumación se realizó después del siglo XVI, que las firmas atribuidas a Motolinía eran apócrifas y que la placa de metal había sido oxidada artificialmente. Sin embargo, se cuidaron de señalar que:

La primera comisión, al rendir este dictamen, estima oportuno separar con nitidez la admiración y respeto que sentimos los mexicanos por la figura de Cuauhtémoc, del problema netamente científico que consiste en establecer la autenticidad del hallazgo de Ichcateopan, logrado por la señorita Guzmán con innegable tesón e indiscutible probidad, y apoyada, con altura de miras y patriotismo, por el culto gobernador del estado de Guerrero, general Baltazar Leyva Mancilla.¹³

A fines del mes de septiembre Alfonso Caso e Ignacio Marquina habían acudido a Ichcateopan, donde saludaron con entusiasmo el hallazgo pero cambiaron de opinión después de los estudios pertinentes, actitud que les fue reprochada acremente. Se acusó a los miembros de la comisión de haber actuado a las volandas y de emitir un dictamen "superficial y no válido"; asimismo, de que temían perder sus "huesos", que los mantenían dentro de la nómina oficial. Es más, se amparaban bajo intereses "antipatrióticos y antimexicanos". Diego Rivera, en una comida que una asociación feminista brindó a doña Eulalia, declaró que no eran sabios, sino "resabios". Si anteriormente se habían declarado auténticos los huesos de Cortés, de los Niños Héroes y de los soldados de Padierna, ¿por qué ahora, que se trataba de los de Cuauhtémoc, existían tantos remilgos? Debería efectuarse un examen científico al ayate de Juan Diego, a ver si era cierto lo de la aparición de la Virgen. "Si los campesinos, indios sublimes que guardan la tumba del jefe, disparan sobre los negadores contra un muro de Ixcateopan, habrán hecho una obra de absoluta justicia histórica", remató (*Tiempo*, 28-X-1949, Núm. 391, p. 1).

El gobierno, por voz del licenciado Manuel Gual Vidal, titular de la Secretaría de Educación Pública, apuntó que la

¹² El arqueólogo Carlos Margáin se abstuvo de firmar el dictamen, por considerar que no contaba con los suficientes elementos para dar una opinión definitiva.

¹³ Citado en Ángel Torres y González, *La tumba de Cuauhtémoc. Un reportaje histórico*, Nacionalidad, México, 1950, p. 141

grandeza de Cuauhtémoc estaba por encima de sus restos materiales, auténticos o no, por lo que los homenajes proseguirían. Lo cierto es que, a partir de las dudas expresadas y del posterior dictamen, también negativo, el régimen poco a poco se deslindó del problema e hizo hincapié en que somos una nación mestiza: a partir de la Independencia todos los mexicanos constituimos un solo pueblo. Se había cumplido así con uno de los propósitos estatales: dar cohesión y sentido de pertenencia nacional a todos los habitantes de México. El ex presidente Alemán da cuenta de la polémica en sus memorias, y apunta que el culto a los héroes permite legar a las nuevas generaciones "una clara y orgullosa conciencia de su identidad nacional".¹⁴

Las cosas no terminaron ahí. Doña Eulalia, con una fe de cruzado en su causa, organizó otro grupo de estudio, esta vez encabezado por el doctor Alfonso Quiroz Cuarón, quien era el director del Departamento de Investigaciones Especiales del Banco de México.¹⁵ Junto con el doctor José Gómez Robleda y el ingeniero Liborio Martínez, se dispuso a proseguir con las investigaciones.¹⁶ A este grupo se le llamó "peritos del Banxico", sin serlo propiamente. Se pidió el auxilio del Instituto de Física de la UNAM para el estudio de las oxidaciones del óvalo de cobre; los doctores Carlos Graef, Octavio Cano y Marcos Moshinsky certificaron que la oxidación presentada por el mismo había sido hecha a través de los siglos. O, al menos, esto dedujeron los llamados "peritos" pues en carta posterior el doctor Graef aclaraba que en el documento presentado por él y sus colaboradores: "No hay una sola palabra que se pueda interpretar como un intento de determinar la mayor o menor antigüedad de la placa de cobre de la que proviene la muestra estudiada." También refutó los estudios del doctor Bustamante, que se comentan más adelante.¹⁷

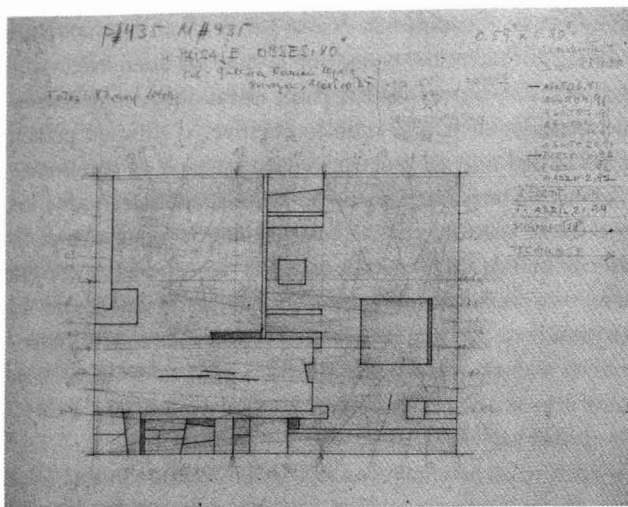
El doctor Enrique Bustamante, de la Universidad de Princeton, certificó que la placa tenía una oxidación de más de trescientos años; el ingeniero Cuevas, especialista en mecánica de suelos, afirmó que la fosa donde se encontraron los restos se había hecho antes de que se edificara el templo, y que éste fue terminado en 1539. El profesor Luis Chávez Orozco defendió a don Florentino Juárez, depositario de los supuestos documentos probatorios, de la afirmación del doctor Silvio Zavala, quien lo

¹⁴ Miguel Alemán Valdés, *Remembranzas y testimonios*, Grijalbo, México, 1987, p. 298.

¹⁵ El machismo no dejó de hacerse presente. Se rumoreaba que si las investigaciones hubieran sido hechas por un hombre estarían mejor elaboradas.

¹⁶ También colaboraron los señores Isaac Ochoterena, Rafael Illescas, Ignacio Díez de Urdanivia, José A. Cuevas, Rafael Molina, Luis Chávez Orozco, Eduardo Murguía, Manuel F. Madrazo, Carlos Lechuga, Mauro Cárdenas, Alejandro Sánchez, Gudelia Guerra, Anselmo Marino, José Tlaoa, Elvira Luján, Eva María Rivas de Aburto, Alicia Silva, Manuel Hernández, Miguel Ángel Acosta, Alberto Vivas y Roberto Reyes.

¹⁷ Comisión Investigadora de los Descubrimientos de Ichcateopan, *Los hallazgos de Ichcateopan. Actas y dictámenes de la Comisión Investigadora*, s.p.i., México, 1962, pp. 396-397.



acusó de haber sido un formidable mitómano. A fines de 1949 dan a conocer su dictamen:

En consecuencia, concluimos que los estudios realizados, todos ellos en posibilidad de ser comprobados y verificados, demuestran científicamente y objetivamente *que los restos humanos descubiertos por la maestra Eulalia Guzmán, son de Cuauhtémoc, último rey y señor de los mexicanos, mártir y héroe supremo de la historia de nuestra Patria*.¹⁸

Ante la polvareda desatada por los dos dictámenes contrapuestos, la SEP decidió formar una nueva comisión, esta sí definitiva, que diera por finiquitado el asunto. El 6 de enero de 1950, como regalo de Reyes, se dieron a conocer los nombres de los integrantes de la misma: doctor Alfonso Caso, del INI; doctor Arturo Arnáiz y Freg, de El Colegio de México; doctor Manuel Gamio, del Instituto Indigenista Panamericano; doctor Rafael Illescas Frisbie y doctor José Joaquín Izquierdo, de la Comisión Impulsora y Coordinadora de la Investigación Científica; profesor Wigberto Jiménez Moreno, del Seminario de Cultura Mexicana; doctor Julio Jiménez Rueda, del AGN; doctor Pablo Martínez del Río, del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, e ingeniero Pedro C. Sánchez.¹⁹ Antes que nada, los miembros de la "Comisión Investigadora de los Descubrimientos de Ichcateopan" montaron una guardia de honor en el monumento a Cuauhtémoc sobre la Avenida Reforma. Doña Eulalia se apresuró a declarar que, de los once miembros de lo que la prensa dio en llamar "Gran Comisión", sólo dos sabían de qué se trataba. No estaban acostumbrados

más que a manejar los archivos de los escribanos de su Majestad: cosas perfectamente ordenadas. Pero *se hacen bolas* cuando afrontan cosas vivas como el de la tumba de Cuauhtémoc, en el cual no pueden consultar a nadie porque hay documentos en los que no aparece la fe del notario y que, además, no están testimo-

¹⁸ Citado en Ángel Torres, *op. cit.*, p. 192.

¹⁹ El doctor José Gómez Robleda fue invitado a participar; elaboró un voto particular por no estar de acuerdo con el dictamen negativo que se emitió.

niados. Son, en síntesis, sabios de gabinete (*Tiempo*, 7-IV-1950, Núm. 414, p. II).

Agregó que debía tomarse en consideración que, por tratarse de un organismo oficial, prevalecería el criterio político sobre el propiamente científico.²⁰ Esto no dejaba de ser un contrasentido pues si había alguien interesado en que se confirmara la autenticidad de los restos, era precisamente la esfera oficial.

En el ínterin, mientras la Comisión de los "Supersabios" se afanaba por esclarecer la verdad del descubrimiento de marras, los estudios de Quiroz Cuarón y seguidores prosiguieron, doña Eulalia incluida (quien, por cierto, elaboraba una investigación sobre las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés donde intentaba probar que el audaz extremeño era un redomado mentiroso). A mediados de 1950 dieron a conocer un estudio "científico" que asentaba, a partir de los restos encontrados, que éstos pertenecían a un individuo de las siguientes características:

Veinticinco años de edad, atlético, de forma elegante y juvenil, de estatura elevada, de caracteres sexuales bien desarrollados, longitípico esténico de la variedad hipertiroides, dolicocefalo, miembros largos, potente aparato locomotor de veloces y rápidos movimientos, cara ovalada, tez blanca, grandes ojos. Emotivo, irritable, de inteligencia precoz, de capacidad crítica notable, de tono afectivo dominante y apasionado y de funciones intelectuales lógicas.²¹

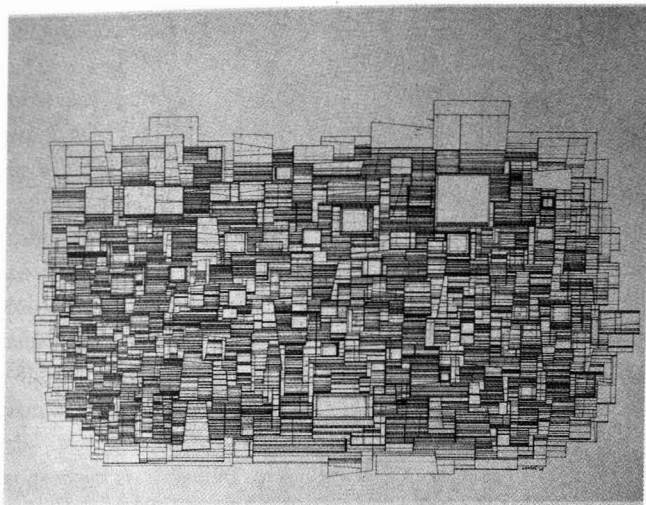
En febrero de 1951 la "Gran Comisión" entregó al secretario de la SEP su veredicto negativo, donde se lee que, entre otras pruebas adversas, "los documentos que se han aducido, son apócrifos o falsos; la inscripción que ostenta la placa es moderna, y los huesos son, por lo menos, de cuatro individuos diferentes".²² Hubo quienes expresaron que los huesos debían declararse auténticos, porque así lo exigía el interés nacional. Arturo Arnáiz y Freg, vocero de la citada comisión, escribió que "Lo fácil y, al propio tiempo lo impropio e inadmisibles, hubiese sido dejarse alucinar por testimonios deficientes, por documentos plagados de anacronismos o por las inclinaciones místicas de grupos entusiastas y mal orientados".²³ Lo único que se busca-

²⁰ Como decía la infatigable historiadora: "Nunca la voz oficial, sino la ciencia, ha sido la capacitada para juzgar a la ciencia." Citado en Ángel Torres, *op. cit.*, p. 189.

²¹ Citado en Miguel Ángel Cevallos, "El hallazgo de Ichcateopan", en *Cuadernos Americanos*, julio-agosto 1950, Núm. 4, vol. LVIII, pp. 201-202. Esta descripción concuerda con la de un testigo presencial, Bernal Díaz del Castillo: "Guatemuz era mancebo e muy gentil hombre para ser indio, y buena disposición y rostro alegre y aún la color algo más que tiraba a blanco que a matiz de indios, que era de edad de 25 a 30 años... era de muy gentil disposición, ansí de cuerpo como de faiciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos más parecían que cuando miraban, que era con gravedad que halagüenos y no había falta en ellos..." Citado en *Cultura Soviética*, octubre 1950, Núm. 72, p. 15.

²² Comisión Investigadora de los Descubrimientos de Ichcateopan, p. 404.

²³ *Ibid.*, p. XIII.



ba era la verdad: "Es un timbre de gloria para todos los firmantes del dictamen final, que —aparte de haber laborado sin remuneración alguna— se nos haya injuriado por mantener los fueros de la investigación científica, sin torcer la verdad por móviles patrioterios."²⁴ La respuesta no se hizo esperar: doña Eulalia acusó que la multicitada comisión no había hecho las suficientes pruebas científicas, y que no se habían trasladado ni siquiera al lugar de los hechos. Por lo tanto, "Las pruebas siguen incólumes. La comisión ha sido una asamblea deliberante" (*Tiempo*, 16-II-1951, Núm. 459). La SEP, como Poncio Pilatos, se lavó las manos:

Dada su propia naturaleza, las diversas opiniones formuladas por los miembros de la comisión no pueden constituir una decisión de carácter resolutivo. En estas condiciones, debe considerarse abierta la investigación para recibir las luces de los especialistas en las diversas ramas que con ella se relacionan y, en general, de los estudiosos que con sus conocimientos y su amor a la egregia figura de nuestro máximo héroe indígena prosigan la tarea emprendida.²⁵

Tan abierta quedó la cuestión, que en 1976 volvió a sacarse el cadáver del armario. Por decreto ejecutivo se ordenó al INAH una nueva investigación, y para tal fin se creó la Comisión para la Revisión y Nuevos Estudios de los Hallazgos de Ichcateopan. Como cinco lustros atrás, se buscaba un paliativo para encubrir una conflictiva situación, como era la del estado de Guerrero en estos años. Eduardo Matos Moctezuma destaca que la misma fue sometida a diferentes tipos de presión pero que no se claudicó en la búsqueda de la verdad científica. Se llegó a una conclusión similar a las de las dos ocasiones anteriores: no había "base científica para afirmar que los restos hallados el 26 de septiembre de 1949 en la iglesia de

²⁴ Wigberto Jiménez Moreno, "Los hallazgos de Ichcateopan", en *Historia Mexicana*, octubre-diciembre 1962, Núm. 2, vol. XII, Colmex, México, p. 177.

²⁵ Declaraciones del licenciado Manuel Gual Vidal, aparecidas en *Tiempo*, 9-III-1951, Núm. 462, p. 8.

Santa María de la Asunción, Ichcateopan, Gro., sean los restos de Cuauhtémoc, último señor de los mexicas y heroico defensor de México-Tenochtitlan".²⁶ La Secretaría de Educación Pública rechazó el dictamen negativo. "Una vez más, la historia se repetía."²⁷

Mas traigamos a colación algunos ejemplos de la polémica que se desató en aquellos años, análoga a la levantada con motivo de la conmemoración de los quinientos años del descubrimiento de América. (Lo que muestra que estamos lejos de la hegeliana recomendación de asimilar el pasado; éste está todavía demasiado vivo entre nosotros, lo que provoca heridas "enconadas" [Paz *dixit*].) Doña Eulalia tuvo una importante tribuna en la revista *Cultura Soviética*, editada por el Instituto de Intercambio Cultural Mexicano-Ruso,²⁸ lo que no favoreció mucho su causa, dado el clima imperante de guerra fría. Por ello, se acusaba desde *Excelsior* que existía una "conjura comunista" para desatar el caos y el rencor social; la bandera enarbolada era la reivindicación del mundo indígena:

No en vano advertimos, desde la comedia ósea de Ichcateopan de la camarada Eulalia, que lo de los huesos del héroe autóctono sería utilizado por elementos comunistas para pretender resucitar complejos raciales y de este modo sembrar agitación y dividir a los mexicanos, cuando más necesitan estar unidos.²⁹

La citada historiadora, orgullosa de su ascendencia indígena —de la que hacía ostentación— no dejó de recibir las puyas de quienes se inclinaban hacia la corriente hispanista. Estaba tan fascinada con la cultura azteca, que muy bien podía haber sido una "teixamique": mujeres viejas que, según Sahagún, esperaban al pie del templo de Huichilobos los cadáveres de los sacrificados. Portaban jícaras con tamales y salsa de mole, y cuando los cuerpos se precipitaban gradas abajo les introducían comida en la boca y los rociaban con la salsa. Los españoles destruyeron "este precioso sistema religioso que permitía comer tamales con carne de personas, y en el que había oficios tan dignos como el de teixamique".³⁰ Quienes ensalzaban la labor española en América hacían hincapié en la sanguinaria religión mexica: "Cuauhtémoc defendía su religión, los sacrificios humanos, los tanques de sangre en que se bañaban los papas, las caminatas al cerro de la Estrella en que las propias madres iban pinchando, con púas de maguey, hasta dejarlos desangrados y exánimes, a sus hijos." (Jesús Guisa y Azevedo, *Lectura*, 15-X-1949, Núm. 4, t. LXII, p. 197.) Doña Eulalia contestaba

²⁶ Eduardo Matos Moctezuma, *Informe de la revisión de los trabajos arqueológicos realizados en Ichcateopan, Guerrero*, UNAM, México, 1980, p. 41.

²⁷ Cfr. *Ibid.*

²⁸ Cuyo secretario general era Víctor Manuel Villaseñor; presidente, profesor Luis Chávez Orozco, y vicepresidente, Alfonso Reyes.

²⁹ Bernardo Ponce, 1°-VIII-1950. Citado en Alejandra Moreno Toscano, *op. cit.*, p. 182.

³⁰ Alfonso Trueba, *Doña Eulalia, el mestizo y otros temas*, Jus, México, 1959, p. 8.

que no era cierto lo de los sacrificios humanos: ¿o es que algún español contempló esta escena?³¹ Aseguraba que la política de los soberanos aztecas tendía a lograr la unidad de todo el territorio y de las tribus que lo habitaban en lo que actualmente es México, por lo que los españoles no vinieron a integrarnos sino todo lo contrario.

La conmemoración oficial del 12 de octubre de 1949 fue convertida en un panegírico a los pueblos indios, representados por su defensor, Cuauhtémoc. Los hispanistas anotaron que era injusto separar a Cristóbal Colón y a España de la celebración: "España hizo en América lo mismo que había hecho Roma en Europa, fundirse con los pueblos subyugados para convertirlos en hijos amorosos." Francia, España, Portugal, eran naciones latinas pero cada una tenía su propia personalidad; así eran las naciones hispanoamericanas respecto a España (Nemesio García Naranjo, *HOY*, 5-XI-1949, Núm. 663, p. 15). No era justo que, mientras se convertía a Cuauhtémoc en un héroe puro, el más grande de todos, quedara Cortés condenado a ser "un bandido, un jefe de pandillas de predatoras, un réprobo vitando" (Jesús Guisa y Azevedo, *Idem.*, p. 195). Si se metamorfoseaba a Cortés en un aventurero, Cuauhtémoc devenía en un jefe de tribu y en sacerdote de una sanguinaria religión. "Cada uno es grande a su manera. En la historia del mundo Cortés puede estar a la altura de Alejandro, de César y de Bonaparte, mientras Cuauhtémoc tendrá la compañía de Viriato, Vercingetorix, Santa Juana de Arco y Kosciusko."³²

Don Nemesio García Naranjo se lamentaba del "espíritu faccional" de nuestra historia, que transformaba las conmemoraciones cívicas en verdaderos "autos de fe". Si se ponderaba la Conquista y evangelización españolas, forzosamente se estaba en contra de las culturas indígenas, y viceversa. Consideraba que todavía no éramos un pueblo cabalmente mestizo; no podía decirse que estuviéramos integrados racialmente pues esto exigía mucho tiempo. Cuando ello sucediera se reconocería a Hernán Cortés su papel como creador de la nueva nacionalidad mexicana:

Quando de las heterogeneidades actuales haya surgido la homogeneidad inmovible de nuestra patria, entonces será que se pueda apreciar en toda su inmensidad la obra de Hernán Cortés. Dicha obra, como la de Teseo y Rómulo, necesita de la lejanía para poderse destacar. Cuatrocientos metros son muy pocos para poder ver una montaña y cuatrocientos años resultan igualmente escasos, para mirar a un forjador de pueblos y de razas. (*Idem.*, p. 21.)

José Vasconcelos se preguntaba qué raza se iba a festejar el 12 de octubre: ¿la española o la india? Si se decidiera celebrar a

esta última, se celebraría "el día de la señorita Eulalia Guzmán, que comenzaría a comernos a cachitos, con antropofagia antropológica" (*Mañana*, 15-X-1949, Núm. 320, p. 29). Si bien Cuauhtémoc es el héroe "que está más cerca del corazón mexicano", y ejemplo a seguir por su fidelidad a sí mismo y a su pueblo hasta la muerte, Cortés es el verdadero creador de nuestra nacionalidad: "Desde todos los puntos de vista, y con todos sus defectos, lo que creó la Colonia fue mejor que lo que existía bajo el dominio aborigen."³³ La exaltación de los pueblos nativos era una estrategia anglosajona para denigrar a España tal y como lo probaba la virulencia de la leyenda negra. El filósofo, desde años atrás, había deslindado su posición: no era más que "sentimentalismo blandengue" el de los redentores de indios: "Los españoles oprimieron a los indios, y los mexicanos seguimos oprimiéndolos, pero nunca más de lo que los hacían padecer sus propios caciques y jefes."³⁴

Los medios escritos de comunicación fueron una importante caja de resonancia de la polémica. Por ejemplo, en *HOY*, "revista de México y para México",³⁵ se editorializaba que ambos, Cuauhtémoc y Cortés, eran raíces de nuestra nacionalidad. Mas alrededor de la primera figura se concentraban dos corrientes ideológicas: el cuauhtemocismo (*sic*) y el amor auténtico a la patria. "El cuauhtemocismo es falsedad y fetichismo. Es la veneración de un muerto; la idolatría de un personaje histórico y, en el fondo real y exacto, el odio a España, raíz, también insustituible, de nuestra nacionalidad." El México actual era la expresión de la comunión de dos razas, edificadas "firmemente sobre la roca inmovible del espíritu y de la fe" (8-X-1949, Núm. 659, p. 11). *Tiempo*³⁶ era más militante. Los miembros de la comisión Marquina-Zavala no eran más que "historiadores caducos y formalistas", todo por haber emitido un dictamen negativo; lo que era indiscutible "es la calidad de Cuauhtémoc como raíz y cumbre de México" (28-X-1949, Núm. 391, p. 1). *El Nacional* defendió la autenticidad de los restos; negarlos era un "malinchismo execrable". Ángel Torres y González, reportero de este periódico, aseguraba que cuando Cortés recibió la noticia de la ejecución del héroe cayó desmayado a causa del remordimiento.³⁷ Si bien éramos producto del mestizaje, todavía existían "algunos sectores que rememoran los excesos contra los indios en la conquista para labrarse fortunas fáciles".³⁸ El discurso indigenista equiparaba a los hispanistas con los sectores más reaccionarios del país, que en el pasado no habían vacilado en poner en peligro a la patria.

³³ José Vasconcelos, *Breve historia de México*, Botas, México, 1937, p. 12.

³⁴ *Ibid.*, p. 20.

³⁵ Dirigida por José Pagés Llergo.

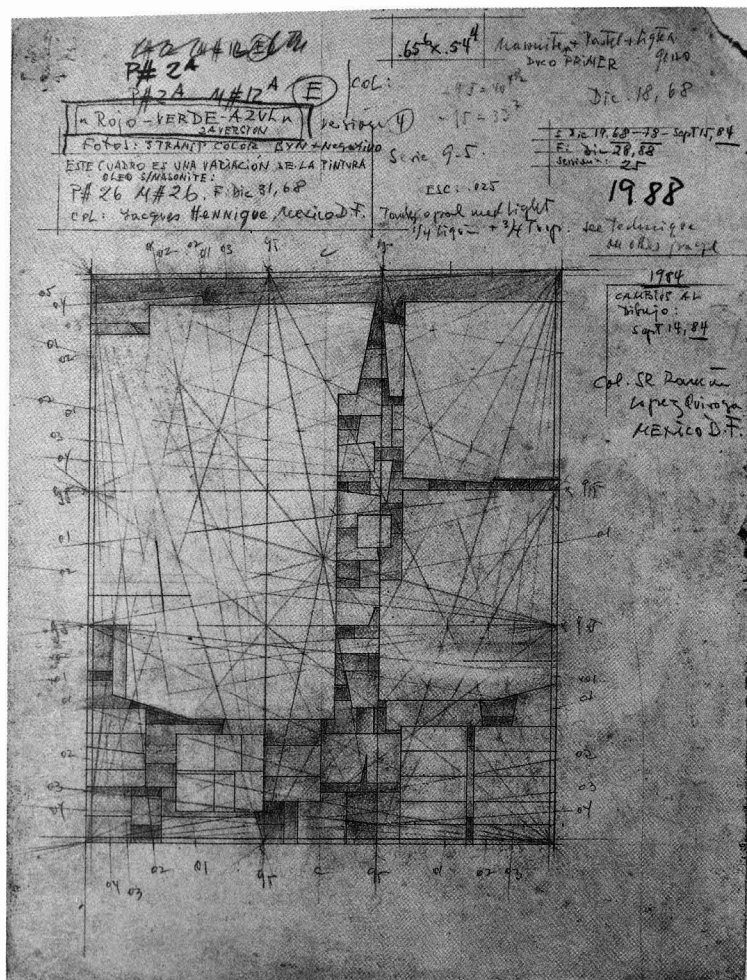
³⁶ Dirigida por Martín Luis Guzmán.

³⁷ Escribe doña Eulalia: "No hay más que leer a Bernal Díaz del Castillo para entender que si bien Cortés venció a Cuauhtémoc, Cuauhtémoc lo vencía a cada instante; y Cortés lo mató porque era imposible tener frente a sí al Rey, él, el aventurero, el mezquino." *Cultura Soviética*, noviembre 1950, Núm. 703, p. 47.

³⁸ Ángel Torres, *op. cit.*, p. 36.

³¹ Laurette Sejourne calculó que, según las fuentes, se sacrificaron 80 mil personas durante la inauguración del Templo Mayor de Tenochtitlan. Los aztecas vivían inmersos en una "angustia mortal" pues de ellos dependía que el sol no se extinguiera. "Ensayo sobre el sacrificio humano", en *Cuadernos Americanos*, septiembre-octubre 1950, núm. 5, vol. LIII, p. 165.

³² Alfonso Teja Zabre, en Héctor Pérez Martínez, et al., *La supervivencia de Cuauhtémoc. Hallazgo de los restos del héroe*, Criminalia, México, 1951, p. 227.



La presencia de los huesos de Cuauhtémoc sobre la tierra que tanto amó y que tan señeramente defendió, es un argumento toral contra la historia, la filosofía y hasta el derecho que forjaron los conquistadores y que después se encargaron de apuntalar los serviles y los descastados.³⁹

El general Lázaro Cárdenas prestó su apoyo a la causa de doña Eulalia. En abril de 1950 acudió a Ichcateopan en compañía de su hijo y del general Francisco J. Múgica; en agosto encabezaba el Comité Pro-Autenticidad de los Restos de Cuauhtémoc, compuesto en su mayoría por maestros rurales del estado de Guerrero, a quienes se tildó de "comunistas".⁴⁰

Después del tercer dictamen se pidió una "civilizada reconciliación" entre indigenistas e hispanistas. Como escribió Octavio Paz en 1951, en el prólogo a la edición francesa de la obra citada de Pérez Martínez, "no se puede reducir la historia al tamaño de nuestros rencores". El joven guerrero azteca era un mito popular, y en otros tiempos se le hubiera deificado. "Si

³⁹ Moisés Mendoza, *Rey y señor Cuauhtémoc. El hallazgo de Ichcateopan*, CIDE, México, 1951, p. 9.

⁴⁰ El general Múgica puso en el libro de visitantes: "Peregrinos del patriotismo, ocurrimos ante el Padre sin igual de esta Patria salvada por él, sin usuras ni regateos. Juro que por defender mi nacionalidad, seré intransigente." Citado en Moisés Mendoza, *op. cit.*, p. 285.

Guadalupe Tonantzin encarna la vieja relación con el cosmos a través de la madre divina, Cuauhtémoc representa, por el contrario, la soledad del héroe que lucha y muere solo, abandonado por los dioses y los hombres." Por otra parte, el Conquistador siempre ha sido un personaje controvertido, incluso en vida:

Guerrero, político, diplomático, aventurero, ávido de riquezas y mujeres, católico devoto, Cortés fue también un descubridor de tierras y un fundador de ciudades. Fue un hombre extraordinario, un héroe en el antiguo sentido de la palabra. No es fácil amarlo pero es imposible no admirarlo.⁴¹

Su figura divide a los mexicanos; debe dejar de ser el mito negativo que ha sido durante mucho tiempo para acceder a la categoría que le corresponde: la de un personaje histórico.

La polémica reseñada propició el afianzamiento de la unidad nacional en aras de un nacionalismo auspiciado por el Estado; eran los tiempos de la "cortina de nopal" y de la búsqueda del carácter de lo mexicano. "El encuentro de los huesos de Cuauhtémoc sirvió de verdadera catarsis nacional y la década de 1950 fue más conciliadora."⁴² Desgraciadamente, esto no sucedió con la conmemoración de los 500 años. Surgieron las consabidas acusaciones de genocidio contra los indios de parte de los españoles y, junto con esto, una militante hispanofobia que llegó al extremo de derribar varias estatuas de frailes y virreyes ilustres, amén de los destrozos causados a la estatua de Cristóbal Colón.

Apareció con virulencia la militancia indigenista de quienes no son precisamente indígenas,⁴³ y fue visible la indiferencia oficial ante el aniversario. Cuánta razón tiene Álvaro Mutis cuando arremete contra estas manifestaciones: "Insistir en esta cantinela (la del genocidio) es mostrar una inmadurez histórica alarmante." "La historia del hombre sobre la tierra está constituida por una cadena ininterrumpida de genocidios implacables. Volver sobre ellos y lamentar el desastre que produjeron, es tan necio como estéril."⁴⁴ Vaya este recordatorio como una contribución al desvanecimiento de nuestros fantasmas. ¿O estaremos condenados a seguir sin reconocernos en la herencia hispánica o, en su defecto e igualmente grave, en la indígena? Como recomienda el maestro Edmundo O'Gorman, hay que comprender a los muertos, no condenarlos. ♦

⁴¹ Octavio Paz, *México en la obra de Octavio Paz. I. El peregrino en su patria. Historia y política de México*, FCE, México, 1987, pp. 101-103. Publicado originalmente en *El País*, 12-X-1985.

⁴² Josefina Zoraida Vázquez, "El dilema de enseñar historia", en *La Jornada Semanal*, México, 4-X-1992, Núm. 173, p. 35.

⁴³ "Cuauhtémoc se habría asombrado al encontrar aliados y defensores en los herederos de Cortés." Octavio Paz, *op. cit.*, p. 104.

⁴⁴ Declaraciones de Álvaro Mutis, *La Jornada*, 12-X-1992, p. 9.

A lápiz

ANTONIO DELTORO

A Luis Ignacio Helguera

En lo profundo, con el sarampión, con las paperas, la modestia del lápiz: su cualidad para seguir los trazos frágiles; su calidad delgada para saber acompañar. El lápiz es un ser que para hacer se deshace, coherente con sus extremos de goma y de grafito, con su destino de viruta, con su trazo gris sobre blanco. Pero a lápiz también se pueden escribir montañas, mares, catedrales; el lápiz no sólo es hábil con las vocales débiles, sino también traza la u, los grandes huecos, los abismos mayúsculos, la temperatura de la t; no solamente salen de él las comas, sus pequeñas discípulas y amigas, sino signos más radicales y robustos: los dos puntos.

El lápiz, un triste lápiz de infancia, achatado y mordido, no uno puntiagudo, recién afilado, sino uno de esos que me prestaban los amigos, un lápiz al que se le tiene que humedecer la punta para que escriba casi al borde de la muerte, un lápiz que pide sacapuntas, que ya conoce el destino, capaz de suicidarse, puede aún vivir colores vigorosos y a la naturalidad de una rosa oponerle la excentricidad de una granada.

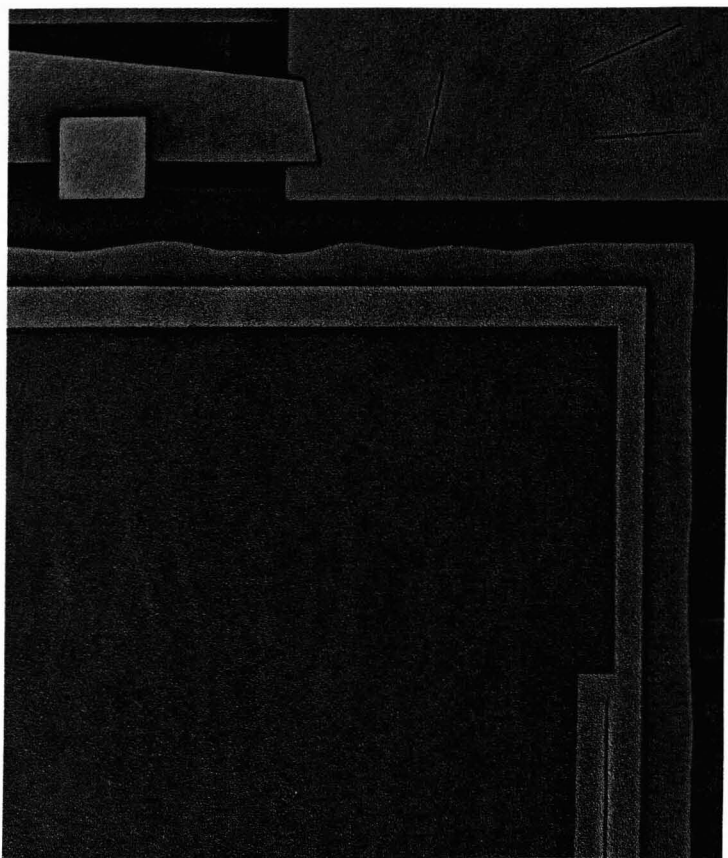
La conciencia del tiempo me la dio por primera vez la distancia entre un lápiz horondo, atlético, de goma militar y otro entrañable, cansado, sucio, plebeyo, cacarizo. A ese lápiz minúsculo asocié la vejez y la bondad de la maestra Teresa: frágil, hábil en el desaparecer, fabuladora, rica de letras y de cuentos.

Esto que ahora escribo sobre el lápiz, lo escribo traicionándolo con un bolígrafo coronado con una cumbre nevada, contraparte evidente de la punta del lápiz que es una cumbre en lo amarillo de madera y grafito. Pero, a la postre, no hay nada que me separe del lápiz, porque en todo lo que escribo está la lentitud, el balbuceo, el sarampión, las paperas: un lápiz pequeño, prestado, mordido por dientes ajenos; un lápiz amarillo y de madera, como todos los lápices. ♦

Reflexiones



GUNTHER GERZSO



Estas reflexiones son fragmentos de una conversación ininterrumpida que data ya de algunos años. La obra de don Gunther, como me gusta llamarlo, es autobiográfica: sus pensamientos esbozan al espíritu que se esconde tras esos muros inexpugnables, de colores brillantes y grietas geométricas, que nos refieren al misterio de un pasado aún presente.

Nos muestran al artista que cree que el gran arte es aquel que emociona, que alcanza lo más profundo del ser porque viene de profundidades iguales. Que piensa que esa dimensión sólo se alcanza desde la humildad construida con la autocrítica lúcida y despiadada y con humor: ironía que expresa insistencia y objetividad en la búsqueda. Que celebra y cultiva la técnica pero la subordina a la emoción. Emoción que compartida deviene cultura.

Con esas reflexiones don Gunther pinta otro "Gerzso". Es un retrato: La ruptura. No es esa Ruptura circunstancial en donde se le encasilla con frecuencia. Es una Ruptura permanente con la complacencia artística, con el juego palaciego y con el arte como un objeto más de consumo.

José Antonio Aldrete-Haas
Octubre de 1994

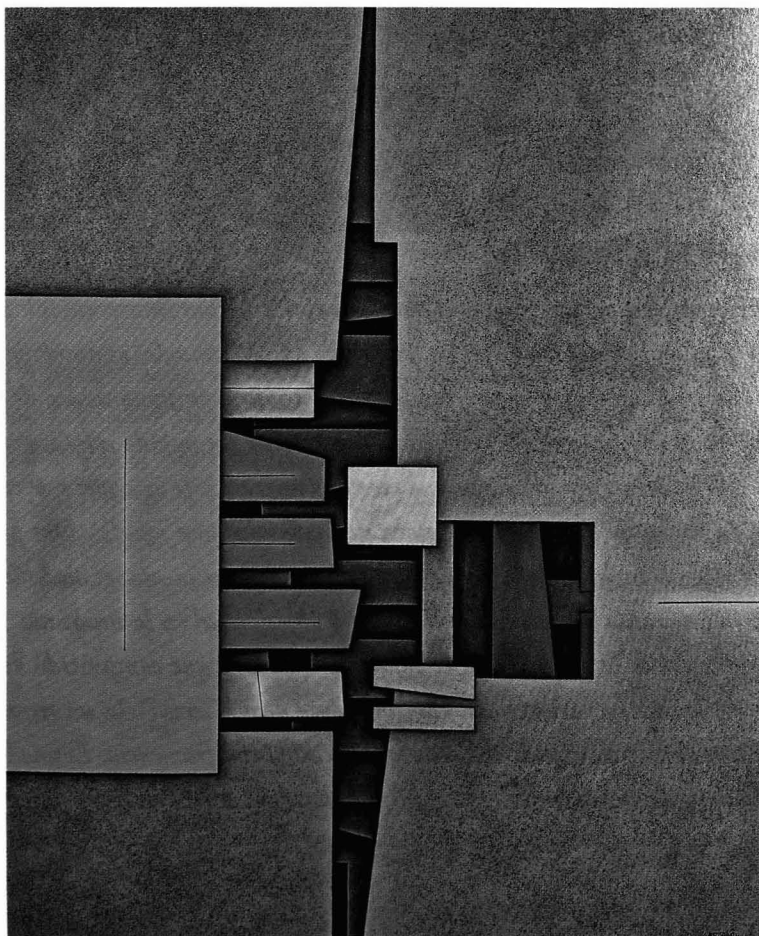
1

Durante un viaje al sureste, descubrí el arte precolombino. Lo descubrí en el sentido emocional. Por ejemplo, yo todavía no descubro el arte chino. Es como cuando alguien dice: "por fin entiendo a Mozart o a Bach". En 1946 descubrí emocionalmente al arte precolombino. No me importaba si era maya o azteca, totonaca o de otra cultura. El hecho es que me impresionaron muchos de sus objetos. Esto podría parecer un poco ridículo porque mi madre era alemana y mi padre húngaro. ¿Qué tenía yo que ver con el arte precolombino? Ejercía sobre mí una atracción tremendamente emocional. Empecé a coleccionar piezas precolombinas. No sé cómo explicarlo: sentía tener algo en común con los artistas que habían hecho esos objetos. Además me dije: "Yo vivo en México y hasta ahora he estado haciendo una especie de surrealismo europeo influenciado por Max Ernst, por Tanguy, por Dalí y otros. ¿Por qué no hago algo que sea de este país?"

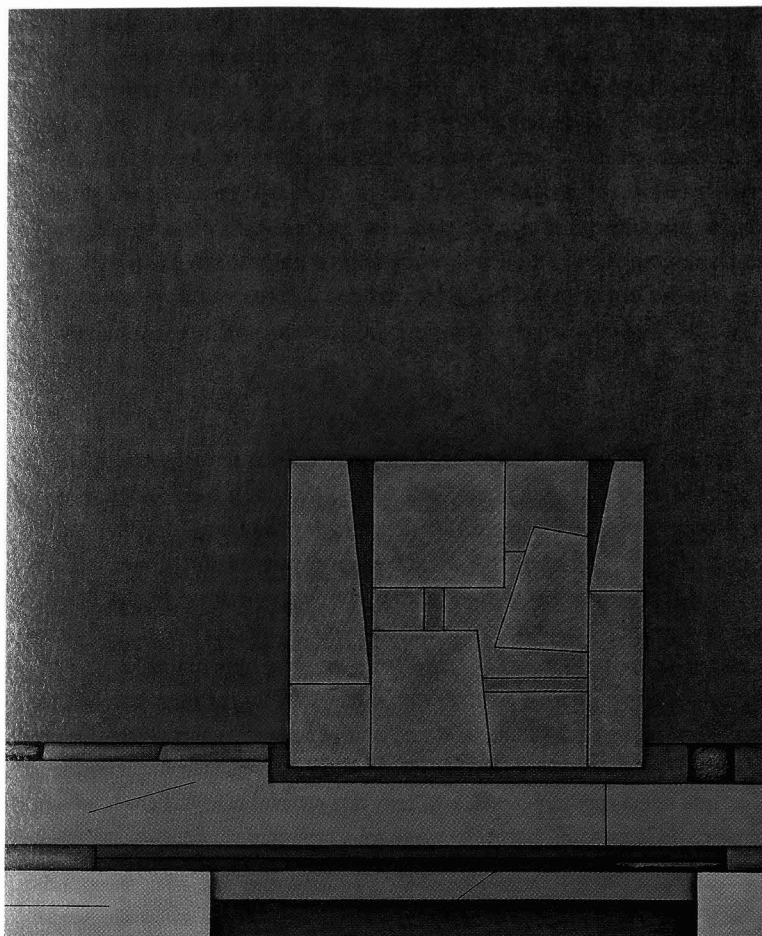
2

Pinté un primer cuadro completamente intuitivo. Todavía trabajo así. Cuando empiezo un dibujo para un cuadro pongo primero muchas líneas pero a veces no sale nada. De repente pongo unas líneas en su sitio y ya está: aparece un ser que está debajo del agua y sube a la superficie y poco a poco adquiere vida. Lo veo al día siguiente y digo esto no, esto sí, hasta que me convengo de que ya está, de que está vivo. He aplicado este tipo de proceso desde 1946. En la pintura no se puede tener mucho control sobre el resultado porque de repente sale una cosa y de repente otra. Algo tiene que ver con el sureste mexicano pero igual no. Uno tiene que obedecer a la inspiración, aunque no me gusta esa palabra. A veces, una vez terminada una pintura, se me ocurre que no está completa y empiezo a añadir elementos. Les añado cosas para que tengan más fuerza. En la técnica que yo uso no puede borrarse nada; todo debe añadirse y este procedimiento constituye un reto.

◀ Gunther Gerzso,
Muro rojo, 1985,
óleo/papel arches,
25.5 × 22 cm



Gunther Gerzso,
Grieta, 1992,
óleo/masonite,
54.1 × 65.4 cm



Gunther Gerzso,
Muro rojo, 1990,
óleo/masonite,
60 × 49.9 cm

3

Con respecto a lo precolombino hice una reflexión. Todavía me acuerdo de la experiencia, fue en la calle Reyna, número 5, aquí en San Ángel. Un día no sabía qué pintar y me dije: "Voy a pintar algo que tenga que ver con este nuevo descubrimiento emocional." Durante media hora estuve pensando pero eso fue todo.

4

El proceso lo lleva a uno a ser una especie de Frankenstein. El Dr. Frankenstein dijo: "Éste ser que acabo de crear ya tiene todo y no le falta nada." No me acuerdo cómo ocurre en la novela. En la película siempre aparecen mecanismos espectaculares: máquinas eléctricas, rayos, etcétera. En la pintura sucede lo mismo. En el minuto que cayó el rayo, ese último rayo que da la vida, entonces uno dice: "Ah, ya está." En ese momento el cuadro se separa de uno y ya tiene vida propia. Algunos van a decir: "Qué horrible"; otros van a decir: "Qué bello." Sobre eso ya no tiene uno control.

5

Jamás me preocupo por el contenido emocional porque sale solo. Sólo hay que alimentarlo. Yo tengo dentro de mí una especie de recipiente que se llama contenido emocional. Ese recipiente hay que llenarlo con algo de vez en cuando como a un coche con gasolina. Uno lo llena viendo cosas, no solamente arte precolombino. Puede uno encontrar elementos en las plantas, en el paisaje, en el color, en las obras de arte de todos los tiempos. Por ejemplo, la última vez que fui a París, en noviembre pasado, al ver otra vez *El escriba egipcio*, recibí de nuevo un golpe emocional.

6

Para garantizar el desarrollo de lo emocional es importante cierta educación en el sentido artístico. Debe adquirirse en algún momento de la vida. Cuando tenía doce años me enviaron a Europa; debía convertirme en vendedor de cuadros, en *marchand de tableaux*, porque el hermano de mi madre era eso. Aunque no tenía una galería, él compraba y vendía antigüedades. Creo que yo, en aquella época, quería ser ingeniero pero me meten a esa edad en una casa que estaba repleta de maravillosas obras de arte, y aprendí a ver lo que era la calidad. La calidad significa que un buen pintor pueda comunicar una emoción a través de medios bastante banales como lo son una tela y un poco de tierra mezclada con aceite y barniz.

7

Yo he comunicado en mi obra esa emoción inicial aunque mi lenguaje pictórico se ha transformado. Es como cuando uno aprende a tocar el piano con una mano, con mucho trabajo, y luego empieza uno a descubrir otros terrenos. Pero creo que emocionalmente no he descubierto nada nuevo dentro de lo que estoy haciendo. La emoción es la misma. Descubrí, tras un tratamiento psicoanalítico, que todos los cuadros que hago son una especie de evocación y, al mismo tiempo, son una especie de retrato fiel de lo que es mi psique. Puede hablar uno de quién es uno mismo cuando uno se interesa por el psicoanálisis como yo lo hice. Tuve que ir con un doctor porque durante una época me sentí muy mal. Descubrí cosas muy interesantes y las puse en los cuadros sin darme cuenta. Yo pinto... A mí no me importa qué representan mis cuadros. Aparece en ellos mi carga emocional. Eso sale sin que haga el menor esfuerzo porque mientras estoy haciendo el cuadro no me preocupo sino de la parte técnica. O sea, sólo me preocupo de lo que tengo que poner aquí, lo que tengo que poner allá, o si esto va a ser azul o rojo. Pero lo que uno es y lo que resultará la característica de lo que uno hace, eso surge solo, espontáneamente.

8

El desenvolvimiento de la obra es a la vez cambiante y constante. Se inicia uno con el primer cuadro, que en el fondo tiene todo lo que tendrían los demás. Vamos a suponer que ahora ya sé tocar el piano bastante bien. Antes apenas podía tocar algunas piezas sencillas. Luego se van viendo cosas que tienen que ver solamente con la pintura y con los elementos plásticos y uno va cambiando. Yo creo que pasa lo mismo en la arquitectura. Es claro que del Partenón a alguna obra de Le Corbusier han sobrevenido cambios. Sin embargo, uno puede decir que ambos edificios tienen un techo y un muro; uno tiene columnas alrededor



Gunther Gerzso,
Quebrada, 1987,
óleo/masonite,
29.75 × 38 cm

y el otro las tiene de otra manera. Creo que si yo pudiera vivir otros doscientos años encontraría la manera de presentar otras imágenes pero su contenido emocional sería el mismo.

9

Para mí la hechura del cuadro es muy importante. Pero esta hechura también tiene sus peligros porque uno puede hacer cuadros de una hechura perfecta pero completamente vacíos, que no expresen nada. El problema es precisamente inyectar esta emoción a la técnica. Es como tocar el piano. Si uno oye a Arrau es distinto que oír la misma obra interpretada por una vecina aficionada.

10

El contenido emocional y la técnica guardan un vínculo preciso. Uno tiene que amar la técnica. Para mí es una experiencia maravillosa leer catálogos de materiales para pintura. Los leo como si fueran novelas. Se trata de una especie de masoquismo porque no puedo comprar todo lo que ofrecen. Leo una revista que se llama *El artista americano* y otra que se llama *El artista*. Se publican para esos pintores que hacen, en acuarelas, el mar o un piel roja sentado en un caballo o una puesta de sol. En esas páginas describen su técnica. Hay muchos más pintores de esta clase que de los otros. ¡Cuánta gente hay que tiene capacidad de emoción y no sabe comunicarla o ponerla en palabras o escribirla o transmitirla de alguna otra manera!

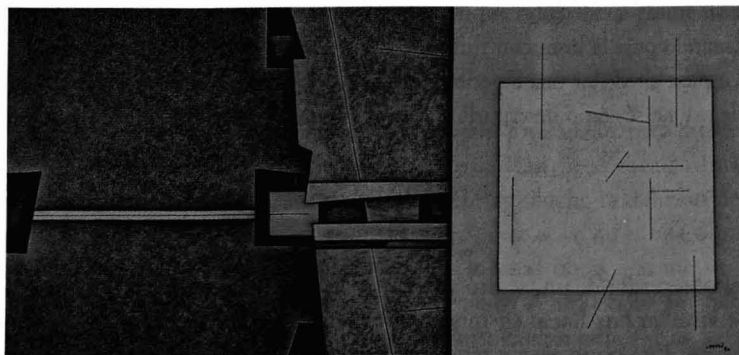
11

Hay quien cree que mis cuadros actuales parecen fragmentos de mis primeras obras. Mis pinturas se fueron haciendo más sencillas, por un lado, y más compactas, por el otro. Ahora me cuesta más trabajo pintar porque ya no me vendo a mí mismo muchas cosas. Es una gran batalla. Mis cuadros del 46 eran muy barrocos. Creo que eso está bien. Eso les pasó a otros pintores. Sus primeros cuadros eran muy complicados: lo ponían todo. Después, poco a poco, todo se iba colocando en su lugar, como en Cézanne, en Picasso y en otros. Sí, pero ello es como estar en la cuerda floja. Puede llegar el momento en que todo se viene abajo. Debe uno cuidarse porque no puede uno alcanzar la abstracción total. Tiene uno que tratar de hacer pintura con esa gran sencillez de Mondrian.

12

Mi obra actual ya no es tan teatral como era antes. Es muy fácil poner mucho en un cuadro. Cuando uno observa las obras de los grandes pintores del barroco es claro que sabían dónde detenerse. Sin embargo, los académicos de 1890 tenían una habilidad increíble pero sus cuadros son muy superficiales, no tienen emoción. Por otra parte, el surrealismo es muy teatral. Como ejemplo están los cuadros de Dalí. Los primeros eran preciosísimos pero siempre contenían mucho teatro. También hay un gran contenido teatral en Tintoretto, que hizo unos cuadros maravillosos. No estoy en contra del teatro pero creo que después de

Gunther Gerzso,
San Antonio
2 Nov. 84, 1992,
óleo/masonite,
43 × 92 cm



que han existido el cubismo y Mondrian y los rusos, Kandinsky, Malevich y los otros, pues, no puede uno ignorarlos. Hay que seguir el camino de ellos pero sin imitarlos. Creo que hoy en día no se puede ser académico o regresar por ejemplo a la Edad Media. Es como pensar en la arquitectura inglesa gótica en el siglo XIX. Algo le faltaba, le faltaba la emoción, le faltaba el espíritu. Por ejemplo, me gusta mucho Albers, donde ya no hay ni línea ni nada, sólo unas cuantas formas cuadradas. Me gusta mucho porque sí tiene emoción. Tengo en mi recámara una litografía de Albers que él me regaló, en tonos de color naranja. Yo vivía aquí, en San Ángel, en la calle de Reyna. Al lado vivía un pintor americano que un día me dijo: "Hay un señor que vino a verme y es muy simpático, se llama Albers; yo le dije que tú pintabas." Yo trabajaba en el cine. Eso fue durante la guerra. Albers era viejito. Vino y vio mis cuadros y dijo: "Joven, ¿por qué no se olvida usted de ser un viejo maestro?" Porque yo pintaba así, "a la manera de". Bueno, todavía lo hago en cierto sentido. Albers pintaba así: apretaba el tubo y entonces con una espátula le ponía color al cuadro. Nunca mezclaba colores. Y era un solo diseño y ese diseño lo repetía cincuenta veces. Hizo cosas muy bellas. Era muy amable. Yo no tengo nada que ver con su mundo pero lo admiro. Sí me llega. En comparación con Albers yo todavía estoy haciendo teatro y escenografía, ópera.

13

También está el asunto del uso de colores más vibrantes, audacias, etcétera. Ausencia de teatralidad. Con los años uno se atreve a más. Cuando yo empecé a lo mejor era una persona más apagada que hoy y con la edad me atreví a más. Ahora uso más colores rojos. La manera como hice mi primer cuadro rojo es de una banalidad espantosa. Un señor me escribió una carta desde Washington diciendo: "Incluyo una muestra del tapete rojo que voy a tener en mis nuevas oficinas. Por favor hágame un cuadro rojo." Entonces le dije a mi esposa: "¿Qué? ¿Soy una prostituta o qué?" Yo no había hecho cuadros rojos antes. Entonces hice un cuadro rojo. No el rojo que él me pidió sino otro rojo y le gustó mucho al cliente. Desde entonces hago cuadros rojos. Eso quiere decir que dentro de mí había algo que decía: "Puedes usar el rojo." Así de fácil.

14

¿Significa que uno siente una emoción y empieza uno a tratar de comunicarla a través de un medio, en este caso la pintura, y conforme se va aprendiendo la utilización del medio también se va viendo lo que se puede comunicar? ¿De ahí la tendencia hacia la simplificación? ¿Se busca acentuar la emoción que uno quiere transmitir? Sí, todo esto, así, pero en la cuerda floja. Lo más fácil del mundo es agarrar una tela y echar unos brochazos. Si uno tiene un poco de gusto, siempre sale algo, sale algo decorativo y hasta un poco más. Pero eso es ir por un camino que ya está hecho. Es como pintar "a la manera de", que es muy fácil. Pero llegar a lo que produjeron Mondrian, Kandinsky o Rothko es muy difícil.

15

En mis cuadros existen grandes superficies que parecen atmósferas que son interrumpidas por una línea. Esas líneas las descubrí intuitivamente. Me emocionan porque me dan una cierta tensión y misterio. Cuando puse la línea con tinta china y con regla en el cuadro por primera vez, sentí que algo le faltaba. Le puse alrededor una especie de halo, que para mí no es luz; lo hice para que se vea más clara... y eso le da... y no sé cómo describirlo... Hago pintura, no literatura.

16

El observador de un cuadro aprende a descubrir, a ver, a interpretar. Alguien ha hallado, al concentrar la vista en una línea, en mis cuadros, una atmósfera. Para mí no es atmósfera. Para mí es un muro plano. Este muro puede tener una cavidad, vamos a decir metafísica. Es como las grietas que ponía

Gunther Gerzso,
Azul-verde, 1989,
 óleo/papel,
 27 x 45.5 cm



yo antes. La grieta es una herencia del surrealismo. Las grietas también son un elemento romántico. Las líneas que ahora uso deben ser surrealistas en el sentido de que no son lógicas, no son racionales, no es lo que uno espera pero para mí poseen vida propia. Esa vida le da una especie de tensión a la superficie plana. Esa superficie no es plana porque tiene mucha riqueza pictórica, tiene pigmentos y hay muchos colores, aunque algunos no se vean. Yo descubrí que era interesante ponerle unas líneas al cuadro; estuve cultivando esas líneas y el último dibujo que hice ya tiene más de una línea. Pero la grieta tiene profundidad y no vino del arte precolombino. Nunca he visto una grieta en línea recta.

17

Me educaron para ver la materia de un cuadro. Ésta, para mí, es muy importante. A eso me refiero cuando digo que soy un gran admirador de Bonnard, que es un artista que hace lo opuesto a lo que yo hago. Si uno pinta, por ejemplo, una naturaleza muerta con cuatro manzanas, un periódico y una pipa, como hicieron muchos pintores, no es por las cuatro manzanas y el periódico y la pipa que el cuadro sea bueno. Es cómo fue hecho emocionalmente, más las calidades plásticas, la magia de la superficie.

18

No existe una obra de arte que no esté basada en otras. Por ejemplo, en la capilla de Ronchamp Le Corbusier hizo su manzana de otra manera y en forma muy impresionante. Cuando visité la capilla la verdad es que yo no me esperaba nada. Yo sabía que Le Corbusier era protestante, ateo, duro, suizo. Me preguntaba lo que sería la espiritualidad para él. Pero cuando vi la capilla, me quedó claro que sí sentía lo que era la mística. Y los vitrales que están ahí, bueno, él no inventó nada al hacer vitrales pero, ¡qué vitrales! Son distintos. Él supo darle a la iglesia lo que yo creo que muy pocos arquitectos han podido dar desde entonces. Uno entra ahí y está uno en un lugar para religiosos, para místicos. Sólo usó algunos elementos tradicionales.

19

La búsqueda de originalidad *per se* es peligrosa. El resultado puede ser muy impresionante pero puede no funcionar transcurrido algún tiempo. Creo que una obra de arte de calidad tiene adentro una batería, por así decirlo. Cada vez que uno la ve se gasta. Hay obras que llaman mucho la atención de primer golpe pero la batería se gasta muy pronto. Después es sólo un objeto vacío, ya no es una obra de arte. Cuando visito Europa y voy a los museos veo usualmente las mismas obras que me impresionaron antes. Por ejemplo, cada vez que voy a Venecia veo *La liberación de un esclavo por San Marco*, de Tintoreto, y redescubro que hizo una maravilla. Encuentro que su batería nunca se ha gas-

tado. Hay muchas cosas que son maravillosas pero también creo que uno tiene que tener la capacidad de maravillarse.

20

Uno sabe cuándo la comparación es correcta. Si uno pinta un rectángulo al que le pone dos diagonales que estructuran el espacio, con ello queda delimitada la composición. Para mí la composición es todo. Pero la composición puede llegar a un punto muerto donde todo se derrumbe. Sin embargo, siempre hay que tratar de arriesgar más y más hasta alcanzar el punto donde se considere que si se continúa se viene para abajo todo, se destruye todo lo que se había hecho visible.

21

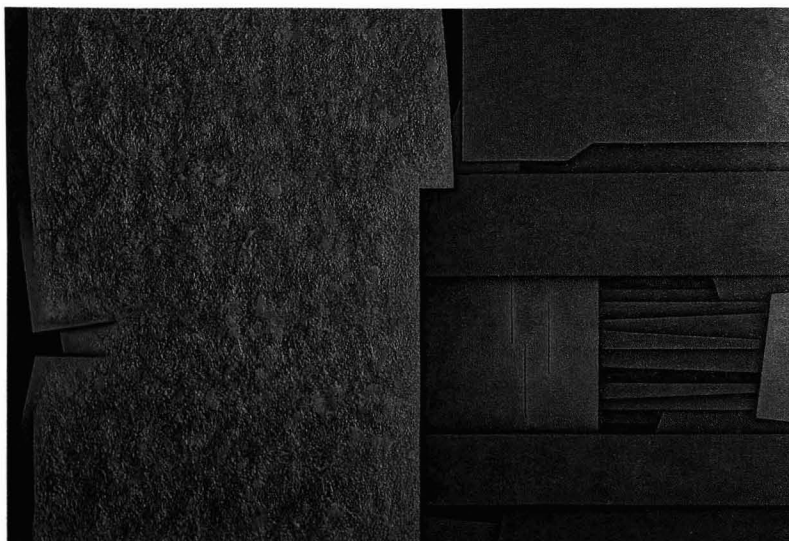
La experiencia lo conduce a uno a un proceso de reflexión sobre la propia obra pero no me interesa mucho. Al ver una obra pienso que el cuadro vive, que puede salir del estudio, ya tiene su propia vida. Es decir, con una mirada, al día siguiente, o semanas después, puedo ver lo que funciona y no funciona. A veces veo que no sé la solución y entonces no hay salida. Cuando visité la exposición de Gelman y vi mis cuadros, era como si otra persona los hubiera hecho. Algunos me parecieron mejores que otros y a algunos les faltaba mucho de técnica.

22

Hice una vez un dibujo al que le puse el título *La mujer de la jungla*. Lo hice primero en litografía y no quedó muy bien. Luego lo hice como pintura y era mucho mejor. Y luego lo hice en litografía nuevamente. Todo eso en un lapso de veinte años. El dibujo era exactamente el mismo, lo que cambió es cómo estaba realizado. Al final, la obra podía expresar su propia emoción de una manera mucho más fuerte que antes. Pero la carga emocional estaba allí desde un principio.

23

Trato de expresar de una manera muy racional la cosa más irracional; por eso sigo perteneciendo al surrealismo. ♦



Gunther Gerzso,
Tierra de agua, 1991,
óleo/masonite,
54 × 81 cm

Presencia histórica del Fondo de Cultura Económica



MIGUEL DE LA MADRID HURTADO

El Fondo de Cultura Económica se fundó en 1934 como una editorial dedicada a crear una biblioteca básica de economía. De allí surgió su nombre, haciendo referencia casi literal al Trust Fund for Economic Learning.

Este proyecto cultural se originó por la necesidad de que los estudiantes de la recién fundada Escuela Nacional de Economía contaran con libros en español, de notables autores extranjeros, que apoyaran su aprendizaje.

Pronto el proyecto original cambió pues se comprendió que la necesidad de publicar títulos de apoyo académico se extendía a otras áreas del conocimiento. Después de la colección de Economía nacieron nuevas y variadas series, inicialmente constituidas por traducciones al español de especialistas sobre cada tema, incorporando lo más avanzado del saber universal al catálogo de nuestra editorial.

Así se inició el Fondo de Cultura Económica. Su primer director fue Daniel Cosío Villegas, quien estableció la estructura principal de la política editorial. Durante su gestión logró que se publicaran 342 títulos que establecieron las colecciones de Economía, Política y Derecho, Sociología, Historia, Filosofía, Antropología, Ciencia y Tecnología y las colecciones Tezontle, Biblioteca Americana y Tierra Firme.

El Fondo de Cultura Económica no fue concebido como institución lucrativa sino fundamentalmente cultural. Su constitución sólo era posible con apoyo financiero al estilo "Trust Fund" y con un equipo técnico capaz de iniciar tan vasta cruzada cultural. Ese apoyo financiero que otorgó el Estado a la editorial, organizada como fideicomiso (al parecer el primero en México), debía tener como único interés impulsar la cultura escrita, sin condicionarla ni mucho menos censurarla. Por esta razón se formó la Junta de Gobierno, que verificaría el buen desempeño de la casa editora. A partir de su fundación la empresa definió su propio destino, respetando al Estado y haciéndose respetar por éste, con sentido del quehacer cultural. Las ideas que se expresan en sus libros no tienen otra finalidad que la de educar a los lectores y la de promover y publicar en México a escritores latinoamericanos sin limitarse solamente a las traducciones iniciales.

Al poner al alcance de los lectores el saber del mundo, generación tras generación de estudiantes y profesionales han tenido la oportunidad de elevar el nivel de su educación y conocimientos a planos que anteriormente era difícil, si no imposible, alcanzar en el país.

Esta importante contribución se hubiera visto empañada si los títulos publicados hubieran procedido de una sola tendencia filosófica o ideológica. Para evitar esto, desde su inicio, el Fondo de Cultura Económica ha mantenido su independencia con respecto a ideologías, posiciones partidarias o personales. Se considera a sí misma, fundamentalmente, una institución creada por la sociedad para la sociedad misma.

Este espíritu fue compartido por sus sucesivos directores, que le dieron al Fondo, cada uno en su momento, su personal sello intelectual: Arnaldo Orfila Reynal, Salvador Azuela Rivera, Antonio Carrillo Flores, Francisco Javier Alejo López, Guillermo Ramírez Hernández, José Luis Martínez Rodríguez, Jaime García Terrés y Enrique González Pedrero.

A partir de 1990 el Fondo se ha propuesto, al proceder a modernizar la editorial en todas sus áreas productivas y administrativas, incorporar a la empresa el espíritu de nuestro tiempo, manteniendo su pluralismo y apertura cultural.

La misión del Fondo de Cultura Económica —dice nuestro programa de desarrollo institucional— consiste en publicar y comercializar, en México y otros países, obras de primera calidad dirigidas primordialmente a la población hispanohablante; apoyar la política cultural del gobierno mexicano; contribuir a la formación y desempeño de estudiantes y profesionales, satisfaciendo principalmente las necesidades de la población con un nivel cultural equivalente al de educación media y superior.

Aunque el FCE continúa ostentando con orgullo su carácter de empresa pública y recibe un generoso y continuo apoyo del gobierno federal, sigue siendo también una empresa cultural nacida de la sociedad. Nuestra editorial es un ejemplo palpable del ambiente de pluralidad y libertad que el Estado mexicano no sólo respeta sino fomenta.

Así, a lo largo de su historia, el Fondo se ha transformado en piedra angular de la construcción cotidiana del México moderno, que divulga, mediante la palabra escrita y la imagen, el conocimiento, producto de científicos y humanistas, para hacerlo llegar a la amplia variedad de lectores de habla hispana, a través de un enciclopédico catálogo que reúne las principales corrientes culturales.

Cabe destacar que parte del proyecto cultural que el Estado ha asignado al FCE, es fortalecer el sistema bibliotecario nacional a través del programa de Bibliotecas Presidenciales, siendo los principales receptores escuelas rurales, centros de readaptación social, bibliotecas sindicales y comunitarias, así como embajadas.

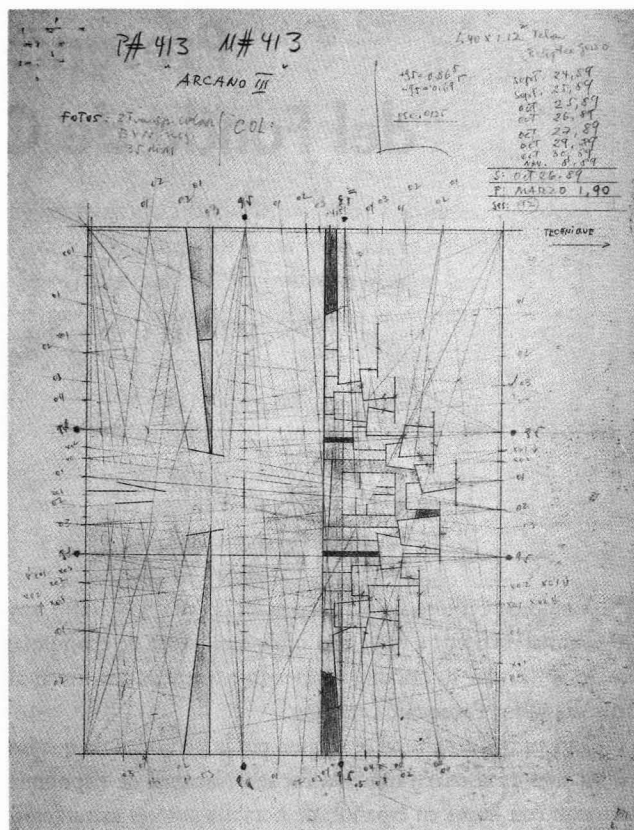
Como se ha mencionado, el Fondo de Cultura Económica inició sus tareas publicando libros sólo sobre economía, con el fin de formar la primera colección en español sobre esta disciplina. De hecho, un año antes de que se publicaran los primeros libros apareció *El Trimestre Económico*, revista decana del pensamiento económico latinoamericano, que seguimos publicando. Sin embargo, al paso del tiempo se cobró conciencia de que eran necesarias nuevas series. De esta manera, nuestra editorial ofrece hoy 30 colecciones que reúnen obras de muy diversas áreas temáticas.

El Fondo de Cultura Económica, como empresa cultural del Estado, publica no sólo *best-sellers* (como son los libros *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, o *El Llano en llamas* de Juan Rulfo, de cada uno de los cuales hemos llegado a vender 50 mil ejemplares al año) sino obras fundamentales del pensamiento universal, filosofía, ética, historia y sociología que aun cuando no son de alto rendimiento comercial, sí son indispensables en las bibliotecas y para formar la conciencia y valores de nuestra juventud.

Entre ellas podemos mencionar *La rama dorada* de Frazer, *El universo de los aztecas* de Soustelle, *El capital* de Marx, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* de Keynes, *Diccionario de Filosofía* de Abbagnano, *Pensadores rusos* de Berlín, *Paideia* de Jaeger, *Filosofía de la historia* de Kant, *Teoría de los sentimientos morales* de Smith, *Estado, gobierno y sociedad* de Bobbio, las *Obras* de Heidegger, *Dimensiones de la conciencia histórica* de Aron, *Introducción a la historia* de Bloch, *Orbe indiano* de Brading, *Del paganismo al cristianismo* de Burckhardt, *Los grandes pedagogos* de Chateau, *El Leviatán* de Hobbes, *Historia de la teoría política* de Sabine, *Ética y psicoanálisis* de Fromm, *Economía y sociedad* de Weber, *La responsabilidad como destino* de Havel, *La democracia en América* de Alexis de Tocqueville y *El almirante de la mar océano* de Morrison, sólo por mencionar algunos de los libros más destacados.

Así pues, el Fondo de Cultura Económica es importante para México y para el mundo de habla hispana no sólo por la calidad de su producción, de su comercialización y venta sino, sobre todo, por la calidad cultural y académica de sus publicaciones al servicio de un amplio público lector.

A lo largo de sus sesenta años de existencia, el Fondo ha publicado más de cinco mil títulos diferentes con un tiraje total



de cerca de setenta millones de ejemplares de primeras ediciones y reimpresiones, dando una producción promedio diaria de más de tres mil ejemplares.

Hoy en día el FCE ha iniciado otros proyectos. Se ha emprendido, en colaboración con la UNESCO, el proyecto Periolibros, en cuya primera fase 24 títulos de autores iberoamericanos se publican y encartan, simultáneamente, en una red de 26 diarios del orbe. Periolibros pasó a representar un esfuerzo editorial sin precedentes en el mundo entero, puesto que la suma de los tirajes de esta cadena de diarios hace posible la publicación mensual de alrededor de cuatro millones y medio de ejemplares de cada uno de los títulos que forman parte de la colección.

Entre octubre de 1992 y septiembre de 1993 circularon aproximadamente cuarenta y nueve millones de ejemplares de obras de grandes autores iberoamericanos, bellamente ilustradas por importantes artistas plásticos de la región. Hasta octubre de este año, con la finalización de la primera etapa del proyecto, entraron en circulación alrededor de ciento doce millones de libros en forma de suplemento de diario.

Más allá del peso específico de las cifras anteriores, el hecho mismo de que las obras se distribuyan sin costo alguno frente a la relativa carestía de los libros, demuestra la indiscutible utilidad y trascendencia de Periolibros en el cumplimiento de su mayor objetivo: la democratización de la lectura.

En el FCE estamos convencidos de que a pesar de todas las innovaciones en la tecnología de la comunicación cultural, el libro sigue siendo el principal vehículo de transmisión del conocimiento y apoyo en la formación del individuo, el bien cultural decisivo en el proceso educativo de una nación.

La promoción masiva de la lectura se perfila como una tarea cultural prioritaria para romper el círculo vicioso que afecta al comercio del libro: bajos tirajes, precios altos, deficiente distribución y pocos lectores. Nos hemos unido al esfuerzo del Estado para reducir la "no lectura" de los alfabetizados y escolarizados, y multiplicar los lectores necesarios para acrecentar de manera sostenida la demanda futura que permita fortalecer a la industria editorial mexicana.

De manera consciente, hemos asumido como nuestro más grande reto actual el abatir las cifras de mexicanos que no leen pues estamos ciertos de que es con libros que se enseña a leer. Hacer buenos libros, responsabilidad compartida por autores y editores, es servir a México, coadyuvando con el Estado y la sociedad en esta importante tarea educativa y cultural.

Recientemente, el Fondo de Cultura Económica ha incurrido en una nueva línea de acción: los libros para niños, con el objeto de sumar su esfuerzo a los programas de fomento a la lectura que deben ofrecer a la población infantil productos de calidad cultural.

Crear lectores es una tarea que tendrá repercusiones en nuestra sociedad, nuestra vida política, nuestra educación; en pocas palabras, en nuestro desarrollo como nación. Darle a los niños la posibilidad de desarrollarse como lectores es también desarrollar su capacidad para pensar e imaginar, para analizar y para actuar en nuestra realidad.

La propuesta que está impulsando el Fondo de Cultura Económica pugna por fomentar el desarrollo de niños y jóvenes más plenamente participativos en nuestra sociedad, en su futuro y su presente. Es decir, convivir con la tecnología de punta pero sin restarle centralidad e importancia a los libros. Dicho de otra manera, si queremos acercar a las nuevas generaciones a la lectura, debemos procurar que los libros respondan efectivamente a sus intereses y sus gustos. Que los niños vean en los libros una forma de participar en el presente y alcanzar el futuro y no como una carga del pasado.

La buena acogida nacional e internacional que han tenido nuestros primeros 45 títulos de libros infantiles es una confirmación cabal de que un trato digno para los niños es una

demanda y una necesidad de nuestra sociedad, a la que debemos satisfacer.

En menos de dieciocho meses hemos agotado y reimpresso dos veces todos los títulos, una vez incluso en Colombia para el mercado sudamericano. Hemos comenzado a gestionar ventas de derechos a otras lenguas y algunos de nuestros libros han alcanzado reconocimientos internacionales. Estas dos aseveraciones nos muestran que elevando nuestros niveles de exigencia y calidad podemos participar activamente en el mercado internacional. Pero sin duda la enseñanza más clara que nos arrojan los resultados positivos de este proyecto es que la tan pregonada rivalidad entre la cultura y los negocios no es forzosa, y que hay muchos caminos para impulsar tareas nobles y ser simultáneamente productivos.

También hemos iniciado el Proyecto de Libros de Texto de Secundaria. Como apoyo a la renovación del programa educativo del país, el FCE emprendió la tarea de editar libros de texto de secundaria por área, de alta calidad tanto en su contenido como en su diseño. Estos libros han tenido gran demanda y, a partir de la renovación de los programas de secundaria, el FCE está editándolos por materia, mejorando su presentación. Creemos que éstos tendrán igual acogida.

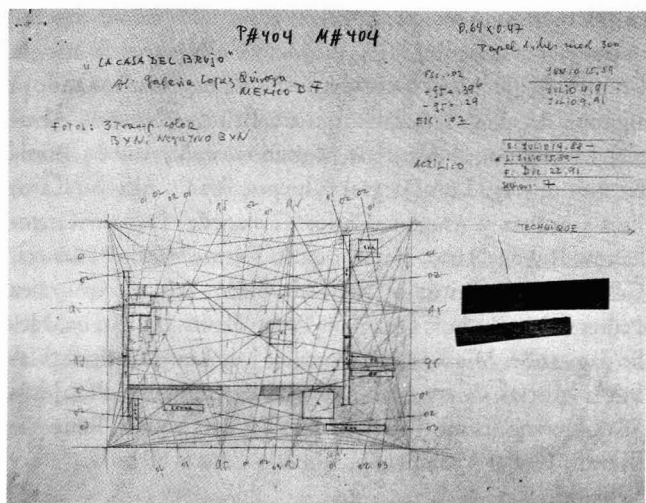
El Fondo de Cultura Económica dio principio en 1984 a un proyecto editorial de divulgación científica y tecnológica. El hecho de que en el mercado sólo hubiera, en su mayoría, libros de estas áreas escritos en idiomas extranjeros o traducciones sirvió de motor al proyecto. Se pensó en dar oportunidad a los científicos nacionales y a los extranjeros radicados en México de publicar sus trabajos o el resultado de sus investigaciones que, fundamentalmente, tendrían como motivo de estudio la ciencia y su desarrollo en nuestro propio país.

Se invitó a la comunidad científica a participar con sus trabajos e investigaciones inéditas o publicadas fragmentariamente en revistas científicas y se seleccionaron los materiales destinados a ser publicados. Participan como coeditores en esta colección, llamada La Ciencia desde México, la Subsecretaría de Educación Superior e Investigación Científica de la SEP y el CONACYT.

Como su nombre lo indica, La Ciencia desde México no es una colección de libros escritos exclusivamente por científicos nacionales sino por científicos radicados en México. Como también su propio nombre lo indica, La Ciencia desde México está destinada a ser una colección de difusión internacional: es *desde* México, no *para* México.

Con este proyecto se inició una especie de reacción en cadena: con la Secretaría de Salud lanzamos la Biblioteca de la Salud y las Monografías Especializadas, obras dirigidas a los estudiantes de maestría y doctorado de esa disciplina, en coedición con la SEP. Recientemente, el FCE en coedición con la UNAM, ha lanzado la colección Texto Científico Universitario.

Compartimos en esta casa una idea: para que la cultura se preserve y desarrolle es indispensable la libertad y el pluralismo, lo cual no está reñido con nuestra convicción de que la cultura es el ámbito más sólido de la soberanía nacional.



Es indudable que una cultura que subraya la soberanía, la independencia y la libertad, da coherencia y sentido a la nación, y fortalece el equilibrio entre los países. En consecuencia, se puede afirmar que el desarrollo nacional sólo es concebible si avanza paralelo con, y se funda en, el desarrollo de la cultura; es bien sabido que ésta siempre necesita y necesitará de libros.

El Fondo de Cultura Económica ha sido durante estos sesenta años piedra angular de la construcción cotidiana del México moderno, mediante la divulgación de las obras de insignes científicos y humanistas, haciéndolas llegar al amplio abanico de lectores de habla hispana, incluidos entre éstos aquellos que habitan al sur de los Estados Unidos. Este enorme esfuerzo ha permitido acrecentar la cultura de los mexicanos, apoyando así, el proyecto cultural de México.

La diversidad de temas que abarcan nuestras obras concuerda también con una diversidad de mercados, tanto por la adquisición y venta de derechos (Estados Unidos, Europa, América Latina) como por el gran desarrollo de la industria editorial en los últimos años en todo el mundo.

El Fondo de Cultura Económica forma parte integral y básica de la vida cultural del mundo iberoamericano; su catálogo es una verdadera enciclopedia de las principales corrientes de la cultura universal y la cultura de México. Nos hemos propuesto seguir por este camino y convertir a esta empresa editorial en una verdadera transnacional de la cultura desde México.

En el extranjero, el Fondo de Cultura Económica cuenta con ocho subsidiarias y trece representaciones, que se encuentran en Madrid, España y en todo el continente americano, desde Canadá hasta Argentina, incluyendo Centroamérica y el Caribe.

Pero nuestra expansión no ha sido solamente hacia el extranjero. El Fondo cuenta con un moderno departamento de Composición Electrónica en el que se autoeditan la mitad de nuestras obras y una filial, Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. que nos imprime más de la mitad de nuestros ejemplares. Asimismo una cadena de librerías y de almacenes tanto en la Ciudad de México como en Guadalajara y Monterrey, para ayudar a la comercialización de nuestros libros.

No obstante reconocemos que es necesario un crecimiento de la demanda. Esto significa, en otras palabras, que hacen falta lectores. Sin embargo, los consumidores de libros no pertenecen a un conjunto cualquiera de compradores. No basta que posean capacidad económica, ni siquiera es suficiente que tengan un determinado grado de educación o de especialización profesional. Hace falta una pasión por la lectura.

Las cifras de las librerías establecidas en toda la República mexicana son francamente desalentadoras: 400 para una población de cerca de ochenta y cinco millones de habitantes; es decir, una para cada 212 mil personas. Si a esto añadimos que la gran mayoría se ubica en los grandes centros urbanos, el panorama nacional es triste. Por otro lado, el acceso económico

al libro es cada día más difícil. No hay novedad editorial que cueste al público menos de treinta nuevos pesos, por lo que un obrero tiene que destinar dos jornadas de trabajo para comprar un libro.

Es de justicia mencionar, por otro lado, la invaluable labor realizada por la Dirección General de Bibliotecas, que tiene ya una red de más de cuatro mil bibliotecas en México, llegando a los más lejanos lugares. Las consultas en estas bibliotecas en 1992 ascendieron a 70 millones, realizadas la gran mayoría por gente joven.

En el Fondo nos hemos propuesto establecer una relación más estrecha con el mercado natural de nuestro catálogo: la comunidad académica de las principales instituciones de educación superior en el país. Estamos realizando una promoción selectiva de nuestro catálogo vivo como vía para lograr una posición preferente en el mercado y una demanda sostenida del mismo entre los estudiantes, profesores e investigadores universitarios, y generar tanto una retroalimentación con respecto al estado de nuestro propio catálogo como información sobre las necesidades editoriales del mercado académico.

También hemos procedido a analizar las obras de cada área temática y actualmente se lleva a cabo, por un equipo de especialistas competente y multidisciplinario de El Colegio Mexiquense, la revisión del Catálogo General del Fondo para actualizarlo y acentuar la calidad que siempre ha tenido.

Esa calidad se ha visto reconocida a lo largo de estos sesenta años. Entre los principales premios que ha recibido el Fondo de Cultura Económica podemos mencionar el Premio Internacional de Fotografía a la Colección Río de Luz (1986), otorgado por The International Center of Photography de los Estados Unidos de Norteamérica; el Premio Nacional de Periodismo a *La gaceta del Fondo de Cultura Económica* (1987), otorgado por el gobierno de México; el Premio Príncipe de Asturias (1989), otorgado por el gobierno de España, y el Premio Juan Pablos de la Industria Editorial (en varios años), otorgado por la Cámara Nacional de la Industria Editorial de México.

Con todo, siguen siendo nuestros autores mexicanos y latinoamericanos los que merecen el más alto reconocimiento por haber contribuido al Proyecto Cultural del Fondo de Cultura Económica. Concluyo estas líneas mencionando a algunos de ellos: Gonzalo Aguirre Beltrán, Griselda Álvarez, Miguel Ángel Asturias, Mariano Azuela, Rubén Bonifaz Nuño, Jorge Luis Borges, Fabienne Bradu, Alfonso Caso, Luis Cardoza y Aragón, Carlos Castaneda, Rosario Castellanos, Rubén Darío, Ramón de la Fuente, Carlos Fuentes, Celso Furtado, Antonio Gómez Robledo, Enrique González Pedrero, Martín Luis Guzmán, Pedro Henríquez Ureña, Helio Jaguaribe, Miguel León-Portilla, José Luis Martínez, Gabriela Mistral, Octavio Paz, Alfonso Reyes, Juan Rulfo, Jesús Silva Herzog, Jaime Torres Bodet, Víctor Urquidí, René Villarreal, Xavier Villaurrutia, Agustín Yáñez, Silvio Zavala y Leopoldo Zea. ♦

En la destilería

EUGENIO AGUIRRE

En el pueblo de Tequila, famoso por la bebida que lleva el mismo nombre, los visitantes, allá por el año 1894, acostumbraban embriagarse bebiendo el líquido turbio del agave azul hasta caer inconscientes sobre los peroles de los chicharrones y de las carnitas o encima de los platones de tostadas de pollo, tinga o guacamole. Esa era la costumbre y nadie se asombraba de tan brutal proceder.

Sin embargo, las cosas comenzaron a cambiar por el mes de octubre, un poco después de que hubiera terminado la temporada de lluvias, cuando los efectos de un tequila apellidado "Lucifer" empezaron a causar estragos nunca antes vislumbrados.

El primer grupo que manifestó los trastornos pérfidos de la bebida fue el de unos émulos del barón Alejandro de Humboldt. Estos personajes, cuatro en total e incluyendo a una dama, habían llegado desde la ciudad de Berlín hasta Guadalajara para estudiar detenidamente el agave que, con tanto esmero y dedicación, había descrito el famoso botánico en su monumental obra *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. Así, después de pasar un par de semanas recorriendo la región y paladeando cuanto tequila les ofreció la sociedad tapatía, en ágapes y saraos hartos sabrosos y bullangueros, fueron a dar, por consejo de don Emmanuel Carballo, a la finca de don Cecilio Orendáin, quien durante tres días consecutivos los puso al tanto de todos y cada uno de los elixires de Tequila; dejando para el final y previo reposo intestinal, a los más garridos que se añejaban en la zona sur, sobre el camino real que conectaba a la Perla de Occidente con las tierras, por entonces inhóspitas, de los *nayaritas*.

Los "gringos", como dieron en llamarles los lugareños, se recluyeron en una cruda conventual que les duró una semana, durante la cual bebieron litros de cerveza traída exprofesamente de Orizaba y comieron pitaayas y tunas taponeras, hasta que su naturaleza recobró el ritmo y el color propios de una buena digestión.

Curados de sus males con los cuidados que les prodigó don Cecilio y, sobre todo, su mujer, doña Íñiga Arreola de Orendáin,

los extranjeros expresaron su disposición para aventurarse con los "Herradura reposados", con los "Cazadores de Tlaquepaque" y con el celeberrimo "Lucifer".

Don Cecilio, siempre generoso y obsequioso, no tuvo empacho en halagar a sus huéspedes; aunque, precavido como era, prefirió dosificar las libaciones, tal cual le aconsejaba la prudencia.

El gajate de cada uno de los científicos recibió y pasó bien la prueba de los primeros añejos, según se refleja en las anotaciones que dejaron consignadas en sus respectivos diarios; pero, cuando llegaron a la experimentación con el "Lucifer", no sólo dejaron de escribir sino que el registro de lo que les aconteció pasó a ser leyenda y tradición oral que aún persiste en la memoria colectiva de la población de Tequila.

Si acudimos a la impronta del epitafio que el pueblo colocó en la tumba común a la que fueron arrojados, leeremos que "Aquí yacen cuatro gringos hijos de la tal por cual que se murieron por pedos, por desmadrosos y por degenerados"; y ya esto moverá nuestra curiosidad para ir al Archivo del estado de Jalisco, solicitar los expedientes del Ramo de lo Criminal de la época, y enterarnos que

...después de andar de la seca a la meca con un sujeto del caserío llamado El tequila, conocido como don Cecilio Orendáin, dueño de unas pencas tequileras, los dícense alemanes, pero que más bien son unos pinches gringos, se embriagaron con "Lucifer" de noventa y seis grados y cada cual tomó un rumbo desastroso que lo llevó a efectuar desmanes que, por injuriosos, no pueden ser descritos [sic] en estos papeles, pero que fueron lo suficientemente afrentosos como para que este Ayuntamiento los mande, a perpetuidad, a rechingar a su madre.

Consultado el historiador regional José María Muriá respondió que, efectivamente, por esas fechas llegaron a Guadalajara los ciudadanos alemanes Christian Schloos, Rupert von Thal, Annita Shumager e Ingomar Swartzbach, respecto de los cuales se niegan a hablar los dos informantes que todavía

viven, aludiendo que es pecado mencionarlos. Sin embargo, Muriá llegó a conocer a una señora de Lagos de Moreno, de nombre Hilda Azuela, quien le contó que, con sus ojos de niña, vio a la "gringa" Annita correr desnuda por el atrio del Hospicio Cabañas, gritando puras groserías; y que, dos días más tarde, escuchó a su madre recriminarles a su padre y a sus hermanos el haber "cohabitado" con la extranjera en el quiosco que está en la plaza frente al teatro. Muriá concluyó diciendo que, aunque no hay constancias, se presume que la Shumager fue lapidada por una turba de mujeres celosas e iracundas que reclamaron, así, las escandalosas fornicaciones de la extranjera con los varones de sus casas.

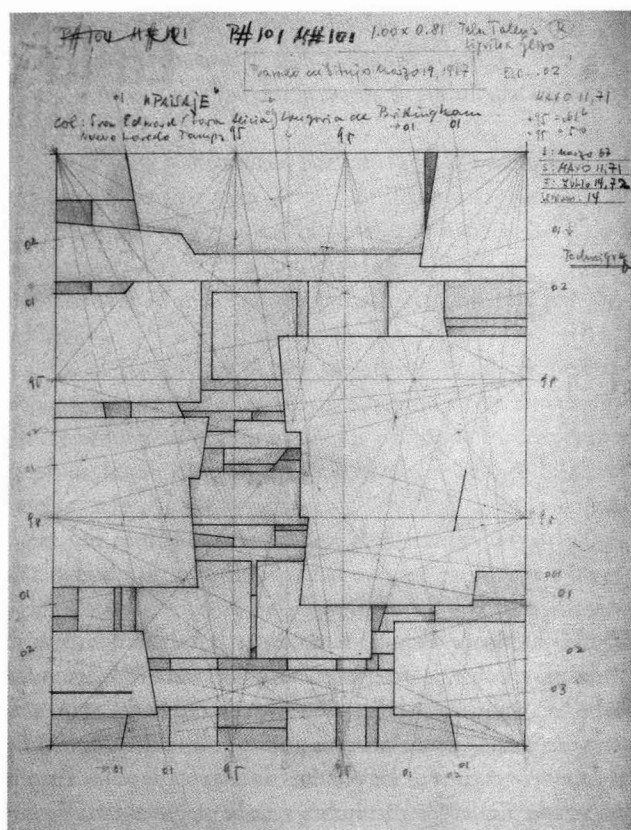
Respecto de los otros tres hay sólo rastros que, eventualmente y con mucha imaginación, pueden darnos indicios de lo que sucedió. En lo que fue un cuartucho de adobe, presumiblemente un sanitario, se lee en una de las paredes: "...y por eso lo mato. Este pendejo de Ruperto se cree muy macho porque se bebió dos litros de Lucifer y cree que me puede morder las nalgas..." Y en la cerca de un corral, donde se colocaron dos cruces de cabeza, alguien y sus descendientes, hasta la fecha, cada vez que pasan por enfrente, escupen y maldicen al *Cristiano* y al *Ingo* por lo que le hicieron "a mi madre, a mi abuela, a mi bisabuela, a mi..."

Lo cierto es que los cuatro murieron violentamente, que se les negó una sepultura cristiana y que, aunque con modalidades, todos atribuyeron su "enloquecimiento" al famoso tequila "Lucifer"; pero nadie, en aquel entonces, cuestionó e investigó el por qué de sus desmedidos efectos.

A estos hechos sucedieron otros no menos graves entre los propios habitantes del poblado. Don Saleciano Valdés fue apuñalado por su hijo Casiano en una riña etílica, luciferina, en la que el primero dijo a su retoño que, como ya estaba crecido, podría cambiarse de nombre y ponerse el de "Culo Valdés". Porfiria Salcedo, nieta del prócer jalisciense Justo Bohigas, comenzó a rabiarse y a echar espuma por la boca cuando llevaba media botella de "Lucifer" y no paró hasta que le metieron dos garrafones de agua bendita de Arandas que le salvaron la vida pero que la dejaron idiota. Dos de los ingenieros encargados del tramo Tequila-San Juan Nepomuceno de la carretera federal construida por don Porfirio Díaz, decidieron, con varios litros de "Lucifer" auestas, cambiar la dirección de la ruta e inaugurar la carretera Tequila-Chapala. Fueron fusilados en descampado. Y, así, propios y extraños sufrieron lo que, en 1906, se llamó "El mal de Lucifer".

Parecía que las cosas iban a continuar igual para siempre, sin que nadie se preocupase por el origen alucinógeno del brebaje, ni el dueño de la destilería, quien al parecer vivía como si estuviera "embrujado", cuando se vino el estallido de la Revolución y, en plena campaña, llegó a Tequila el general Romualdo Fierro, temido por su temperamento salvaje y sus asesinatos imprevistos.

Fierro, que en la toma de Torreón había pasado a cuchillo a todos los chinos de la ciudad y que después de vencer en Zacatecas había ahorcado a las prostitutas de la casa de La bandida con sus propias manos, con el pretexto de que "las



güilotas no deben vestirse como cisnes", dedicó varios días en Tequila a "ambientarse" con la "bebida de los machos". Lo que nunca imaginó es que con "Lucifer" iba a perder la compostura y a ganarse fama de marica, a pesar de que cobró cruenta venganza.

Como muchos otros, no resistió la tentación de probarlo, a pesar de que le habían advertido de sus efectos nocivos. Lo hizo y no tardó en andar paseándose por el pueblo vestido, ni más ni menos, que de china poblana.

De sobra está decir que las carcajadas de sus subalternos y el doloroso contoneo de sus caderas le llenaron de vergüenza y de una cólera infinita, situación de la que cobró conciencia gracias a la maldad congénita que lo caracterizaba.

No bien se le asentaron un poco los vapores de "Lucifer", Romualdo Fierro se apersonó en la destilería y acribilló al dueño. Luego, entró al lugar rugiendo y maldiciendo; mas al poco tiempo lanzó una carcajada que erizó el cuero cabelludo de sus soldados y de los habitantes de Tequila.

Lo que Fierro vio ahí ya ha pasado a formar parte de la mitología pero para los testigos presenciales fue algo inconcebible. Dicen, sus sucesores, que sus abuelos *vieron* sobre los anaques que contenían las ringleras de botellas a un "diablo rojo y vergudo que se orinaba en cada una de ellas y después les colocaba el corcho".

Al ver aquello, los soldados comenzaron a disparar pero Fierro los detuvo. "¡Este tequila debemos guardarlo para los generales, pa que sepan lo que es una revolución, chingao!"

Fierro cumplió su palabra. La última botella la descorchó el general Victoriano Huerta el día que usurpó la Presidencia de la República. ♦

Condorcet y Sieyès.

Dos intelectuales frente a la política

DAVID PANTOJA MORÁN

A José Sarukhán

J'ai vécu.

Sieyès

Préparer à chacun la facilité de perfectionner son industrie, de se rendre capable des fonctions sociales auxquelles il a droit d'être appelé, de développer toute l'étendue des talents qu'il a recus de la nature; et par là établir entre les citoyens une égalité de fait et rendre réelle l'égalité politique reconnue par la loi.

Condorcet

Más por mis incursiones en el pensamiento del abate Emmanuel Joseph Sieyès, que por lo que pudiera aportar sobre la vida o la obra de Marie-Jean-Antoine de Caritat, marqués de Condorcet, a guisa de homenaje por el segundo centenario de la fecha de la muerte de este último, me propongo desarrollar las relaciones entre estos dos singulares personajes; voy a tratar de exponerlas acudien al contrapunto de sus coincidencias y sus diferencias.

Ambos son hijos del Siglo de las Luces y, como tales, fieles al pensamiento que hace de la Razón un implacable escarpelo que penetra y busca el porqué de las cosas y que la coloca como factor esencial del progreso humano. En su documentada biografía sobre Condorcet, los Badinter afirman que entre estos dos espíritus ilustrados habría al menos una forma de identidad secreta: ambos eran "intelectuales comprometidos".¹ Pero, ¡cuidado!, el único partido al que en verdad se adherieron fue al de sus propias ideas.²

Pese a la coincidente religiosidad de su educación inicial, Condorcet con los jesuitas en Reims y Sieyès en el Seminario de Saint-Sulpice en París, nada les es más ajeno a ambos que el principio de autoridad y el dogmatismo de la fe religiosa. Su gusto

por la abstracción, su afán por la construcción rigurosa de los principios esenciales, de acuerdo a las leyes de la inteligencia, y su rechazo a la utilización del argumento histórico son plenamente compartidos por estas dos inteligencias gemelas.

Personalmente encuentro resonancias dignas de resaltarse en las primeras empresas intelectuales de ambos. En su discurso de ingreso a la Academia Francesa, pronunciado en febrero de 1782, Condorcet propone dotar a las ciencias morales (hoy diríamos sociales) de la misma certeza y rigor que a las experimentales pues, según él, este nuevo saber está en posibilidad de proveerse de un método y de un lenguaje que le otorguen el estatuto de ciencia. En este sentido propone aplicar el método analítico, prestado de las matemáticas, a los nuevos quehaceres intelectuales que se ocupan de los hechos políticos y sociales. Doscientos años antes que nosotros, es preciso subrayarlo, descubre la utilidad de la aplicación de la estadística y del cálculo de probabilidades a este nuevo objeto de conocimiento.³

En particular sobresale su trabajo sobre la probabilidad de las decisiones que se toman por mayoría de votos, que no sólo contiene un análisis sobre la racionalización de las decisiones en materia de justicia sino que lleva a cabo una primera aproximación sobre el ejercicio racional del derecho de voto. En efecto,

¹ Elizabeth y Robert Badinter, *Condorcet*, Fayard, París, 1988, p. 280.

² *Ibid.*, p. 350.

³ *Ibid.*, p. 202.

cuando se trata de la aplicación del llamado voto preferencial se desemboca inevitablemente en un fenómeno denominado “paradoja o efecto Condorcet”, del que se desprende que la lógica de la decisión colectiva no es la misma que la de las decisiones individuales.⁴

Me parece que esta original iniciativa intelectual tiene su correspondiente en el meritorio afán de Sieyès de establecer la conexión entre un tipo específico de sociedad y la forma de gobierno que le es propia, es decir, lleva a cabo el análisis político partiendo de comprobaciones de orden sociológico, abriendo paso así a las aportaciones científicas que más tarde harían Marx o Weber. En efecto, en un luminoso párrafo, en el que construye la teoría del gobierno representativo, traza los rasgos característicos de la sociedad moderna y los contrasta con los de la antigua; al mismo tiempo, destierra como modelo de la nueva sociedad al gobierno de Esparta y de Atenas, tan admirado por el “Contrato Social”: crudamente señala que ese mundo no es y ya no puede ser el nuestro; entre otras razones porque el contenido de la modernidad radica en el desarrollo del comercio, de la agricultura, que hacen de las nuevas sociedades vastos talleres, distinguiéndose así la moderna organización como una “sociedad de mercado”, y porque el *ethos* que animaba a la antigua sociedad era la felicidad humana, en tanto que el consumo, la producción y la riqueza son el motor de la moderna.⁵

La afflictiva situación por la que atraviesa Francia hace que Condorcet y Sieyès compartan los mismos temores fundados. La crisis social y financiera constriñe a Luis XVI a designar a Necker como primer ministro y a convocar a los Estados Generales, fijándose como fecha para la apertura de la asamblea el primero de mayo de 1789. En la biografía que Condorcet escribe sobre la vida de Turgot —uno de sus tres padres intelectuales junto a D’Alambert y Voltaire— y más tarde en su *Ensayo sobre la constitución y el funcionamiento de las asambleas provinciales*, con visión de futuro y contrariamente a lo que dice Montesquieu de que las enseñanzas del pasado abran la vía del progreso, piensa, con Sieyès, que esta vía del progreso humano es la razón. En efecto, ambos coinciden en rechazar la forma de convocatoria a los Estados Generales que, apegada a la tradición y fundada en el argumento de que los tres órdenes sesionaban por separado desde 1614 y cada uno de ellos disponía de un voto, aseguraba de este modo la alianza y el triunfo de la nobleza y el clero sobre el tercer estado.

Con más fortuna, Sieyès, en su famoso opúsculo *¿Qué es el tercer estado?*, sintetiza en una fórmula concisa el conflicto que enfrenta entre sí a los sectores de la sociedad francesa: ¿Qué es el tercer estado? Todo. ¿Qué representa actualmente en el orden político? Nada. ¿Qué pide? Llegar a ser algo. El tercer estado, la mayoría aplastante que representaba a veinticinco millones de hombres, no contaba con una verdadera representación política pues la alianza de los órdenes privilegiados, que juntos reunían la

representación de no más de doscientos mil individuos, confiscaba la voluntad mayoritaria, merced a la forma de convocatoria. Y fue esta impactante concisión argumentativa la que sirvió de fundamento al tránsito que convirtió a la reunión del tercer estado en Asamblea Nacional.

Condorcet, por su parte, fundado en sus consideraciones matemáticas, proponía una serie de soluciones complejas para la organización de las asambleas provinciales, de donde debía emanar la Asamblea Nacional. Pero a fines de 1788, cuando se publica su ensayo, ya estaba rebasado por los acontecimientos: la transformación de los Estados Generales en Asamblea Nacional debía hacerse no gracias a la racionalidad administrativa sino por el conflicto de las voluntades políticas.⁶ ¿Resultado?: Sieyès es elegido por el tercer estado para participar en los Estados Generales debido al enorme éxito de su opúsculo. Condorcet, en cambio, fracasa en su intento de hacerse elegir diputado. En política no basta con tener razón, también cuenta y de manera importante la suerte.⁷

La fuga de Varennes el 20 de junio de 1791 y la posterior captura de la familia real dan un singular giro a los acontecimientos. La Asamblea Nacional toma bajo su cuidado el Poder Ejecutivo y decide que sus decretos sean obedecidos sin la sanción real; sin embargo, la mayoría en la Asamblea no se atreve a discutir la abolición de la monarquía. No se escuchan voces decididamente republicanas, las opiniones están divididas y no se sabe qué hacer. Se desea conservar la monarquía pero si eso implica sostener a Luis XVI, será tanto como fortalecerlo a pesar de sus faltas. Deponerlo plantea el problema de la Regencia pues el delfín tiene cinco años; se excluye la posibilidad de confiarla a la reina o a los hermanos del rey, por sus ligas con el enemigo extranjero; el duque de D’Orleans no goza de buena reputación, etcétera. Robespierre se pregunta qué hacer y el mismo Danton, que está a favor de la destitución, propone un Consejo de Regencia pero no se sabe cómo conformarlo.

En medio de esta confusión sobresale Condorcet quien, congruente hasta las últimas consecuencias con el uso de la razón, considera al rey un perjurio, que promete fidelidad a la nación y a la ley pero huye con la intención de encontrar en el extranjero el apoyo para desatar la guerra civil; que protesta fidelidad a la Asamblea Nacional pero maniobra para disolverla y destruir la obra de la Revolución. Mantener en el trono a Luis Capet es abrir la vía a la contrarrevolución y dejar en manos de los enemigos de la nación poder y recursos financieros para que la ataquen. Optar por una Regencia es mantener las expectativas del regreso violento de la aristocracia. No hay más que una solución: proclamar la República.

Por su parte, Sieyès guarda una prudente reserva. Con todo, a valores entendidos y mediando un acuerdo entre ellos,

⁴ *Ibid.*, p. 215.

⁵ David Pantoja, “Estudio preliminar”, en *Escritos políticos de Sieyès*, FCE, México, 1993, pp. 24 y 25.

⁶ Keith Baker, “Condorcet”, en François Furet y Mona Ozouf, *Diccionario de la Revolución francesa*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, p. 200.

⁷ Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, Ediciones Ibéricas, Madrid, s.f., pp. 283-295.

Condorcet y Paine hacen pública una supuesta polémica con el abate Sieyès, que tiene como finalidad convencer a los lectores de las bondades de la República y donde, con base en explicaciones, el supuesto promonárquico se revelará tan republicano como sus debatientes. El problema, para él, se resume en la salvaguarda de los derechos individuales por medio de un régimen representativo.⁸

Todavía en 1789 Condorcet coincidía con esto, ya que lo esencial de una República consistía, para él, menos en la forma de gobierno que en las garantías ofrecidas a los ciudadanos: "una constitución republicana —dice— es aquella donde los Derechos del Hombre son conservados". Sin embargo, a medida que avanzan los acontecimientos se hace más exigente: ¿cómo conciliar la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que proclama la igualdad de los ciudadanos, con la existencia de un rey? ¿Cómo conciliar el principio de que la soberanía emana del pueblo con el hecho de que se confíe el Ejecutivo a un monarca hereditario?⁹

En un momento crucial para la Revolución, cuando unos por convicción monárquica y otros por razones de oportunidad se callan, incluidos los jacobinos, una sola voz, el último de los enciclopedistas, el amigo de D'Alambert y de Voltaire, la encarnación del Espíritu de las Luces, proclama alto y fuerte que la libertad es republicana¹⁰ pero su error es adelantarse a su tiempo. Si bien la hora de la República está a punto de llegar aún suena disonante su voz. Y es que la lógica de la razón no necesariamente coincide con la lógica de la política.

La vida parlamentaria en la que Condorcet y Sieyès participaron les brindaría oportunidades de coincidir y colaborar: el plan de organización de las municipalidades, el de la división territorial en departamentos y el proyecto de ley sobre la prensa son ejemplos relevantes de las empresas comunes emprendidas por estas dos inteligencias privilegiadas.

Pero quizás donde encontramos coincidencias más profundas es en el campo de la instrucción pública. La obra de la Revolución no podía detenerse en la erección de un nuevo régimen político, con la emisión de la Constitución de 1791; hacía falta el coronamiento de lo que toda Revolución digna de este nombre busca: la transformación del hombre. Seguramente con apoyo en las ideas y cooperación de Sieyès, Talleyrand presentó un plan para la organización de la instrucción pública a la consideración de la Asamblea Constituyente, ya a punto de disolverse. Ésta aplaude el proyecto y ordena su publicación pero no lo discute. Para Condorcet es en este campo donde se juega el porvenir de la obra revolucionaria ya que, para él, no se habrá fundado verdaderamente la libertad sino en la medida en que la Revolución haya liberado a los hombres de la peor de las servidumbres, aquella que permite todas las otras: la ignorancia. Miembro electo del Comité de Instrucción Pública de la Convención, presenta su célebre "Reporte y proyecto de decreto sobre la organización general de la instrucción públi-

ca", que a pesar de tener notables analogías con el de Talleyrand lo supera, lo completa y lo inscribe en una visión más vasta de la sociedad en su conjunto: este hecho dio al reporte el aliento y horizonte suficientes para hacerlo, tiempo después, fuente de inspiración para el proyecto educativo de la República de Jules Ferry.¹¹

Un hilo conductor le da consistencia a todo el reporte: la igualdad. En efecto, si la instrucción libera al hombre, tiene que ser tan universal, igual y completa como sea posible, de suerte que asegure a todos no la igualdad natural, que no existe, sino la igualdad de oportunidades de acceso al conocimiento. Para tal efecto propone una escuela primaria abierta a todos los niños de seis a diez años, donde se aprendería a leer, escribir y contar, y los rudimentos de conocimientos morales, naturales y económicos; una escuela secundaria para los niños de diez a trece años, donde se enseñaría historia, geografía, principios de arte mecánicos, de dibujo, elementos de matemáticas, física, historia natural, una lengua extranjera y las bases de la ciencia moral; más adelante, la creación de institutos y liceos, donde se impartiría la educación correspondiente a lo que aproximadamente hoy es el bachillerato y la educación superior universitaria y, en la cúspide, la Sociedad Nacional de las Ciencias y las Artes, que cubriría todo el dominio de las antiguas academias e inspiraría y regularía la educación.

Con una concepción igualitaria, que no cabe en Sieyès, la instrucción en todos los niveles que previó sería gratuita y, para hacerla instrumento privilegiado de liberación del espíritu humano y prevenirla del peligro del dogmatismo, ajena a toda doctrina política, no sujeta a autoridad religiosa alguna, ni sometida a ningún dogma intelectual ni pedagógico. En suma, Condorcet funda la verdadera escuela republicana, aquella que forma ciudadanos libres, iguales y fraternos. Libres porque el dogmatismo y el fanatismo serían eliminados de la escuela. Iguales no porque exista la igualdad de los talentos sino porque en esta escuela todos tendrían el mismo derecho de acceder al conocimiento. Fraternos porque pobres y ricos, niños y niñas, serían instruidos todos juntos por los mismos profesores, en las mismas escuelas, y esta educación común reduciría las distancias y los prejuicios entre ellos.¹²

Nuevamente el azar jugaría a Condorcet una mala pasada pues el 20 de abril de 1792, fecha señalada en el orden del día de la Convención para conocer su proyecto educativo, el rey, en Consejo de Ministros, había decidido presentar en la misma fecha la propuesta de declaración de guerra a Austria; por supuesto, este hecho y el conflicto que enfrentaba a la Convención con el monarca, absorben toda la atención, eclipsando la importancia del reporte. No sería sino mucho tiempo después que la escuela republicana, concebida por Condorcet, devendría una realidad.

¹¹ *Ibid.*, pp. 445-455; Bastid, *op. cit.*, pp. 144 y ss.

¹² Badinter, *op. cit.*, pp. 448-450. Ver también Condorcet, "Extraits du rapport sur l'instruction publique", en Bayet y Albert, *Les écrivains politiques du XIX siècle*, Librairie Armand Colin, Paris, 1907, pp. 93-99.

⁸ Paul Bastid, *Sieyès et sa pensée*, Hachette, Paris, 1970, p. 121.

⁹ Badinter, *op. cit.*, pp. 368 y 369.

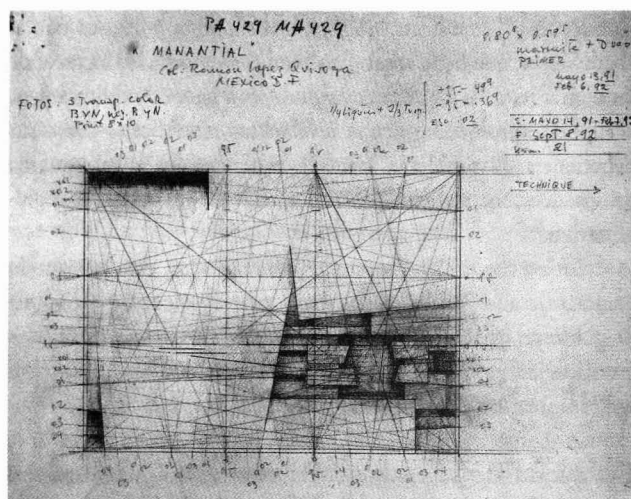
¹⁰ *Ibid.*, p. 374.

En una cuestión más se adelanta Condorcet y no acierta pues los acontecimientos lo rebasan, pero aquí lo que importa resaltar es que teóricamente hace, a mi entender, una contribución digna de reconocérsele y que, al final de cuentas, el tiempo le dio la razón. Me explico:

A partir de experiencias como la de España, Argentina, Uruguay, Chile o las de los antiguos regímenes socialistas, un tema de candente actualidad entre politólogos hoy en día es el de la elaboración de una teoría de la transición democrática y justamente Condorcet nos brinda un buen ejemplo de ello. Él tiene una clara conciencia de que la huida del rey creó las circunstancias favorables para un cambio de régimen pero hace una seria advertencia acerca de los peligros que avizora y señala un derrotero para eludirlos. Prevé que si se trata de imponer la República por medio de la violencia, si por medio de una revolución el pueblo se subleva contra la Corte, las consecuencias pueden ser terribles. En cambio, si se sabe aprovechar la ocasión de que la Asamblea goza de todo el poder, y antes de que el rey recupere terreno, la transición no será tan difícil. Es decir, prevé el cambio a partir de la fortaleza de las instituciones democráticas establecidas. En suma, desea una reforma y no una revolución, un cambio por las vías institucionales, llevado a cabo por la Asamblea. Podemos legítimamente preguntarnos si Francia no se hubiera podido ahorrar la masacre del Campo Marte, el "terror rojo", el "terror blanco", el Brumario y hasta el despotismo napoleónico, si se hubiera atendido la advertencia de Condorcet.

En esta particular coyuntura, la suerte le tiende a Condorcet una cruel trampa. Dentro del conjunto de diputados a la Convención goza del encomiable prestigio de ser un luchador precursor en contra de la pena de muerte. Y si bien está por la abolición de la monarquía, la historia lo coloca en situación de decidir sobre la vida o la muerte de Luis XVI. Es por escrito que deja impresa su convicción. Aunque la Constitución de 1791 reconoce la irresponsabilidad del rey por sus actos, esta impunidad no se extiende a los delitos ajenos a su función: el rey puede ser juzgado pero la Convención no debe ceder a la tentación de juzgarlo, ya que al decidir las reglas del proceso y elaborar los fundamentos de la acusación se estaría erigiendo en legisladora, acusadora y juez. Propone, en consecuencia, que el rey sea juzgado por un tribunal cuyos jurados y jueces sean nombrados por los cuerpos electorales de los departamentos, pues está convencido de que la justicia que ejerza la nación debe ser ejemplar. "Deben ustedes al género humano —dice— el primer ejemplo de juicio imparcial a un rey."¹³

Robespierre retoma las tesis de Saint-Just y alega en contra de Condorcet que "el rey no es un acusado, vosotros no sois jueces, no sois, ni podéis ser sino hombres de Estado y representantes de la Nación [...] No tenéis que rendir una sentencia por o contra este hombre, sino una medida de salud pública que tomar, un acto de providencia nacional que ejercer". Mientras Condorcet se pronuncia por un proceso conducido por jueces imparciales designados por la nación, que respeten todos los principios del derecho, Robespierre pide a la Convención que decida soberanamente, sin ningún proceso, sobre la suerte del



rey. En el fondo de estas posiciones, dos lógicas se enfrentan: la que alega la primacía de la salud pública, fundada solamente en el criterio político, y la que se funda en la necesidad de respetar el derecho, aun en circunstancias excepcionales.¹⁴

La hora de la verdad llegó el 15 de enero de 1793, cuando la Convención es convocada a pronunciarse nominalmente sobre la culpabilidad del rey y Condorcet vota por declararlo culpable. Al día siguiente comenzó la votación nominal y razonada sobre la pena a infligirle pues de 718 diputados, 691 se pronunciaron por la culpabilidad y aquí el voto de Condorcet es en favor de trabajos forzados y encadenados a perpetuidad pero en contra de la pena de muerte.

Por su parte, Sieyès no juega en el proceso sino un papel bastante oscuro. A decir de Bastid, dos órdenes de consideración explican su conducta: el interés de la Revolución al interior y el interés de Francia al exterior, y es dudoso que fuera su intención evitar la muerte de Luis XVI. Una leyenda famosa señala que Sieyès, a la hora de votar, lacónica y despiadadamente sólo dijo: "la muerte, sin frases".¹⁵

Podemos preguntarnos, acudiendo a Aron, si no nos encontramos frente a dos morales distintas: "la de responsabilidad" y "la de convicción".¹⁶ Aquí aparece Sieyès, como hombre de Estado, como político, utilizando el medio decisivo de la política que es la violencia, actuando como todo aquel que hace de la política una profesión, es decir, pactando con "los poderes diabólicos que acechan en torno de todo poder". Condorcet, por su parte, con la afirmación intransigente de sus principios, actúa como si su reino no fuera de este mundo pues, como el santo de Asís, busca la salvación de su alma y la de los demás pero lo hace por el camino equivocado de la política, cuyas tareas sólo pueden ser cumplidas mediante la utilización de la fuerza.¹⁷

La ejecución del rey y la instauración de la República planteó a la Revolución el problema de una organización política bajo una nueva constitución. Se abrió una nueva oportunidad para

¹⁴ *Ibid.*, pp. 580 y 581.

¹⁵ Bastid, *op. cit.*, pp. 135-137.

¹⁶ Raymond Aron, "Introducción", en Max Weber, *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1967, pp. 59 y ss.

¹⁷ Max Weber, *op. cit.*, pp. 165-174.

¹³ Badinter, *op. cit.*, pp. 576-580.

Condorcet y Sieyès de colaborar, de coincidir y diferir. La comisión de la Asamblea para redactar el proyecto tenía una clara mayoría girondina, razón por la cual tomó el nombre de “constitución girondina” pero es, sobre todo, obra personal de Condorcet. En ella plasma su obsesivo rechazo a la injusticia y a la desigualdad, por lo que a los derechos consagrados en la Declaración de 1789 —libertad, propiedad, seguridad, resistencia a la opresión— el proyecto agrega expresamente la igualdad. Como fundamento de la República, el proyecto proclama el derecho de todos a la instrucción, ya que la igualdad sólo es formal mientras exista la desigualdad del saber. Sin ser socialista, el proyecto pone las bases de una democracia social.

Las diferencias con Sieyès son aquí más notables que nunca. Si para éste la representación es un bien en sí mismo —es decir, la forma de gobierno que mejor corresponde a la moderna sociedad de mercado—, para Condorcet, en cambio, es un mal necesario cuyas consecuencias hay que atenuar; trata, entonces, de evitar que la soberanía del pueblo sea confiscada por sus representantes, asegurando el sufragio universal y haciendo que ésta se exprese constantemente. El proyecto de Condorcet le da al referéndum y a la iniciativa popular un lugar muy importante y permite que todos los poderes procedan de una elección. Atribuye el Poder Legislativo a una cámara única electa cada año y el Poder Ejecutivo a un consejo de siete ministros electos, cuya presidencia cambia cada quince días.

Los defectos del proyecto son patentes. Tal como concibe los poderes, los hace frágiles y precarios. La vida pública es una deliberación permanente y la vida política una elección continua. Encontramos, además, disposiciones de una minuciosidad extrema que hacen del proyecto el más largo de la historia constitucional francesa. Un proyecto semejante no podía satisfacer a Sieyès. Las concepciones constitucionales de éste son obras de ingeniería jurídica donde priva el equilibrio político. El proyecto de Condorcet, más que un instrumento jurídico, es “un acto de fe en el porvenir y en los progresos indefinidos del espíritu humano”. La suerte que corrió el proyecto de Condorcet es conocida: cayó en el vacío y más tarde fue substituido por el proyecto jacobino. Los tiempos de la razón científica de Condorcet nunca fueron los de la política. Su meta era la redención de los hombres y del poder por medio de la razón; las vías del progreso estaban en la libre elección de individuos racionales en el seno de una sociedad ilustrada. Pero antes de 1789, la élite gobernante ilustrada no era lo suficientemente fuerte para reformar la monarquía y, después, la nación soberana, demasiado poco ilustrada para hacer realidad sus ideas.¹⁸

Para concluir, si bien las coincidencias de nuestros dos personajes se inscriben en el ámbito de lo intelectual, donde sólo la razón los guía, al tiempo que los confina a la soledad, no menos cierto es que los signos de la política los separan.

La vida y obra de Sieyès están marcadas por la contradicción y la ambigüedad. Partero de la Revolución, es al mismo tiempo su enterrador. Brillante redactor de constituciones, no pudo llegar cabalmente una sola a Francia pues sus numerosos proyectos se

quedaron en borradores. Revolucionario intransigente en su primera hora, deviene más tarde en afanoso conservador del orden. Reconocido por sus contemporáneos como “oráculo del tercer estado” y al mismo tiempo como “topo de la Revolución”, es el enemigo mortal de la realeza y regicida que termina instaurando en el trono de Francia una casa reinante sin tradición y sin leyes fundamentales. Combatiente sin tregua en contra de los privilegios de la nobleza, acepta recibir el título de conde. Teórico de la libertad que le abre la puerta a la dictadura. La frase que inmortalizó como respuesta a la pregunta de qué había hecho durante la época del Terror, *J'ai vécu*, describe y resume mejor que cualesquier otra explicación al político y sus valores. La supervivencia, tal es, en efecto, el valor supremo en política. Se sobrevive para hacer triunfar un proyecto, se sobrevive para hacer trascender una idea. Y para cumplir con tal finalidad, se acude a todos los medios y se hace de la oportunidad la gran aliada o la gran cómplice. En suma, no basta con acudir al “león”, como modelo maquiavélico de fuerza en política, sino que se precisa también del “zorro”, cuya astucia le hace eludir las trampas tendidas.¹⁹

El signo de Condorcet es, en cambio, el de la coherencia, el de la consistencia hasta sus últimas consecuencias. Sus imperativos morales le impiden escindir razón y justicia. Una profunda bondad sea quizás la explicación de su pasión por la igualdad entre los hombres, que le mueve a rechazar violentamente la disparidad en la riqueza, la iniquidad que entraña la esclavitud de los negros, la discriminación contra protestantes o judíos, la desigualdad entre hombre y mujer, o la pena de muerte. Intransigente con los principios, no duda en poner en peligro su seguridad personal con tal de sostenerlos. Las consideraciones de oportunidad política le son ajenas. Sus intereses políticos se estrellan contra sus convicciones. Sus decisiones están motivadas por razones morales, lo que finalmente selló su dramático e injusto destino. Es, en suma, un hombre escrupuloso, y la escrupulosidad, a decir de Ortega y Gasset, es “una cualidad matemática, intelectual: es la exactitud aplicada a la valoración ética de las acciones”.²⁰

Es ésta, resumidamente, la historia de una relación entre el abate de “corazón seco”, que siendo un intelectual nunca dejó de ser un político, y el enciclopedista de “alma tierna”, que tratando de ser político nunca dejó de ser un intelectual.²¹ ♦

¹⁹ Maquiavelo, *op. cit.*, p. 352.

²⁰ José Ortega y Gasset, “Mirabeau o el político”, en Ortega y Gasset, *Obras completas*, Revista de Occidente, Madrid, 1957, T. III, p. 621. A este respecto, podemos matizar con Reyes Heróles, “que no se puede deslindar la acción política de la ética, sin que esto signifique la pudibundez o la estrechez del recatado *bon père de famille*... la desarmonía entre la vida estrictamente política y la restante, u otra vida, no puede extenderse demasiado, pues la mala reputación generada por la segunda se vuelve contra la primera: es decir, la mala reputación, gravitando en la vida política y reduciendo la capacidad de hacer y de obrar del político quizá frustra su propia vocación. Aquí también está presente Maquiavelo cuando aconseja al Príncipe cuidar la reputación por ser ésta, en sí, valor político”, Jesús Reyes Heróles, “Mirabeau o la política”, en *Vuelta*, Núm. 98, enero, 1985, vol. 9, México, pp. 7 y 8.

²¹ Badinter, *op. cit.*, p. 280.

¹⁸ V. Badinter, *op. cit.*, pp. 597-604; Bastid, *op. cit.*, pp. 139-143; Pantoja, *op. cit.*, pp. 50-59.

Historia apócrifa en Deauville

ANTONIO MENDOZA

Al leer la historia de Augusto
vi por fin la dimensión del mar
y el mundo festivo —extraño distante—
visitado por el niño y su ángel
una esbelta mujer *en la flor de la edad*

La playa tierra firme en el paraíso
era el césped incinerado por el sol
donde las criaturas que conocían de mejor
manera que Augusto las relaciones humanas
permitían que las horas se retrasaran
dedicados con todas sus facultades
al esparcimiento que sin duda era ya
el amor indistinto a los cuerpos
o la violencia despiadada informe
con que demostraban sin matices su ideal

Por coincidencia cuando revisaba un diario
al desplegar una página incólume perdida
—suplemento a color de cinematografía—
me sorprendió el perfil de una mujer
delgada esplendente y concluí de acuerdo:
“Ella será para mi representación
el cariño incestuoso de Augusto”

El nombre de esa muchacha en el libro
lo he olvidado Aún tengo en la memoria
el razonamiento (placer que anuncia las bodas):
un cuerpo definitivo entre los brazos
del hombre que Augusto detestaba
(exilio del niño del cielo familiar)
su angustia sin rostro mirando al espejo

Jennifer O'Neill es el seudónimo
de la protagonista de los filmes en Deauville
pero asimismo el pecado del niño ♦

De la vida y la obra de Mario de la Cueva

IGNACIO CARRILLO PRIETO

*A José Luis Soberanes Fernández,
fraternalmente*

La vida

Hijo de don Ricardo de la Cueva, médico cirujano y éste descendiente también de otro laborioso galeno, Mario de la Cueva no pensó, al concluir en 1921 sus estudios preparatorios, en la jurisprudencia sino en la medicina como ciencia y arte para dedicarle su talento.

Inscrito en la Escuela Nacional, cuya sede fue el Convento de Santo Domingo, y teniendo el aliciente de brillantes discípulos como Ismael Cosío Villegas y Guillermo Montaña, no acababa, sin embargo, de tener la certeza en lo atinado de esa primera elección profesional.

Un episodio durante el primer año de estudios lo alejó de la medicina pues comprendió que nunca podría resignarse a contemplar sufrimientos incurables. Así explica don Eduardo García Máynez ese viraje que lo llevaría a los terrenos de la ciencia jurídica en los que edificaría la obra perdurable que enaltece el derecho mexicano contemporáneo.

Alumno de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, y en virtud de una injusta expulsión temporal, volvió a la de Medicina y aprobó los exámenes con las mejores notas.

Este ir y venir podría haber sido el anticipo de inconstancia y ligereza futuras; sin embargo fue de congruencia con él mismo y de búsqueda honrada, ambas actitudes que jamás lo abandonaron a lo largo de su fructífera vida.

Señala don Antonio Martínez Báez la importancia que en esta búsqueda tuvo para Mario de la Cueva otro destacado jurista mexicano, director en 1922 de la Escuela Nacional de Jurisprudencia: Manuel Gómez Morín.

García Máynez relata que este amigo de la familia de la Cueva

habló a Mario con persuasiva elocuencia de la dignidad de la abogacía; le prometió incondicional ayuda como guía y consejero de estudios y consiguió que el joven se inscribiera en la escuela, que contaba entonces con menos de trescientos alumnos y con un plantel docente excepcional: Antonio Caso, Enrique Martínez del Sobral, Francisco de Paula Herrasti, Julio García, Alfonso Caso,

Manuel Borja Soriano, Vicente Lombardo Toledano, Eduardo Suárez, Miguel Lanz Duret, Miguel Palacios Macedo, Narciso Bassols, Eduardo Pallares, Paulino Machorro Narváez...

De ellos, el más querido de sus maestros fue, por propia confesión, Manuel Gómez Morín.

Mario de la Cueva, a través de Gómez Morín, había descubierto las vertientes de su vocación como maestro y tratadista; es decir, no sólo como profesor pues como dice don Sergio García Ramírez al referirse a De la Cueva:

...maestro en el único, amplio sentido de la palabra, que se suele usar con impertinente exceso, provocador de reflexiones, animador de dudas y de respuestas que habrían de resolverse, planteada por el maestro la pregunta y adelantadas, sugeridas, las posibles soluciones en la honrada, personal meditación del alumno en el que quería suscitar la toma de posiciones, la adopción voluntaria y analítica de un pensamiento, el arribo a consecuencias que fuesen más allá de la exposición de la historia o de la norma.

Gómez Morín fue maestro para De la Cueva, situación que influyó para que éste lo fuera en grado eminente.

Ante Miguel Macedo, Pedro Lascuráin, Alfonso Caso, Narciso Bassols y Paulino Machorro Narváez, Mario de la Cueva presentó el 15 de abril de 1925 su examen de licenciatura y defendió una tesis sobre garantías individuales. Hasta 1929, De la Cueva se dedicó a la práctica exitosa de su profesión y en ese año Alfonso Caso, director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, le ofreció el curso de Teoría general del derecho que impartió basado en los apuntes de aquél y en el libro de Korkounov. Para 1931 viaja a Alemania y asiste a cursos de la Universidad de Berlín hasta 1932. En ese periodo escuchó lecciones de Nicolai Hartmann, David Baumgarten, Eduardo Spranger, Werner Sombart, Jorge Jellinek, Carl Schmitt, Rodolfo Smend, Karl Hans Nipperdey y Herman Dersch, estos dos últimos profesores de derecho del trabajo. De regreso a México

prosiguió su tarea docente y propugnó por la creación de cursos históricos y sistemáticos de filosofía jurídica y por la sustitución de la antigua Teoría general por el curso de Introducción al estudio del derecho, con fundamentación axiológica, tal y como lo proponían Antonio Caso y el propio Eduardo García Máynez.

El joven Mario de la Cueva había ya encontrado en la enseñanza una fuente de estímulos intelectuales y de satisfacciones morales que siempre lo alimentó, y en la Universidad Nacional una atmósfera que posibilitó su poderoso desarrollo en la esfera de la sensibilidad y la razón.

Ninguno de los alumnos de Mario de la Cueva dejó de captar la pasión que movió lo mejor de sus luces y de sus tareas: la de la justicia. No cabe aquí, sin ofensa a todos ellos, aclarar que no se trataba de una mera emoción vaga y sin asideros racionales y, en verdad, políticos. Para De la Cueva ésta era la única causa a la que valía entregarse sin reservas pero con un nutrido arsenal conceptual y un potente aparato analítico.

Ese bagaje lo había extraído parcialmente de sus lecciones berlinesas y pudo acrecentarlo con la experiencia que obtuvo de sus tareas en la Sala del Trabajo de la Suprema Corte de Justicia, en su calidad de secretario de Estudio y Cuenta, a las que se aplicó de 1934 a 1938, año crucial en la memoria nacional y en la personal de Mario de la Cueva, que lo evocaba con legítimo orgullo pues entonces redactó —según lo consigna don Eduardo García Máynez— el proyecto de sentencia que sirvió de base a Lázaro Cárdenas para expropiar las empresas petroleras. Ese año es también de conmemoración para la doctrina jurídica nacional pues aparece la primera edición del *Derecho mexicano del trabajo*, obra en verdad monumental.

Si Lucio Mendieta y Núñez y Narciso Bassols se dedicaron a explorar uno de los dos temas vitales de la Constitución de 1917 y crearon el derecho agrario, De la Cueva desarrolló, en una ambiciosa construcción técnica avalada por la práctica y la observación, el derecho del trabajo del México surgido de la Revolución. López Aparicio hace notar también que quien revise con atención la doctrina laboral de Mario de la Cueva y la compare con la labor jurisprudencial de la Cuarta Sala, particularmente de la formada entre 1934 y 1940, encontrará la influencia decisiva del maestro.

En el prólogo a la segunda edición (1943) del *Derecho mexicano del trabajo* se reiteran los propósitos no sólo de la obra sino en buena medida de la vida de De la Cueva:

La idea de la justicia se ha falseado: la misión del derecho parece consistir en fijar las pertenencias de los hombres y en defenderlas y da la impresión de ser una fórmula defensora de patrimonios; pero ha descuidado proteger la vida humana. Es tiempo ya que los hombres mediten acerca de este concepto abstracto de la justicia, fórmula que se ocupa de las pertenencias, pero no del hombre mismo. La fórmula futura de la justicia no será un producto de la razón filosófica, sino de la vida. Será una justicia vital y tendrá una expresión sencilla: dar a cada quien lo que necesite. Y su fundamentación es igualmente simple: la persona humana es una finalidad y tiene derecho a vivir una existencia digna; un orden jurídico que funciona para una minoría, cuyas pertenencias defiende, pero

que es impotente para dar satisfacción a las necesidades humanas no podrá ser un orden justo. El derecho del trabajo se presenta como la iniciación de un nuevo orden y afirma y descansa en el nuevo concepto de la justicia. Su idea es dar satisfacción a las necesidades del hombre que trabaja pero no pretende limitarse a las necesidades materiales del hombre; reclama también las libertades del espíritu; y si exige la garantía de su existencia, es para poder ser libre.

En 1947, De la Cueva es designado presidente de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje; declinó posteriormente, como también sucedió en dos ocasiones cuando le fue conferido el importante cargo de ministro de la Suprema Corte de Justicia.

La fuerza de la obra principal de Mario de la Cueva propició además reformas legislativas; entre ellas las modificaciones en 1962 a la Constitución Federal para hacer efectiva —opina López Aparicio— la participación de los trabajadores en las utilidades de las empresas; crear un sistema más eficaz de fijación de los salarios mínimos y reivindicar, en beneficio de los trabajadores, el derecho de reinstalación obligatoria en caso de despedido injustificado.

Del tratado en cuestión saldría más tarde todo un cuerpo normativo: la Ley Federal del Trabajo del primero de mayo de 1970 que, al decir de Urbano Farías, fue la culminación de su esfuerzo intelectual y capacidad de negociación. Tanto le enorgulleció aquel trabajo, que tenía presente que *Le Monde*, el diario francés, había juzgado que ella operaba una verdadera revolución sin derramar una sola gota de sangre. Además, y durante cincuenta y dos entregas semanales que mucho le agobiaron, De la Cueva divulgó en *Excelsior* las instituciones principales contenidas en esa Ley Federal.

Lo que parecía poco probable también ocurrió: De la Cueva dio a la imprenta *El nuevo derecho mexicano del trabajo*, dos tomos aparecidos en 1972 y 1979, muy poco antes de su muerte. No acudió a ella sin haber editado en 1975 su obra más polémica y conceptuosa: *La idea del Estado*, que merece un estudio más a fondo, sobre todo si se recuerda que confronta su análisis del marxismo con otras doctrinas y que significa su última versión sobre la justicia y el poder político pero no el término de su incesante búsqueda.

Vivió rodeado de libros que hizo suyos en el más esencial sentido de la expresión: no las filigranas del diletante, ni el cúmulo abrumador de minucias que poco tienen que ver con la vida. Los libros de su casa eran referencias y medios para emprender luchas reales, batallas arduas que requerían muchas horas de velar las armas del concepto y del análisis. Su poderío no deslumbró a De la Cueva de modo tal que olvidara su carácter instrumental. *Primum vivere* fue una de sus divisas, como la fue la sentencia admonitoria de Goethe: gris es la teoría y verde el árbol de oro de la vida. Frecuentó los libros para que nada de lo humano le fuese ajeno.

También así concibió la Universidad: los siete pilares de la sabiduría están hechos con la sustancia de las fatigas de todos los días. La casa de las ideas debe serlo de ideas para hacer mejor la vida. No importa que no resulte ese fruto de modo inmediato. La casa de las ideas se alumbra con la paciencia y, socialmente,

con la autonomía, que es expresión colectiva de esa esperanza ilustrada.

De la Universidad lo supo todo; los cargos que ocupó así lo demuestran: secretario general (1934), rector (1940-1942), director de la Facultad de Derecho (1952-1954) y coordinador de Humanidades (1962-1966). Fue miembro de la H. Junta de Gobierno y dirigió largos años el Seminario de derecho constitucional de la Facultad antes mencionada.

Junto con Gustavo Baz supo dar impulso a una nueva casa de estudios. Como rector —dice García Máynez— su actuación fue brillante. “Logró entre otras cosas acabar con el vicioso sistema de la indiscriminada condonación de colegiaturas que mermaba en forma lamentable los recursos de la institución cuyo subsidio era muy raquítrico.” Pese a la escasez de recursos, pudo intensificar las actividades de la difusión de la cultura, sobre todo en el renglón editorial. Durante su rectorado se creó el Instituto de Derecho Comparado (actualmente de Investigaciones Jurídicas).

Como director de la Facultad de Derecho promovió y animó las celebraciones del cuarto centenario de esta institución, en las que brillaron alumnos que más tarde serían reconocidos como mexicanos distinguidos. En 1953 y con motivo del recuerdo de esos hechos, quiso creer que

la nacionalidad mexicana se está integrando —porque aún no está ni puede estar plenamente formada— pero solamente en la medida en que vamos superando el dolor y la miseria de nuestros hombres. Y este proceso de integración en la justicia es lo que proporciona a México el vigor de su personalidad...

El proceso de deterioro que sufrió la Universidad a raíz de la renuncia del rector Ignacio Chávez lo apartó de ella; Carpizo manifiesta lo que le confió al respecto: “No me fui de la Facultad; la bajeza, la maldad y la mediocridad me echaron.” Pero volvió a la Universidad en 1974, bondadoso y sabio, a explicar el nuevo ordenamiento laboral de 1970, que tanto le debe.

Como homenaje de los mexicanos a sus dotes intelectuales, le fue conferido en 1978 el Premio Nacional en Historia, Ciencias Sociales y Filosofía, recibéndolo de manos del presidente de la República y en medio de una cálida y muy conmovedora ovación.

En 1979 asistió a los festejos del cincuentenario de la autonomía de la Universidad Nacional. Pudo ver así asegurada firmemente la base de esa casa secular, hecha por los mexicanos para mejorar su vida mediante el poder no ilusorio de las ideas. Para los que supieron ser sus discípulos, la clara y vibrante lección de Mario de la Cueva está entre los óptimos frutos universitarios.

Don Antonio Martínez Báez ha dicho de él:

Para completar su ya intensa vida intelectual, observó una constante vigilancia política sobre la realidad mexicana, que ejerció siempre que lo estimó conveniente o necesario, para evitar cualesquiera retrocesos posibles en la legislación social protectora de la clase de los trabajadores, y en varias ocasiones levantó su voz, airada y aun intransigente cuando algunos pretendieron regatear o retardar la implantación de medidas de justicia para la clase laborante; sin considerar las circunstancias de la amistad, del afecto o

del respeto que ligaban al Maestro con los más altos dirigentes de la política mexicana.

Dice insuperablemente Carlos Fuentes:

Para De la Cueva era más importante decir la verdad que callar por conveniencia; era más importante leer a Schopenhauer que leer una cuenta de banco; era más importante poseer la emoción de un cuarteto de Schubert que poseer un castillo rococó en el Pedregal; era más importante la riqueza de la intimidad que la de la apariencia; el poder estaba en lo que uno mismo decía, escribía o pensaba, no en lo que se decía, escribía o pensaba sobre uno; el poder no consistía en disciplinar a los demás sino disciplinarse a uno mismo; no existía poder sobre la nada: la política era trato entre iguales, no humillación del débil por el fuerte...

¡Cuán vigentes son hoy, aun para quienes aprendieron directamente de su ejemplo, la admonición que apenas ayer escribiera el más grande literato de los discípulos de don Mario! Lo cierto es que hoy ninguno de ellos se dedica completamente al estudio y a la cátedra, quizás por no haber hecho suya la lección magistral, con la excepción eminente de Héctor Fix Zamudio.

Mario de la Cueva, en su inteligencia, que era, como escribió Gorostiza, “soledad en llamas”, no sólo concibió: creó. Lo cierto es que él nos creó a nosotros. Mostraba un orgullo enorme, una verdadera emoción, ante el destino de algunos de esos alumnos que se convirtieron en sus amigos de toda la vida. Ese orgullo nunca será comparable al que todos y cada uno de nosotros sentimos por el maestro que lo fue constante, dentro y fuera del aula, antes y después de los años de universidad. Quizás su orgullo en algunos de nosotros no sea justificado. Lo cierto es que nosotros podemos, para siempre, sentirnos orgullosos de Mario de la Cueva.

La obra

Injustamente olvidado, la “política” de la academia no ha querido aceptar la importante contribución —en la mejor tradición de la tantas veces renacida escolástica del “católico modo”— del jesuita ejemplar y profesor riguroso que fue Héctor González Uribe (dilecto discípulo de Mario de la Cueva), en la indagación de los temas del Estado y la ciencia política. Él es quien precisamente descubre la pista, los indicios que explican el origen y las causas de la meditación sobre el estado del que fuera rector de la Universidad.

La posición ideológica del maestro De la Cueva se fue radicalizando hacia la izquierda. Llevado, tal vez, por su angustia y desesperación, al ver que a pesar de tantos años de revolución en México, seguían vigentes —e iban aumentando— las desigualdades e injusticias en las relaciones de trabajo, volvió sus ojos a la doctrina de Marx y Engels para fundar una nueva lucha contra el aburguesamiento de la sociedad política y económica mexicana. Su tono de crítica se hizo más violento y se hizo eco de las declaraciones apasionadas con que los fundadores del llamado “socialismo científico” fustigaban, a mediados del siglo pasado, los excesos del capitalismo industrial... En ese libro (*La idea del Estado*) se hallan, desde luego, muchas de las enseñanzas del maestro en sus largos

años de cátedra, y se encuentra un enorme acopio de erudición como de costumbre. Pero se advierte que más que buscar una simple exposición de las principales doctrinas acerca del Estado y su ordenación sistemática, el maestro De la Cueva nos quiere dar su "ideal" del Estado (formado en las disciplinas germánicas sabía muy bien que no es lo mismo *Staatsbegrueff*, concepto del Estado que *Staatsidee*, ideal del Estado). Y se vuelca, decidida y apasionadamente, en favor de la doctrina marxista. No oculta su entusiasmo por Carlos Marx al que llama "el torrente revolucionario de la justicia social". Habla del marxismo como, "la más alta y bella exaltación jamás conocida del hombre real". Y al hacer las consideraciones finales de su obra califica a Hegel y a Marx como las cumbres más elevadas del pensamiento filosófico contemporáneo... ¿Cómo explicar esa actitud del maestro De la Cueva? Sus motivos internos sólo él los podía saber, pero leyendo sus obras y conociendo su personalidad tan abierta, honesta y sincera, no hay más que una explicación posible: su amor a la libertad y a la justicia. Él creyó lealmente que la mejor solución a los problemas sociales y políticos estaba en el marxismo y acudió como fuente original al pensamiento del joven Marx, del autor de los Manuscritos de París (*Manuscritos económico-filosóficos de 1844*), del crítico severo del régimen capitalista y antidemocrático del siglo XIX. En otras palabras: buscó en la "utopía" marxista la que él creyó la defensa más firme de la libertad humana.¹

Acierta González Uribe en esta explicación sobre la genealogía íntima de la obra de De la Cueva. Muchas claves va dejando el autor, más definitivas y asombrosas, que se resumen en la siguiente:

Los maestros de los siglos XVI al XVIII, Maquiavelo, Bodino, los utopistas Moro, Campanella, Bacon, Harrington, Hobbes, Bosuet, Locke y Montesquieu, entre otros muchos, hicieron ciencia política, mas no teoría del Estado, porque éste no se presentó a los hombres de aquellos tiempos como un objetivo propio de estudio. Sus escritos están emparentados con los debates de la sofística y con la *Política* de Aristóteles, esto es, lo que preocupó a los maestros de entonces fue la *forma de ejercicio del poder y su justificación*. Fue en el siglo XIX, al generalizarse en Europa y América la concepción democrática de la vida social y del gobierno, cuando los profesores alemanes inventaron al Estado a fin de ocultar, detrás de ese fantasma el dominio efectivo de la nobleza y de la burguesía apoyado de una estructura castrense.²

Quiere De la Cueva la fórmula, breve letal e iconoclasta: "el estado es la estructura de poder de los poseedores de la tierra y de la riqueza para poner a su servicio a los sin-tierra-y-sin-riqueza". Un formidable alegato contra ese fantasma muy real llena de sentido las personalísimas páginas del libro último del maestro De la Cueva, último no sólo en el sentido cronológico del término sino, ante todo, en el de la fijación definitiva de su labor teórica y de convicción ética y política contra del Estado "la fantasía de un dios terrestre creada por Hegel".³

¹ Héctor González Uribe: "Mario De la Cueva, universitario ejemplar", en *Testimonios sobre Mario de la Cueva*, UNAM, 1982, pp. 37-45.

² *Ibid.*, p. 61.

³ *V. op. cit.*, p. 111.

Una visión optimista de las virtualidades de la persona humana y una desconfianza radical de los poderes (todos) de este mundo, cifran su concepción del mundo y del Estado (que siempre escribió con *e* minúscula); además, sustentan ideológicamente su ensayo postrero, en el que quiso argumentar por el lado de la sentencia de Cicerón —que le gustaba recordar con frecuencia—: "la libertad no consiste en tener un buen amo, sino en no tener ninguno", y por el lado de Rousseau, que lo condujo a Marx.

Hay un hilo conductor que recorre el ensayo: la absoluta necesidad de la democracia como única forma de gobierno entre hombres libres y la contradicción, que son las potestades de esta ciudad terrenal:

la democracia termina donde principian los reyes y los estados, éstos como herederos de aquéllos, porque unos y otros son fuerzas superiores al pueblo y a los hombres y constituyen, por ende, la negación de la libertad... (Hay) una segunda significación de la democracia que dice que es el único derecho que crean los mismos hombres, o en una frase breve: en la democracia los únicos gobernantes son los hombres, hacedores de las leyes, en tanto las personas designadas para hacerlas cumplir son magistrados o funcionarios, pero nunca gobernantes.⁴

Democracia formal y democracia material o sustancial para la realización de la democracia esencial: suma de los derechos del hombre y tema central en el trabajo teórico y en la actitud política de De la Cueva,⁵ de modo tal que no resulta excesivo afirmar que en su enseñanza universitaria se fincaron bases muy precisas de la actual "cultura de los derechos humanos" en México, en la que se reconoce el clásico apotegma al que asignaba el mayor valor: *Homo hominis res sacra*.

No menos central para la idea del Estado es la cuestión de la representación política:

Rousseau impuso la idea de la igualdad y la libertad natural de todos los hombres y la doctrina de la soberanía del pueblo como bases únicas para la estructura política de las comunidades humanas y como fundamento imprescindible para la expedición y justificación del orden jurídico de cada nación. Nadie pensó en la utopía de la democracia directa, pues los escritores y estadistas y la burguesía, en contradicción con el pensamiento del *Contrato social* impusieron la tesis de que la democracia estaba inevitablemente unida a la doctrina de la representación. Tímidamente asomó la crítica que decía que la libertad política era ilusoria, porque su único valor consistía en elegirse un amo a través de las elecciones... La historia ha justificado una y otra vez —no será México uno de los ejemplos más patéticos?— que Maffei tenía razón: la idea de la representación es un invento diabólico de quienes están en el poder para hacer creer al pueblo que participa en su ejercicio... La idea de la representación dio vida a un haz de interrogantes: si el pueblo es el titular de la soberanía, pero no es quien detenta y ejerce el poder y, si la burguesía, clase social que es la que de hecho lo detenta y ejerce, no admite que se declare

⁴ *Ibid.*, p. 112.

⁵ *Ibid.*, p. 117.

que es quien efectivamente gobierna, y menos aun, que se le atribuya un derecho a gobernar, lo cual, por otra parte, la transformaría en la heredera de la nobleza o en una nueva aristocracia, lo que, a su vez, chocaría con el cada momento más arraigado pensamiento democrático ¿quién es el titular del poder? Así se planteó la problemática del estado y con ella la cuestión relativa a su naturaleza.⁶

En la polémica que De la Cueva entabla con autores, lecturas de juventud y profesores de aquí y de Alemania (especialmente con Jellinek) adelanta, de nueva cuenta, la proposición central de su libro: "el estado sólo puede ser la suma de las jurisdicciones creadas por el pueblo o nación para la efectividad del orden jurídico creado por el mismo pueblo o nación en su constitución. El estado principia donde la democracia termina".⁷ El fruto del debate se anuncia en una *reestructuración* de la idea del Estado: "el estado no es un ente soberano, es una cooperación de servicios públicos organizada (como quiere Duguit, a quien tanto leyó De la Cueva) y controlada por los gobernantes", redefinición aprovechada por el jurista en la fórmula "el estado del mañana podría ser una federación de servicios públicos autónomos".⁸

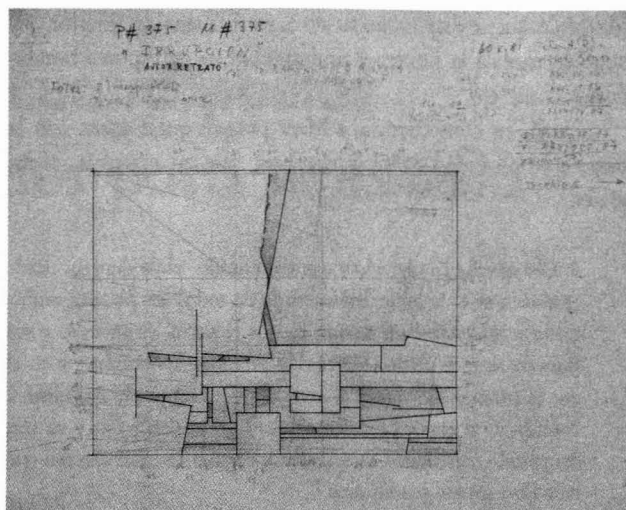
Con la espléndida curiosidad intelectual que fue una de sus más entrañables prendas, Mario de la Cueva no quiso que su exploración sobre el Estado eludiera la recia arquitectura conceptual de la nueva y la vieja escolástica católica. La examinó a fondo y en el fondo la hizo suya. ¿En qué otra forma si no ha de entenderse que la "objección" con que concluye su viaje entre esos textos venerables se reduzca a su presupuesto teológico? ¿De qué otra manera puede leerse una afirmación como la que sigue?:

Si dejamos de lado la tesis católica de que la libertad individual tiene por finalidad suprema buscar a dios, y si, como diría Marx, ponemos los pies en la tierra, y vemos en la libertad... una exigencia de la naturaleza humana para alcanzar los múltiples fines que pueden proponerse la voluntad, la conciencia y la razón de los hombres, *nos hallaremos delante de la verdad*.⁹

Pretender desperdiciar esta confesión rotunda conduce a deformar la recta inteligencia presente en la obra y la vida de Mario de la Cueva. Cabe esta rectificación fundamental en aras de la verdad que, con ahínco excepcional, persiguió quien hizo de la vida intelectual el motor de su vida.

Clave también central para el desciframiento de la obra de Mario de la Cueva, su minucioso interés por la obra de Hegel descubre uno de los temas más reveladores de su posición ideológica y de su camino hacia Marx.

Hegel busca primeramente la idea del estado en sí y por sí, independientemente de sus manifestaciones concretas, la idea del estado en su evolución histórica, el patrimonio político de cada generación que se va perfeccionando hasta integrar la manifestación suprema del espíritu objetivo, la expresión política



plena de la razón de la tierra... El estado es la peregrinación de dios por el mundo. Su poder es el de la razón, como voluntad que se realiza. Cuando se piensa en la idea del estado no debe traerse ante los ojos a estados determinados, sino que se debe considerar más bien su idea, este dios verdadero que es el estado... La idea —dice De la Cueva— es una fuerza viva destinada a realizarse, lo que implica que pensar en la idea del estado es plantearse la cuestión de su *por qué* o *para qué*. Hegel representa una especie de transpersonalismo cultural, porque, según su pensamiento y su convicción, la creación y la defensa de los valores de la cultura, son, al mismo tiempo, la defensa de lo mejor del espíritu, o bien, defender y acrecentar el patrimonio cultural del pueblo como su aportación a la historia universal, he ahí la esencia del estado.¹⁰

Quedan constantes en estas líneas preocupaciones primordiales de De la Cueva, el centro del debate con sus viejos profesores y sus deslumbramientos juveniles ante el imponente esfuerzo omnicompreensivo de Hegel quien, a su entender,

soltó las bridas de su pensamiento y construyó el último de los grandes sistemas de la filosofía idealista: Platón y el pensador de Stuttgart como los dos grandes genios de esa corriente que si *tal vez* no tiene de su lado la verdad, sí es la aventura más osada y más hermosa de la razón en su empeño por reducir el mundo a pensamiento puro.¹¹

Una suerte de herida interior no cicatrizada del todo, nostalgia de una armonía imperturbada de la fábrica de la razón, a causa de su aguda conciencia de la desigualdad social y sus perversos orígenes y consecuencias que, desde el ángulo teórico, mucho tienen que ver —al entender del maestro— con esa divinización del poder opresor, con esa quimérica pero letal *idea del Estado*, fantasma puesto a circular por brillantes cabezas académicas germánicas y la imposible vida en torres de marfil erigidas en el paisaje de las dolencias humanas, llevaron a De la Cueva al ajuste de cuentas del final de su vida con esas dos fuerzas

⁶ *Ibid.*, pp. 125-126.

⁷ *Ibid.*, pp. 133-414.

⁸ *Ibid.*, p. 269.

⁹ *Ibid.*, p. 241.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 274-275.

¹¹ *Ibid.*, p. 244.

contrarias que se disputaron su alma, en una tensión interior que también explica la riqueza y profundidad de su espíritu bondadoso y complejo.

Llegó, en consecuencia, a Marx porque quiso creer, con la impecable probidad de su inteligencia, que en esa obra crítica estaba

la idea que ha conmovido a nuestro mundo, cuyo destino, desde entonces, es el hombre desenajenado de todos los poderes espirituales y materiales, un mundo en que la tierra, el universo y sus riquezas sean el patrimonio común de todos los hombres y en el que la persona individual, al hacerse y perfeccionarse a sí misma, contribuya al engrandecimiento de la humanidad y ésta a su vez, contemple con alegría, satisfacción y orgullo el resultado del trabajo libre de sus generaciones.¹²

La realidad, su realidad mexicana, la de nuestros días que él ya no vio y que lo sublevaría sin duda, era, es otra:

dos sociedades entre las que no había puente: riqueza, lujo, ostentación, poder económico, social y político de un lado; y miseria, servidumbre y exclusión de los beneficios de la ciencia y de la técnica. Así era el espectáculo de aquella pesadilla de la humanidad, cuyas contradicciones se presentan todavía entre las grandes residencias de nuestras urbes y las ciudades perdidas, ahí donde se amontonan las familias en ausencia de las reglas mínimas de la dignidad del hombre y de las normas esenciales para la preservación de la salud.¹³

Como no quiso cerrar los ojos ante esta desolación, aunque, como muchísimos otros doctos, hubiese podido, el sentido de su vida y de su obra se perfiló, con nitidez creciente, en la empresa ilustrada de abolición de las quimeras, que para él fueron las ideas que no sirvieran a la liberación del hombre. En Marx vio esa posibilidad definitiva de luchar por los sin-tierra-y-sin-riqueza, obsesivo tema de su ensayo sobre el Estado, en el que quiso declarar y aclarar cuál fue el camino recorrido por él entre sus libros, sus recuerdos, sus alumnos y las potencias de toda laya que miraba con aumentado recelo.

Se sumergió entonces en el estudio a fondo de Marx, cuya obra completa y los múltiples comentaristas acerca de ella llenaron muchos sitios de su biblioteca; el resultado fue el asombroso capítulo de su libro postrero, *La idea del Estado*, "Marx, torrente revolucionario de la justicia social", tan asombroso que consigna un largo debate sobre la libertad artística y el tema del arte por el arte. Pero, sin duda, la atracción mayor para De la Cueva en este su último esfuerzo de investigación fue el tema clásico de la extinción del Estado, precedido de la denuncia frontal. "El Estado es una institución clasista, de la clase en el poder para preservar sus privilegios, el instrumento del poder de la riqueza sobre los desheredados, los ejércitos y las cárceles del capital para los violadores de los mandamientos decretados por los dueños del poder."¹⁴ De la Cueva no podía ignorar —pero tampoco quiso subrayarlas— conocidas

atrocidades del "socialismo real". Al tomar distancia protestó que intentaba reivindicar la idea auténtica de los creadores del materialismo dialéctico y consignó, en las últimas páginas del ensayo, lo que encontraba en ellos:

La convicción de que las instituciones sociales, políticas y jurídicas y los sistemas económicos del pasado y del presente son injustos por naturaleza y la conciencia y la decisión de la acción revolucionaria que suprima la propiedad privada como fuente de explotación del hombre por el hombre, desenajene el trabajo y en un mundo ausente de dictaduras le devuelva su dignidad y libertad, a fin de que la persona humana, liberada ya de las cadenas de la economía, a la que convertirá en un proceso al servicio de todos los hombres, pueda hacerse a sí misma, buscar su perfección mediante el desarrollo integral de sus facultades y aptitudes y proyectarse en la historia nacional y en la cultura universal.

Sin duda no hay aquí nada más que un deseo vehemente, que resuena con ecos amortiguados por los vuelcos de la historia reciente; no obstante, es nada menos que el testamento ideológico del último De la Cueva, fiel al joven mexicano que, desde Berlín en 1931, tuvo el valor de dialogar con fantasmas, entre ellos el del Estado, al que conjuró en nombre de la libertad de los sin-tierra-y-sin-riqueza. ♦

Nota

Para la realización de este trabajo se consultaron los siguientes textos:

- Álvarez del Castillo, Enrique, "Mario de la Cueva";
- Carpizo, Jorge, "Pinceladas biográficas";
- Dueñas García, Javier, "Mario de la Cueva";
- Echeverría Ruiz, Rodolfo, "El legado de Mario de la Cueva";
- Farías Hernández, Urbano, "Remembranza de un maestro y un jurista excepcional";
- Flores Olea, Víctor, "Testimonio sobre Mario de la Cueva";
- Fuentes, Carlos, "Mario de la Cueva";
- García Máñez, Eduardo, "Datos biográficos del doctor Mario de la Cueva";
- García Ramírez, Sergio, "Mario de la Cueva, *in memoriam*";
- González Avelar, Miguel, "Partícula para una biografía";
- González Pedrero, Enrique, "Evocación del maestro De la Cueva";
- González Uribe, Héctor, "Mario de la Cueva, universitario ejemplar";
- Limón Rojas, Miguel, "Mario de la Cueva: un testimonio filial";
- López Aparicio, Alfonso, "Sobre el maestro Mario de la Cueva";
- Madrid Hurtado, Miguel de la, "Testimonio al maestro Mario de la Cueva";
- Martínez Báez, Antonio, "Mario de la Cueva";
- Marquet Guerrero, Porfirio, "Testimonio sobre Mario de la Cueva";
- Melgar Adalid, Mario, "Mario de la Cueva";
- Montaño, Jorge, "Mario de la Cueva y los apuntes de un estudiante";
- Muñoz Ledo, Porfirio, "Mario de la Cueva: un testimonio filial";
- Valadés, Diego, "En recuerdo del maestro Mario de la Cueva: un testimonio filial", en *Testimonios sobre Mario de la Cueva*, UNAM, 435 pp., 1982.
- Cueva, Mario de la, *Derecho mexicano del trabajo*, Porrúa Hermanos, primer tomo, México, 1943.
- *La idea del Estado*, UNAM, México, 1975, 414 pp.
- *Prólogo al pensamiento de la juventud en el IV Centenario*, UNAM, México, 1953, 325 pp.

¹² *Ibid.*, p. 293.

¹³ *Ibid.*, p. 297.

¹⁴ *Ibid.*, p. 377.

Las crónicas de cuatro poetas del modernismo: fuentes para su estudio

FLORENCE TOUSSAINT

Durante los años que van de 1876 a 1910 se editaron en la capital del país 576 publicaciones periódicas. De éstas, 100 fueron diarios.¹ Todos ellos, continuando la tradición periodística mexicana que se inicia con la primera *Gaceta de México* en 1722, ponen sus páginas a disposición de los escritores para que en ellas den a conocer sus producciones. Los literatos hacen sus primeras armas en publicaciones periódicas e, incluso paralelamente a su labor literaria, llevan a cabo un intenso quehacer periodístico. En el caso de los escritores más destacados, sus obras poéticas o novelísticas son generalmente editadas después en libros. Sin embargo, sus creaciones ensayísticas y sus crónicas continúan en gran medida dispersas en las publicaciones en donde vieron la luz por primera ocasión. Muchos de ellos fueron grandes cronistas y le dieron brillo a este género, lo desarrollaron y convirtieron en parte de la fronda del bosque literario nacional.

La crónica

Los diccionarios, así como la mayor parte de los autores contemporáneos, insisten en definir a la crónica como un género periodístico. El asunto, de por sí polémico, es válido a partir del surgimiento del periodismo moderno, ya que la crónica como tal aparece antes de que nazca la prensa.

La crónica ha sido instrumento de historiadores que dejaron testimonio directo de hechos de trascendencia evidente; la crónica también criticó los usos y costumbres de su época. En este caso se confunde con el cuadro de costumbres, con la mera sátira sin intención informativa; es una forma narrativa usada hace siglos, se podría remitir fácilmente a los satíricos latinos como Juvenal y enlazarla con el periodismo de este siglo.²

En el siglo XIX la crónica fue patrimonio de los escritores, quienes asumieron la publicación en diarios y revistas como una

vertiente de su quehacer. La separación entre periodista y literato es fruto de la profesionalización del primero, operada ya bien entrado el siglo XX, y del surgimiento de un personaje, antecedente del reportero actual: el *reporter*, cuyo trabajo consistió en despojar al periodismo de sus aspectos literarios y dejarlo en un mero reporte conciso y preciso de la actualidad. Los periodistas decimonónicos no fueron otros que los escritores. Sea que hayan cultivado la novela, el ensayo o la poesía, en la biografía de casi todos existen artículos, crónicas y críticas aparecidas en periódicos. El hecho de que el destino de su obra fuese una publicación periodística no modificó ni la intención ni el aliento literario con que estos escritores asumieron su actividad creativa. En rigor, durante el siglo XIX no existió la separación entre literato y periodista; ambos eran uno y lo mismo. La mayor parte de los grandes periodistas fueron a la vez literatos y viceversa. También incursionaron en la historia y en la política. Los escritores, de Fernández de Lizardi a Salvador Díaz Mirón, pasando por Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Francisco Zarco, José Tomás de Cuéllar, Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, Luis G. Urbina, descollaron en algún ámbito literario y simultáneamente practicaron el periodismo, dirigieron o coeditaron diarios, usaron su conocimiento y habilidad en el manejo del lenguaje para dejar testimonio de su época, para polemizar sobre asuntos de actualidad, para criticar o aplaudir el devenir político y el cotidiano. Y en esta labor menuda, de todos los días, pusieron tanto arte como en la escritura de novelas y poemas.

Para Julio Torri, la crónica es esa "deliciosa tierra de nadie habida entre las trincheras de la literatura y el periodismo..." Carlos Monsiváis, en su *Antología de la crónica en México*, señala: "Idealmente en la crónica priva la recreación de atmósferas y personajes sobre la transmisión de noticias y denuncias" y no duda en afirmar que se trata de recreaciones literarias.

Sin embargo, mientras la poesía ha sido objeto de rescate, publicación en libros, antologías, estudios y ensayos, por lo general la prosa de los poetas permanece ignorada. En el caso de los autores de que nos ocuparemos, sus crónicas, ensayos, artículos e incluso cuentos —cuando los escribieron— han sido escasamente salvados del olvido por medio de ediciones que recopilan material disperso en

¹ Florence Toussaint Alcaraz, *Escenario de la prensa en el Porfiriato*, Fundación Manuel Buendía-Universidad de Colima, México, 1989, p. 11.

² Gustavo García, "La crónica", en *La condición de periodista*, UAM-X, México, 1988, p. 66.

periódicos y revistas. Si la existencia de compilaciones es magra, por lo que toca al análisis de la prosa nos encontramos ante un vacío apenas paliado por algunos libros, cuya edición es de todos modos antigua y puede considerárseles fuera de circulación.

Los autores

Manuel Gutiérrez Nájera, Luis G. Urbina, Salvador Díaz Mirón y José Juan Tablada son autores cuya obra más conocida y antologada ha sido la poética. Pertenecientes a una generación conocida como la de los modernistas, a la vez escribieron ensayo y crónica colaborando así al desarrollo de estos géneros y al brillo del periodismo de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Los cuatro dejaron obras dispersas en las páginas de los periódicos. En *La Libertad* Gutiérrez Nájera, en *El Partido Liberal* Gutiérrez Nájera, Luis G. Urbina y Salvador Díaz Mirón, y en *El Imparcial* Salvador Díaz Mirón y José Juan Tablada.

Manuel Gutiérrez Nájera nace en 1859 y desde muy joven comienza su carrera literaria y periodística. Publica en los diarios liberales de la capital y forma parte de la brillante pléyade de la revista *El Renacimiento* en su segunda época. Se le considera heredero de Ignacio Manuel Altamirano en lo que respecta a la crónica, y precursor del modernismo. Parte de sus crónicas fueron recogidas en antologías. Pero su extensa obra, a pesar de que este autor sólo vivió 36 años, merece ser rescatada y su prosa dada a conocer para que se vuelva tan popular como su poesía.

Sus cuentos, artículos y crónicas lo afirman como uno de los primeros prosistas mexicanos verdaderamente personales... Abundante en recursos de ingenio y de un humor tan agudo como bondadoso... a cien años de distancia es tan ágil y fresco como lo mejor que se escribe actualmente, y en el arte de disfrutar la literatura admite muy pocos parangones: Novo y Monsiváis son dos de sus escasos rivales.³

Manuel Gutiérrez Nájera es el poeta, entre los considerados modernistas, cuya prosa goza de mayor reconocimiento. Ello parece natural si consideramos que también es el autor más prolífico de cuentos, crónicas, ensayos y "otras narraciones". En la Biblioteca Nacional se encuentran los volúmenes:

Cuaremas del duque Job y otros artículos, selección y prólogo de Francisco González Guerrero, Chapultepec, México, 1946; *Cuentos color de humo*, prólogo de Francisco Montaner, Stylo, México, 1942; *Cuentos completos y otras narraciones*, prólogo, edición y notas de E. K. Mapez, estudio preliminar de Francisco González Guerrero, FCE, México-Buenos Aires, 1958; *Cuentos, crónicas y ensayos*, prólogo y selección de Alfredo Maillfert, UNAM, México, 1940; *Cuentos y crónicas*, Cumbre, México, 1969; *Hojas sueltas; artículos diversos*, prólogo de Carlos Díaz Dufoo, Antigua Imprenta de Murguía, México, 1912.

La mayor parte de éstas son ediciones agotadas. La más reciente es de la UNAM y corresponde a 1973. El prólogo, escrito por Alfredo Maillfert, es anecdótico y está lejos de constituir un verdadero estudio crítico. Recientemente, el Instituto de Investigaciones Bibliográficas publicó una antología preparada por Irma

Contreras. La lectura de este libro nos enfrenta a la prosa ágil de Gutiérrez Nájera, que no envejece al paso del tiempo. El rescate que realiza la autora es, sin embargo, limitado. Se trata únicamente de crónicas publicadas en el periódico *El Universal* y recopiladas antes por el norteamericano Boyd G. Carter en un libro editado por la Universidad de Missouri. Quedan pues crónicas, ensayos y artículos aparecidos en *La Libertad* y *El Partido Liberal* aún por analizar.

Luis Gonzaga Urbina nació en el Distrito Federal en 1864. Al igual que a Gutiérrez Nájera, se le conoce más por su poesía que por la prosa que dejó escrita en periódicos y revistas. Sin embargo cultivaba con maestría otros géneros, y por su afinidad con Gutiérrez Nájera se le considera su heredero directo. "En la abundantísima obra en periódicos queda, en su mayor parte inédita, la labor de cronista de Urbina."⁴

Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria y en sus años mozos ingresó como redactor al periódico *El Siglo XIX*, perteneció al grupo de escritores de la *Revista Azul* y fue colaborador de *El Imparcial*.

En el caso de Luis G. Urbina, considerado discípulo de Gutiérrez Nájera, el panorama bibliográfico es similar. En los anaqueles de la Biblioteca Nacional se encuentran las ediciones:

Crónicas, prólogo y selección de Julio Torri, UNAM, México, 1950; *Crónicas cromáticas*, selección y prólogo de Carrie Odell Muntz, Instituto Lingüístico de Verano, México, 1954; *Cuentos vividos y crónicas soñadas*, Eusebio Gómez de la Puente, México, 1915.

Ninguna de las obras anteriores contiene prólogo o introducción que constituya un estudio crítico. De ellas la que se acerca más a este propósito es la escrita por Julio Torri al libro *Crónicas*, publicado por la UNAM en 1950. En ella Julio Torri se refiere a Urbina de la siguiente manera:

sus crónicas revelan el dominio más completo del oficio. Están escritas de una sola vez con maestría absoluta. Los pensamientos se van presentando y desarrollando como en una conversación, de modo cabal y completo en una curva armoniosa que permite contemplar su desenvolvimiento natural.

Salvador Díaz Mirón nació en Veracruz en 1853 y desde muy joven se inició como poeta. Incursionó también en la política y pasó de crítico del régimen y diputado opositor a director del periódico *El Imparcial* durante la usurpación de Huerta. En poesía pasó del romanticismo furibundo, practicado en su juventud, al modernismo. Ejerció el periodismo; mostró en periódicos y revistas su talento para la prosa y en especial para la crónica. Sólo una parte de ésta ha sido rescatada y editada en libros.

Salvador Díaz Mirón, cuya obra poética ha sido antologada, analizada, valorada en todos sus matices y toda su importancia, fue también prosista. Dirigió periódicos y escribió en ellos artículos, ensayos y crónicas. En el fichero de la Biblioteca Nacional aparece solamente el libro *Prosa*, compilación, prólogo y comentarios de Leonardo Pasquel.

José Juan Tablada nace en 1871. A los 20 años ya era redactor del periódico *El Universal*, fundado por Reyes Espíndola, mismo editor que daría a las prensas *El Imparcial*. También desde muy joven escribió poesía y transitó sin mucha dificultad hacia el modernismo. Hay autores que lo señalan como el verdadero re-

³ José Joaquín Blanco, *Crónica de la poesía mexicana*, Posada, México, 1987, p. 84.

⁴ *Diccionario de escritores mexicanos*, UNAM, México, 1967, p. 388.

novador. José Emilio Pacheco, en su *Antología del modernismo*, señala: "...singular destino el de Tablada: inició el modernismo en 1894 y la vanguardia en 1919".

A lo que hay que añadir —afirma José Joaquín Blanco— que tanto en verso como en prosa narrativa y ensayística, desde los veintes Tablada fue uno de los más complejos e influyentes creadores del nacionalismo cultural del México posrevolucionario.⁵

Como todos los autores anteriormente mencionados, Tablada es más conocido por su poesía que por su prosa, aunque no pueda decirse que la segunda sea menos abundante que la primera o de menor calidad. En la Biblioteca Nacional existe el volumen *Tiros al blanco*, compilación de algunos de sus textos publicados en *El Imparcial*, hecha en 1909 por el mismo autor y editada por León Sánchez, y una versión moderna de este volumen con el pie de imprenta de la UNAM, con un prólogo de Jorge Ruedas de la Serna, quien ubica la obra y actitud política de Tablada durante los años finales del Porfiriato y la usurpación huertista. Asimismo, cada artículo lleva notas aclaratorias sobre personajes y hechos, sobrentendidos y alusiones de Tablada. Con ello el lector contemporáneo entiende mejor el contenido de estos artículos, entre los cuales hay crónicas muy notables.

Las fuentes

Para rescatar las crónicas son fuente indispensable tres periódicos porfiristas en los cuales, según las noticias que tenemos, publicaron los autores mencionados:

Éstos son: *La Libertad*, *El Partido Liberal* y *El Imparcial*. Los tres, con diferentes modalidades, estilos y tiempos, se propusieron justificar y defender el régimen de Porfirio Díaz. *La Libertad* nace en enero de 1878 con Justo Sierra como director. Sus colaboradores habían sido iglesistas y por lo tanto combatieron el intento de Tejada de asumir la Presidencia. En sus primeros tiempos *La Libertad* emprendió una campaña en contra de la Constitución de 1857 alegando que sus preceptos no eran adecuados a la realidad social del país. Señalaba: "...no creemos en los derechos individuales absolutos". Propugnaba además por el surgimiento de un "poder central fuerte" y un Estado dotado de "todo el vigor que reclama la larga y dolorosa experiencia de medio siglo de perturbaciones civiles".

En las páginas de *La Libertad* la literatura tuvo un espacio que llenaron escritores como Gonzalo A. Esteva, José Tomás de Cuéllar y Manuel Gutiérrez Nájera. Este último continuó la labor que había desempeñado en los periódicos *El Porvenir*, *El Federalista*, *El Liceo Mexicano*, *El Nacional* y *El Universal*, y que más tarde continuaría en *El Partido Liberal*, diario del cual fue incluso jefe de redacción.

El Partido Liberal se fundó el 15 de febrero de 1885. Al frente del mismo quedó José Vicente Villada, político del grupo tuxtepecano, quien luego sería gobernador del Estado de México. Lo sucedió en la dirección Apolinar Castillo. De corte mucho más oficioso que *La Libertad*, se dedicó a apuntalar el régimen de Porfirio Díaz. Detalla así su propósito:

El Partido Liberal procurará por cuantos medios estén a su alcance ayudar al gobierno en su empresa de lenta reorganización y robuste-

cimiento. Convencido de que las discordias intestinas son heraldos de muerte, respetará a la autoridad profundamente, siempre que esa autoridad sea la viviente encarnación de sus principios. ¿Quiere esto decir que vamos incondicionalmente con el gobierno? No, sino que el gobierno va con nosotros, a la cabeza del partido liberal.⁶

En este periódico publica un grupo de escritores, entre los cuales se encontraban aquellos que formarían la escuela denominada modernista: Manuel Gutiérrez Nájera, Luis G. Urbina, Manuel José Othón y Salvador Díaz Mirón.

El Imparcial nace en 1896 y con su aparición se conmueve el mundo periodístico. Los grandes adalides del liberalismo, surgidos a mediados de siglo, *El Monitor Republicano* y *El Siglo XIX*, desaparecen al verse imposibilitados a competir con un diario provisto de moderna maquinaria y del total apoyo financiero y político del gobierno. También fueron borrados de la escena aquellos periódicos oficiales que se quedaron sin subsidio cuando el régimen decidió concentrar sus dádivas en un organismo de prensa que garantizara incondicionalidad, además de tirajes por arriba del promedio de la época y amplia penetración entre el público letrado, aspectos que no alcanzaban otros periódicos.

A pesar de su pragmatismo, del abandono del periodismo decimonónico de combate y del privilegiado sitio de la noticia en detrimento del editorial, el ensayo y el artículo, *El Imparcial* conservó un lugar en sus columnas para la literatura, y un importante sector de las buenas plumas nacionales colaboró en sus ediciones. Algunos fueron coeditores del diario, tal es el caso de Carlos Díaz Dufoo; otro llegaron a la dirección, como Salvador Díaz Mirón. Por ello, los volúmenes de *El Imparcial* recogen obras de escritores modernistas que esperan ser recopiladas y estudiadas críticamente.

Dice José Emilio Pacheco: "...el Porfiriato no produjo al modernismo, como podría sostener un determinista; pero, naturalmente, el modernismo estuvo condicionado por el Porfiriato, y lo que es peor, casi todos los modernistas fueron huertistas".⁷ José Joaquín Blanco en su *Crónica de la poesía mexicana*, quiere explicar tanto la postura política como la literaria de los poetas que escriben a fines del siglo XIX y principios del XX por "el fracaso del proyecto liberal". Y dice:

De la total banalidad neoclásica, la poesía mexicana surgió con el romanticismo como un apostolado para la integración, la defensa y la creación institucional de la patria: en el momento en que tuvo muchas oportunidades de acción —en que fue libre— la poesía mexicana romántica logró una actitud vigorosa que todavía existe en la sociedad; luego conforme esas oportunidades quedaron coartadas por la verticalidad de la dictadura, el poeta y la poesía se parapetaron primero en el reino del sentimiento y luego en el del culto al lenguaje, hasta desentrañarse del país en busca de espacios más respirables en Japón, Francia o los Estados Unidos.⁸

La prosa, y especialmente la crónica, otorga menos oportunidades al escritor para "desentrañarse" o eludir las realidades del momento. Sin embargo, en ella no están ausentes esas influencias extranjeras y quizás tampoco el desencanto del que habla Blanco. ♦

⁶ *El Partido Liberal*, 15 de junio de 1890.

⁷ José Emilio Pacheco, *Antología del modernismo*, UNAM, México, 1970, p. XVII.

⁸ José Joaquín Blanco, *op. cit.*, p. 48.

⁵ José Joaquín Blanco, *op. cit.*, p. 48.

La política exterior de México en una época de cambio

PEDRO GONZÁLEZ OLVERA

Durante mucho tiempo se manejó la idea de que, en sus relaciones con el exterior, México se apoyaba exclusivamente en principios conformados al calor de diferentes momentos de su historia; sobre todo en aquéllos con los que se había visto obligado a defender una participación soberana e independiente en el escenario mundial: no intervención, solución pacífica de las controversias y autodeterminación de los Estados. Con esta perspectiva, parecía que nuestro país no tenía otra aspiración internacional que lograr la plena realización de los principios enunciados en los vínculos entre Estados. No se hablaba de la defensa de intereses nacionales, aunque la realización de dichos principios constituyera, justamente, la esencia del interés nacional.

Ahora las cosas están cambiando. Sin que eso signifique que hemos entrado en el pantanoso terreno de las teorías del realismo político se reconoce sin ambages que México tiene intereses nacionales que promover y proteger, mismos que no son incompatibles con el manejo de los principios históricos sino, antes bien, complementarios.

Lo anterior queda de manifiesto en el ensayo de Andrés Rozental que con el título *La política exterior de México en la era de la modernidad*, acaba de publicar el Fondo de Cultura Económica, como parte de una amplia colección de 26 volúmenes sobre temas nacionales.

El libro presenta y resume la estrategia y las principales acciones que en materia de política exterior se ejecutaron durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari. Rozental sostiene que en "los años de la administración del presidente Salinas la posición internacional de México sufrió transformaciones de primer orden". Para establecer la historia de esos cambios, el autor parte de, al menos, tres tesis:

1) La defensa de la soberanía es el *leit motiv* de la actual acción externa de México, del mismo modo que lo ha sido en el pasado. No

obstante, su defensa adquiere matices y modalidades de acuerdo a las circunstancias de cada momento histórico. Si en el siglo pasado la defensa de la soberanía se dirigió a preservar la integridad territorial, en el presente se busca alcanzar las aspiraciones de paz y de bienestar económico y social que sostienen los mexicanos.

2) Hay una clara conjugación entre principios históricos y promoción de objetivos precisos, cuyo logro está llevando, a su vez, a la reinserción favorable de México en el contexto mundial y a la consecución de beneficios concretos para el desarrollo de nuestro país. Los objetivos contenidos en el Plan Nacional de Desarrollo constituyen la guía de toda la estrategia mexicana de política exterior.

3) Para cumplir con sus objetivos (en primer término el de la preservación de la soberanía) fue necesario poner en marcha una estrategia que, al mismo tiempo, mantuviera una buena dosis de activismo y diversificara las opciones de cooperación, en todos los ámbitos, con la mayor cantidad de países y regímenes actualmente existentes en el mundo.

Estas tesis se tradujeron en la delimitación de las áreas de más peso en el quehacer diplomático mexicano: a) el establecimiento de un sistema de seguridad colectiva, legítimo y transparente —se entiende, no hegemónico— basado en el derecho internacional; b) la reanimación de la cooperación internacional para enfrentar el problema de la pobreza extrema, hoy en un segundo plano debido a los intereses de las grandes potencias económicas; c) la consolidación de un nuevo sistema de comercio mundial abierto que beneficie a todos los países equitativamente; d) la adopción de acuerdos para la protección del medio ambiente, bajo el principio de que quienes más contaminan sean quienes más aporten a la solución del problema; e) el establecimiento de un régimen internacional de combate eficaz y total al tráfico y consumo de drogas ilícitas; f) la formación de un

nuevo consenso mundial para la promoción de los derechos humanos, y g) la defensa y promoción del derecho internacional como base de sustento de una nueva estructura internacional en la era de la posguerra fría.

Así las cosas, nos dice Andrés Rozental, establecidas la filosofía y la mecánica, e identificada plenamente la plataforma en la que se movería la diplomacia mexicana, se pasó a la toma de decisiones y a las acciones concretas. Las principales de ellas se fijaron de manera bien delimitada: replantear las relaciones con los Estados Unidos; promover una más estrecha relación con América Latina, Europa y la Cuenca del Pacífico; intensificar los vínculos con los países que tienen relevancia en la escena internacional y que, por sus coincidencias con la política mexicana, pueden considerarse claves: Canadá, Japón, China, Corea, Alemania, Francia, España, Italia, Inglaterra y, ya en el subcontinente, Chile, Colombia, Venezuela y Cuba; finalmente, desarrollar una extensa participación en los foros multilaterales, tanto regionales como universales. Por cierto, debe aclararse que no es ésta una enumeración de mayor a menor relevancia. En el contexto de multidireccionalidad se llevaron acciones de manera simultánea en todos los niveles.

Evidentemente, para lograr los objetivos de la nueva estrategia de política exterior, era necesario un certero diagnóstico de lo que estaba pasando en el planeta. De hecho, coincidiendo con el inicio de la nueva administración en México, la geopolítica mundial empezó a tener severos estremecimientos, toda vez que en febrero de 1989 sobreviene en Hungría la medida que va a significar el principio del fin del sistema socialista en Europa del Este, dinámica que incluso alcanzará a la Unión Soviética.

No se detuvo allí la dinámica de los acontecimientos. Los cambios empezaron a multiplicarse y a adquirir una velocidad vertiginosa, dando un nuevo aspecto al sistema internacional. Se acabó el bipolarismo y, con él, la guerra fría. En contrapartida, comenzó a hablarse de un nuevo orden internacional, de un multipolarismo económico, de dividendos para la paz, de una nueva agenda mundial y de varias otras cuestiones. Era como si se hubiera abierto una caja de Pandora: de repente aparecieron explosiones violentísimas de nacionalismo excluyente, xenofobia, imposición de barreras no arancelarias al libre comercio, formación de bloques económicos regionales y, afirma el autor, un nuevo reparto de las zonas

de influencia y de responsabilidades internacionales, como quedó de manifiesto en el desmembramiento de Yugoslavia. Además, hubo que hacer frente a nuevas formas de intervencionismo, sintetizadas en el mal llamado derecho de injerencia. Desde luego, esto no fue todo. En América Latina tenía lugar un proceso de modernización económica, a la par que se alcanzaban la consolidación y perfeccionamiento de la democracia en la mayor parte de las naciones del continente.

Estos fenómenos, a veces traumatizantes y propiciadores de gran incertidumbre, hicieron más que notoria la necesidad de una política exterior que a la vez atendiera varios frentes y sacara el máximo provecho de sus vínculos con el mundo, no sólo en el sentido del desarrollo económico sino más bien, en primer lugar, en la defensa de los principios básicos y del derecho internacional. Se trataba, de acuerdo con Andrés Rozental, de "adoptar un enfoque de gran flexibilidad y pragmatismo, ante un escenario mundial que permitía vislumbrar cambios acelerados y profundos" (p. 51). La diversificación consistió, en este sentido, en diseñar, ejecutar y continuar un conjunto de acciones que permitieran reafirmar la presencia de México en diversos puntos del planeta.

De acuerdo al subsecretario de Relaciones Exteriores, "la intención más concreta era la de disminuir el riesgo de caer en una posición de vulnerabilidad frente a un país o grupo de países, por haber concentrado los intereses nacionales ante éstos" (p. 42). Es im-

portante señalar que la estrategia requirió ajustes o modificaciones según fueron sucediéndose los acontecimientos. Se trataba de no quedar al margen de la dinámica mundial, para lo cual se agregaron o se retiraron elementos de la propuesta mexicana original en política exterior, de acuerdo con las transformaciones que sufría el sistema internacional.

Desde esta perspectiva, deben analizarse medidas como el establecimiento de un nuevo tipo de relación con los Estados Unidos, según áreas de interés, de manera que un conflicto en una de ellas no interfiriera en las demás; el acercamiento con Canadá, nación con la que se había mantenido una política de bajo perfil; la decisión de formar un tratado trilateral de libre comercio con estos dos países; el estrechamiento de los vínculos con Europa; la presencia activa y de pleno derecho en todos los foros de la Cuenca del Pacífico; la nueva fórmula, de etapa por etapa, para lograr la integración con América Latina y, por ende, la firma de acuerdos de libre comercio con Chile, Costa Rica, Colombia y Venezuela y la negociación de varios más; la fundación de la Conferencia Iberoamericana que intenta establecer lazos de unión entre América Latina y Europa, vía España, y Portugal; el establecimiento de relaciones con el Vaticano; el ingreso de México a la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico; la búsqueda de una reforma de la ONU y la OEA para que respondan mejor a los cambios internacionales y la modernización del Servicio Exterior Mexicano a través de una

mayor profesionalización de sus miembros y su constante actualización.

En todos esos escenarios, México se encuentra presente. Su política exterior plantea iniciativas, hace propuestas, se mantiene dinámica. Además, busca fortalecer la soberanía nacional y contribuir al desarrollo económico y social nacional. Para Andrés Rozental, todavía se espera mucho de México en el plano internacional.

No debe olvidarse, como ha dicho otro profesional de la política exterior, que nuestro país es a la vez parte de América del Norte y América Latina; ve hacia el Pacífico y el Atlántico; es una bisagra entre el norte desarrollado y el sur en vías de desarrollo; y es el promotor más activo de la paz y el derecho internacional. De ahí que sean muchos y diversos los retos y desafíos que los mexicanos tendrán que enfrentar, por decisión propia, en el campo de las relaciones internacionales. Para lograrlo con éxito, debemos poner por delante los principios de nuestra política exterior y la adecuada promoción de los intereses nacionales, sostiene Andrés Rozental.

Sin duda, de cara al futuro ésta deberá ser la fórmula de la política exterior mexicana, sobre todo si la inestabilidad y la incertidumbre siguen siendo factores principales de la sociedad internacional. ♦

Andrés Rozental: *La política exterior de México en la era de la modernidad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993. 198 pp.

Eros en las cartas de Rafael Cabrera a Julio Torri

SERGE I. ZAÏTZEFF

Como todo poeta de temperamento romántico, Rafael Cabrera (1884-1943) cultivó con cierta tristeza y melancolía el tema del amor. La mayor parte su poesía es lírica y subjetiva, como lo revela su único poemario *Presagios* (1912), libro que recoge composiciones tempranas publicadas en su Puebla natal y en la capital. Esa misma tendencia caracteriza sus únicas narraciones,¹ las cuales

recuerdan a Manuel Gutiérrez Nájera por su perspectiva poética y su tono de desilusión. Tanto en su poesía como en su prosa, Cabrera se distingue como un escritor de filiación modernista evitando los excesos de la época.

El gusto de Cabrera por la expresión poética y pulida se manifiesta claramente en los autores que escoge para sus traducciones: Aloysius Bertrand, Marcel Schwob y Maurice Maeterlinck. Además, su importante labor como traductor confirma la fascinación que Eros iba ejerciendo en él. Primero, en 1917, se interesa en el *Cantar de los cantares* y luego,

en 1918, ofrece a los lectores de *Cvltvra* su versión de parte de la *Anthologie de l'amour asiatique* (1906) de Adolphe Thalasso. Escoge los ejemplos más representativos de esos "cantos extraños y turbadores" y recomienda una actitud comprensiva y libre de prejuicios porque se da cuenta de que el erotismo de esos poetas puede resultar desconcertante. Los temas un tanto esotéricos siempre sedujeron a Cabrera, quien poseía una rara curiosidad intelectual y un criterio excepcionalmente amplio.

Esa atracción hacia el amor erótico se intensifica con su traslado a Roma en marzo de 1919 como segundo secretario en la Legación de México. Así lo demuestran sus magníficas cartas (todavía inéditas)² a su íntimo amigo, el escritor Julio Torri, con quien había trabajado

¹ "Por un libro", en *El Mundo Ilustrado*, 29 de enero de 1908 y "El canario de Elena", en *El Mundo Ilustrado*, 23 de febrero de 1908.

² Estas cartas se incluyen en nuestra edición de Julio Torri, *Epistolarios*, que aparecerá próximamente publicada por la UNAM.

en la Dirección General de Bellas Artes además de haber colaborado en la colección Cvltvra. Desde un principio Cabrera le manda libros de interés común —*La Magie de l'amour* de Camille Maclair y las cartas de mujeres a Casanova— y sobre todo aparece su fascinación por las mujeres italianas, lo mismo las lavanderas que las bañistas. Enseguida se siente irresistiblemente atraído por su voz, su mirada y su belleza.

Aquel mundo eminentemente sensual lo seduce, y siguiendo los consejos de otro amigo suyo, el poeta Efrén Rebollo (‘‘el más infatigablemente erótico de nuestros semidioses’’), y de Oscar Wilde, peca para no tener tentaciones. A Torri le revela los momentos más sobresalientes de sus aventuras y lo guía por esas calles llenas de peligro involucrándolo en la acción. Dice:

Vas por la *Via dei Condotti* o por el *Corso Umberto I* [...] y cada milímetro encuentras una ocasión de pecar [...] oírás una voz grave, ronca, velada [...] y tú vas magnetizado por unos ojos de brasa, por unas caderas perfectas, y por unos senos que marcan sobre el ligerísimo vestido los pezones erectos. Y vas...

Cabrera sabe que su privilegiado lector saboreará esas cartas y por eso lo hace ver, oír y sentir sus experiencias eróticas. Y para aumentar el efecto de su narración, la interrumpe abruptamente, como en su descripción de una escena en la notoria casa de la señora Amalia, con una joven de gran belleza que se vale de un simulacro porque pronto se casará y tiene que ser virgen. Como en las novelas de folletín, Cabrera promete algo aun mejor en su próxima carta. Lo cierto es que en pocos meses ha tenido una impresionante vida amorosa que debe haber provocado la envidia de su compañero, también muy devoto de las aventuras galantes.

En Italia, el temperamento sensual de Cabrera florece tanto en el contacto con su arte y literatura como con sus mujeres. Le encanta la actitud sincera y apasionada de las italianas ante el amor (‘‘Aman el goce inmediato’’), tan diferente del romanticismo dulzón que prevalecía en México y que lo irritaba enormemente. En aquellas tierras de Boccaccio, Cabrera encuentra la felicidad y se entrega al placer. En realidad todo le interesa —una ‘‘pecadorcita anónima’’ igual que un fresco de Rafael— y todo se lo quiere comunicar a Torri.

Las ricas experiencias de Cabrera, quien exhibe un agudo sentido de observación, producen unas cartas que son verdaderas páginas de novela. Tal es la descripción de la presencia

de un fraile en una casa de tolerancia. Se mantiene el interés narrativo y se sugiere todo un episodio ilícito mediante la brevedad y la ironía, virtudes muy apreciadas por Torri. Ambos autores coinciden también en su gusto por el fragmento y por la idea de no agotar un tema. En pocas líneas el espectador que se encontraba allí por ‘‘mera coincidencia’’ traza una sugerente estampa. La más de las veces, sin embargo, Cabrera es el actor de esos encuentros eróticos que llenan las hojas de esas cartas, las cuales se leen como mini-narraciones. Como lo reconoce él mismo, se agudizan considerablemente los sentidos en esa zona de pinos, cipreses y frutas, algunas de las cuales ‘‘dejan un resabio parecido al de ciertos besos de mujer’’. Aunque es evidente que le es imposible resistir a las tentaciones de la carne, a veces ese erotismo es sustituido por un romanticismo ideal reminiscente de sus años juveniles. Así, en una esplendorosa noche de verano, se enamora desde su cuarto de una voluptuosa voz femenina que se convierte en la mujer de sus sueños y que como siempre se evapora. Está convencido de que su destino está en las manos de esa mujer pero al mismo tiempo confiesa con cierto humor que ‘‘no es decoroso salir al encuentro del Destino, en pijama, y yo estaba en pijama.’’ El romántico que es Cabrera tiene que conformarse con haber perdido una vez más un amor que imaginaba definitivo.

Con todo, no disminuye su incontenible admiración por las ‘‘adorables italianas de ojos húmedos, bocas criminales y carnes doradas, doradas, doradas...’’ En contraste con las mujeres de su país, que considera presas de la frialdad indígena y de la herencia española, las italianas viven y aman libremente sin el menor escrúpulo de orden moral. Disfrutan plenamente de la vida y del amor desconociendo las limitaciones impuestas por los dogmas religiosos. Ese paganismo vital resulta ser toda una revelación para ese poeta oriundo de una Puebla extremadamente conservadora y católica. En Roma descubre el amor espontáneo, natural y libre en una larga serie de idilios ilícitos que se complace en compartir con Torri, a quien siempre coloca en la acción. El hechizo que Italia ejerce sobre Cabrera también lo lleva a profundizar sus conocimientos acerca de la época de los Borgia, en particular acerca de algunas de sus mujeres más célebres, y a explorar las ruinas de la antigua Roma. Pero Eros no deja de acosarlo como se ve al final de una carta fechada el 30 de octubre de 1919: ‘‘Adiós Julio pérfido. El amor me llama. Ayer regresó de su viaje de bodas mi

novia, y se me ha recargado el trabajo. ¡Ah Julio!... no te imaginas el encanto que hay en tener a una muchachita rubia sobre las rodillas, que te mima y te habla en la más dulce de las lenguas...’’

Parece que, inesperadamente según las cartas de 1920, Cabrera tuvo que renunciar a esa vida de disipación luego de una grave enfermedad, sin que ello le impidiera enamorarse de mujeres jóvenes, bellas y con voz de contralto. Inclusive ‘‘el hombre más enemigo del matrimonio y más partidario del amor libre’’ —como se describe a sí mismo— podría sorprender a su corresponsal casándose en cualquier momento y así cometer la última locura. Se da cuenta de que por su culto a Eros ha sacrificado a las musas y ahora arrepentido piensa volver a sus versos y a proyectos sobre César Borgia, Maquiavelo e Isabella d'Este. De sus lecturas italianas saca para su amigo datos curiosos que le serán de interés, casi siempre relacionados con temas femeninos. También le obsequia reproducciones artísticas correspondientes a los gustos de ambos y le confía sus pensamientos acerca del amor, el cual puede ser cruel, aunque en su propio caso reconoce haber sido correspondido. No obstante, Cabrera es un poeta profundamente romántico y por lo tanto no ha podido realizar todavía su ideal. En el fondo, la posibilidad de lograr la felicidad le parece inalcanzable. Así formula su visión un tanto escéptica del mundo:

¿no te ha ocurrido que en el momento preciso en que tú vas en una *calandria*, entre maletas, rumbo a una estación de ferrocarril, contando angustiosamente los minutos, pasa una muchacha (delgada, pálida, de ojos graves) y clava un momento en ti su mirada profunda y límpida, y tú sientes que *esa y únicamente esa* es la que podría hacerte feliz; y la muchacha pasa, y tú sigues rumbo a la estación pensando en la que no conocías cinco minutos antes, idealizando un ‘‘sueño familiar’’ que no se realizará nunca, y con la certidumbre de que no la volverás a encontrar en la tierra?

Hastiado de sus aventuras frívolas, Cabrera sueña con una relación más firme y permanente. Convalesciente se refugia en la música y escribe unas cuantas cartas. Como no conserva copia de éstas —escritas ‘‘al correr de la pluma’’—, le pide a Torri un resumen de las que tiene con el fin de elaborar un tomo para la colección Cvltvra. Le interesa reunir notas misceláneas sobre Italia en textos donde prevalecería ‘‘la nota personal, a mi juicio breve, nerviosa y elegante’’. No cabe duda de que podría haber sido un libro de sumo

interés dada la enorme erudición de Cabrera, además de sus sabrosas experiencias personales dignas de un Casanova, personaje que le inspiraba una sincera admiración. No sólo tenía a su alcance un rico material sino que era dueño de un estilo claro y pulido. Estas cartas a Torri, más que las que le escribe a Alfonso Reyes³ antes y después de ese interludio romano, confirman la sensibilidad poética que demostró desde sus primeros escritos, así como su innegable don de narrador. El actor de esos episodios erótico-sentimentales capta el detalle preciso y da a esta especie de diario una vividez admirable. Esas cartas no podrían haber tenido un destinatario más perfecto que Julio Torri, quien estimaba y practicaba las mismas cualidades literarias que allí se exhiben y sobre todo vivía perseguido irremediablemente por Eros. Por eso Cabrera se deleita en hacerlo partícipe de sus envidiables aventuras sexuales. A su vez Torri le corresponde con cartas igualmente confidenciales que deben haber sido las más reveladoras y jugosas de su rico epistolario. De las muchas amistades que mantuvo Torri, la de Cabrera fue quizás la

más íntima, la más espontánea. A diferencia de Alfonso Reyes o de Pedro Henríquez Ureña, Rafael Cabrera se reveló enteramente a su compañero coahuilense contándole sin escrúpulos aspectos de su vida personal y éste hizo lo mismo. Desgraciadamente esta correspondencia tan prometedora ha quedado sumamente fragmentada.⁴

Las cartas de Cabrera que Torri guardó cuidadosamente entre sus papeles constituyen un valioso testimonio, único entre los epistolarios mexicanos que se conocen, de un hombre y su encuentro con Eros. En el México de esa época sólo su amigo Efrén Rebolledo se inspiró directamente en el erotismo para elaborar los doce sonetos de *Caro victrix* (1916), mientras que Alfonso Reyes y Julio Torri, ambos muy aficionados a los placeres de la carne, casi no aprovecharon en sus textos la riqueza de su vida amorosa. En el caso de Rafael Cabrera, aunque es cierto que no pudo dar textos definitivos, por lo menos podemos disfrutar esas cartas llenas de espontaneidad y vitalidad que vienen a ser como un himno a la belleza, a la mujer y a Eros. ♦

³ Próximamente El Colegio Nacional dará a conocer nuestra edición de la correspondencia entre Alfonso Reyes y Rafael Cabrera.

⁴ Sólo se han conservado dos cartas de Julio Torri a Rafael Cabrera.

UNIVERSIDAD

DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

NÚMERO EXTRAORDINARIO 1994

Ciudad Universitaria XL Aniversario

De venta en las librerías y en el
Sistema de Tiendas de la UNAM

y en las oficinas de la propia
revista:

Insurgentes Sur, 3744.

Tels: 666 3972,

666 3624

y FAX 666 3749

La Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA

NÚMERO 287

NOVIEMBRE DE 1994

Algunos apocalipsis

ARIDJIS: LEYENDA DE LOS SOLES • MONSIVÁIS: CIUDAD DE MÉXICO
IBARGÜENGOITIA: FIN DE ESTAS TRIBUS • LOIS PARKINSON ZAMORA:
APOCALIPSIS EN GARCÍA MÁRQUEZ • WILLIAM OSPINA: NAUFRAGIO DE
METRÓPOLIS • CASTAÑÓN: CRISTEROS • CHARLES PANATI:
EXTINCCIONES MODERNAS • LUCIEN BOIA: FIN DEL MUNDO, HISTORIA
SIN FIN • ANA GARCÍA BERGUA: LA APARICIÓN DE SANTA BRÍGIDA
NORMAN O. BROWN: DIONISIO EN 1990 • VASSILI ROZANOV: TIEMPOS
DEL FIN • CARMEN BOULLOSA: MILENARISMOS • VÍCTOR HERRERA: EL
EMBUDO • CONRADO TOSTADO: AUTOBÚS • KARL POPPER:
PRESOCRÁTICOS • POESÍA APOCALÍPTICA DE VICTOR HUGO, HOPKINS,
PACHECO, LIZALDE, M.M. VILLARREAL Y MERWIN



Laura Urdapilleta, artista plena*

ALBERTO DALLAL

Pocas actividades exigen e imponen una entrega tan intensa y tenaz como la danza clásica. Además de la incorporación del artista a las reglas del adiestramiento concentrado desde que es muy joven —a partir de la adolescencia o, preferentemente, desde la niñez—, la danza clásica no puede ser finalmente dominada si no se ha establecido una rutina cotidiana, una serie de ejercicios paulatinos y seguros, adscritos a una técnica o escuela reconocida; sólo al final de por lo

* Durante el mes de noviembre se celebró en Guadalajara, Jalisco, el Primer Concurso Nacional de Ballet. Gran acierto fue seleccionar a la primera bailarina Laura Urdapilleta como figura representativa del Concurso, "con el propósito de mantener vigente su ejemplar trayectoria y contribuir con ello a acrecentar la memoria histórica de las grandes figuras de la danza de nuestro país".

menos diez años de preparación puede el o la aspirante asegurar su presencia profesional en un escenario. Y a partir de su debut, no deben decaer ni su rutina ni sus horarios de trabajo, no obstante sumarse a su esfuerzo los ensayos y montajes, las funciones, temporadas y giras de presentación. A todo lo anterior, aquellos artistas que logran destacar —por preparación, por talento, por disciplina—, están obligados a asimilar los papeles que se les encomienda, a hacerlos suyos para "ir más allá" de lo que las obras señalan y las coreografías imponen como "básico" y normal en su correcto desenvolvimiento. Es decir, deben aprender a "hacerlas suyas" y a recrearlas ante el público.

Esta exigencia de "entrega total" —física, vocacional y mental—, referida a la danza clásica, indica claramente las causas por las

que las grandes figuras, las grandes estrellas del ballet llegan a ser tan admiradas, por una parte, pero resultan reducidas en número, por la otra. En efecto, históricamente, personalidades como Anna Pávlova, Vaslav Nijinsky, Alicia Markova, Margot Fonteyn, etcétera, se hallan rodeadas de un aura especial que a los ojos del público, de los lectores, de la gente adquiere tonos sorprendentes. Algo fuera de lo común han realizado estos artistas únicos, algo que se halla relacionado con esa noción de dramática totalidad que siempre descubriremos en sus biografías, en sus actitudes, en sus ejercicios, en sus proezas dancísticas. Son seres radicales, enemigos de las "medias tintas". Saben que en la danza clásica no bastan las aptitudes físicas porque hay que acondicionarlas y mantenerlas aptas; no basta el talento porque hay que sensibilizarlo a obras ya conocidas e interpretadas por artistas del pasado; no basta un fugaz éxito porque para repetirlo no deben cesar los empeños cotidianos; no son suficientes uno o pocos papeles porque el bailarín o bailarina sólo comprueba sus capacidades en el dominio de *esos* papeles que implican desafío, en el repertorio clásico, y aquellos otros papeles que van surgiendo en las creaciones de los nuevos coreógrafos. Y es que el lenguaje de la danza clásica se va adaptando a los tiempos nuevos sin que desaparezcan los papeles y las obras que marcan su madurez histórica.

En México, la danza clásica ha adaptado a la sensibilidad de un pueblo de grandes danzantes un lenguaje largamente desarrollado en los países occidentales. De ahí que las grandes figuras de este tipo de arte hayan sido pocas y, en su momento, mucho más notables. Desde la adaptación de la técnica clásica en los siglos XVII y XVIII, la danza clásica en México se convirtió en una base o apoyo para presentarla fundamentalmente en modalidades ajenas como la tonadilla escénica, la zarzuela, la revista, etcétera. Los artistas mexicanos de la danza clásica "pura" surgen plenamente en el siglo XX gracias, sobre todo, a su talento y a su capacidad de entrega. Son, por tanto, artistas que llevan en su haber una mayor responsabilidad y, por consiguiente, una mayor excepcionalidad. Una de estas pocas grandes artistas de la danza clásica mexicana —cuyo talento corroboraron también públicos y críticos extranjeros— es Laura Urdapilleta.

Nacida en la ciudad de Guadalajara el 2 de febrero de 1932, Laura Urdapilleta mostró sus inclinaciones artísticas desde pequeña. Estudió con diversos maestros que la acompañaron en los pasos iniciales de su adiestramiento. Su primera interpretación en



Laura Urdapilleta

el escenario fue el *pas de deux* de la mazurka azul del ballet *La cenicienta* (1944). Sus primeros maestros fueron Estrella Morales, Olga Escalona y Nelsy Dambri; debutó profesionalmente en diversas "puestas en danza" de grupos mexicanos pero llama la atención plenamente su actuación en la compañía de Markova-Dolin, en México, en 1947. Entre 1956 y 1963 fue la primera bailarina del Ballet Concierto, dirigido por Sergio Unger y Felipe Segura, compañía con la que viajó por la República mexicana. En 1958 participó en dos temporadas con el American Ballet Theatre estadounidense. Tuvo numerosas y variadas intervenciones en prolongados programas y series de danza en la televisión mexicana. En 1969 actuó en Los Ángeles, California, con la compañía de Michel Panaieff. En 1961 fue bailarina huésped del Ballet de Guatemala. Entre 1963 y 1980 fue la primera bailarina del Ballet Clásico de México, conjunto que pasó a ser la Compañía Nacional de Danza. En numerosas temporadas, giras y presentaciones desempeñó los papeles principales de, entre otras, obras como *Giselle*, *El lago de los cisnes*, *Coppelia*, *La fille mal gardée*, *Combate*, *Las sílfides*, *Cascanueces*, *Pas de quatre*, *Pas de deux de Don Quijote* y *Fausto*. Entre las distinciones y premios que ha recibido se cuentan: diploma de la Unión de Cronistas de Teatro y Música (1957), medalla de oro del INBA (1960), premio por su labor de difusión cultural otorgado por el canal 2 de televisión (1962), medalla de oro del gobierno de Jalisco (1965), premio Artista del Pueblo otorgado por el Departamento del Distrito Federal (1970), trofeo del Festival Internacional de Folklore de Guadalajara, Jalisco (1973), medalla del Festival Internacional de la Plata, Taxco, Guerrero (1974), medalla de oro por el Año Internacional de la Mujer, Campeche (1974), invitada a participar en el Festival Internacional de Ballet de Cuba (1973, 1976), Llaves de la ciudad de Córdoba, Veracruz (1978), invitada como observadora al Concurso Internacional de Ballet de Varna, Bulgaria (1979), diploma otorgado por los artistas de Guadalajara (1985), diploma del gobierno de Chihuahua por ayuda al desarrollo de la cultura en el Norte (1988) y diploma otorgado por la Universidad Autónoma Metropolitana (1988).

La enorme experiencia de Laura Urdapilleta está apoyada en sus realizaciones como ejecutante y maestra. Comenzó a dar clases en 1949. Como primera bailarina de las compañías en donde trabajó, fueron

reconocido su temperamento para la interpretación de papeles señeros del repertorio clásico y su enorme dominio de la técnica en ejecuciones de alto grado de dificultad.

Con el maestro Óscar Tarriba afinó la línea española y este afán de superación la hizo dominar papeles fogosos y de ataque franco y tajante. La vertiente mexicanista la llevó a interpretar con sorprendente sensibilidad puestas en danza como *Huapango* y *La luna y el venado*. Obras de fina tesitura, como *Las sílfides* y *Chopinianas*, también le permitieron imponerse como bailarina versátil, seria, consistente. Su profesionalismo la hizo trabajar eficazmente con coreógrafos de la talla de Anton Dolin, Ana Mérida, Michel Land, Joaquín Banegas y William Dollar.

Al retirarse como bailarina profesional volcó sus aptitudes, sus capacidades, su experiencia en el ejercicio de la enseñanza. En 1980 establece su Escuela de Ballet Clá-

sico en Ciudad Juárez, coadyuvando así a la preparación de nuevos cuadros en el norte de la República, apoyando la iniciación a la danza clásica a nuevos sectores de la población y difundiendo las características de este bello arte. Su seriedad profesional le impide publicitar sus merecimientos pero cualquier persona inteligente y sensible que entra en contacto personal con Laura Urdapilleta se da cuenta cabal de su calidad humana, profesional y artística. Las características de su personalidad le han permitido volcar sus conocimientos y su talento en un trabajo cotidiano, no exento de esfuerzos intensos, que expresan, antes que nada, su amor por la danza y su vocación de servicio. En muchas ocasiones la gente no sabe que recibe clases, se comunica, conversa o despeja incógnitas artísticas ante una de las figuras más auténticas, completas y de más firme trayectoria de la danza clásica mexicana. ♦



EL SISTEMA DE TIENDAS UNAM

lo espera en cualquiera de sus tres unidades,
de lunes a domingo de 9 a 20 hr.

ACATLÁN

Av. Alcanfores y Sn. Juan Totoltepec, Sta. Cruz, Edo. de Méx.

METRO C.U.

Circuito Exterior, frente a la Fac. de Ciencias Políticas y Sociales, C.U.

ESTADIO

Estacionamiento 9, atrás del Estadio Olímpico, C.U.

**COMPROMISO DE CALIDAD TOTAL
DE UNA EMPRESA UNIVERSITARIA**

Eugenio Aguirre (Ciudad de México, 1944). Licenciado en derecho y maestro en letras hispanoamericanas por la UNAM. En 1981 obtuvo la Gran Medalla de Plata de la Academia Internacional de Lutece, en Francia, por su novela *Gonzalo Guerrero*, y en 1989 el Premio Nacional de Literatura "José Fuentes Mares" por su novela *Pasos de sangre*. Es autor de las novelas *Jesucristo Pérez*, *El testamento del diablo*, *El rumor que llegó del mar* y *Elena y el laberinto de la lujuria*, entre otras, así como de cuentos, autobiografías, biografías noveladas y ensayos. Ha publicado en diversos periódicos y revistas del país.

José Antonio Aldrete-Haas (Tecate, Baja California, 1948). Maestro en estudios avanzados de arquitectura y en planeación urbana, y doctor en estudios urbanos por el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Fue profesor de la Universidad de Guadalajara, coordinador del doctorado en urbanismo en la UNAM y profesor invitado de la Universidad de Columbia y del MIT. Ha realizado el diseño y construcción de residencias, centros turísticos y viviendas multifamiliares en varias entidades del país. Ha publicado ensayos en las revistas especializadas *Estudios Sociológicos* y *Enlace*, entre otras. Es autor de *La deconstrucción del Estado mexicano*.

Ignacio Carrillo Prieto (Ciudad de México, 1947). Licenciado en derecho por la UNAM y en filosofía por la Universidad Iberoamericana; cuenta con una licencia especial en derecho social de la Universidad de Lovaina, Bélgica. En nuestra casa de estudios se desempeñó como abogado general, director general de Asuntos Jurídicos e investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas; actualmente es profesor en la Facultad de Derecho y miembro de la H. Junta de Gobierno. Perteneció a la Academia de la Investigación Científica y a la Asociación Internacional de Derecho Penal, entre otras instituciones. Está adscrito al Sistema Nacional de Investigadores. Es autor de *Renovación constitucional y sistema político*, *Elementos de política jurídica* y *Semblanzas y papeles mexicanos*.

Ruxandra Chisalita (Transilvania, Rumania, 1956). Licenciada en letras inglesas y ale-

manas por la Universidad de Bucarest y maestra en literatura iberoamericana por la UNAM. Estudió la especialidad en guión cinematográfico en el Centro de Capacitación Cinematográfica. Desde 1980 reside en México. Forma parte del comité de consulta de la Colección Biblioteca de Letras de nuestra casa de estudios. Ha publicado traducciones, artículos y ensayos sobre literatura, pintura, cine y filosofía en *Vuelta*, *Casa de las Américas*, *Universidad de México* y *Punto*. Es autora del libro de relatos *Tiempos enemigos* y de *La mirada y la melancolía*, que reúne ensayos sobre López Velarde, Alfonso Reyes y Carlos Pellicer.

Alberto Dallal. Dirige la revista *Universidad de México*. Sus colaboraciones aparecen en los números 506-507 (marzo-abril de 1993), 510 (julio de 1993), 512-513 (septiembre-octubre de 1993), 515 (diciembre de 1993), 524-525 (septiembre-octubre de 1994) y en el número extraordinario (1993) sobre *La Puebla intemporal*.

Antonio Deltoro. Véase el número 512-513 (septiembre-octubre de 1993) de esta revista.

Carmen Galindo. Colaboró en el número 523 (agosto de 1994) de esta revista.

Gunther Gerzso (Ciudad de México, 1915). Es uno de los pintores contemporáneos más importantes de México. Realizó estudios de arte en Suiza y Francia, y de escenografía en Estados Unidos. En los años cuarentas se incorporó al cine como escenógrafo, actividad por la que obtuvo en 1950 el "Ariel" por la película *Una familia de tantas*. Ese mismo año expuso en la Galería Inés Amor; en 1965 participó en la VIII Bienal de Sao Paulo, Brasil. En 1987 recibió el Premio Nacional de Artes. Ha expuesto de manera individual y colectiva en México y el extranjero. Sus obras se hallan en las principales colecciones oficiales y privadas del mundo.

Pedro González Olvera (Ciudad de México, 1952). Licenciado en relaciones internacionales por la UNAM. Fue secretario técnico y

coordinador del Centro de Relaciones Internacionales y secretario académico del Sistema Universidad Abierta de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de nuestra casa de estudios, en donde también se desempeñó como profesor de tiempo completo. Actualmente es director de formación diplomática del Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Es autor de diversos artículos sobre cuestiones internacionales.

Ignacio González-Polo (Ciudad de México, 1942). Licenciado en historia con estudios de maestría y doctorado en la UNAM. Es investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra casa de estudios. Miembro de la Academia Nacional de Historia y de la Academia Hispanoamericana de Artes, Ciencias y Letras, correspondiente a la Real Española. Es autor de *El palacio de los condes de Santiago de Calimaya*, *Reflexiones y apuntes sobre la Ciudad de México (fines del virreinato)* y *Diario curioso y cuaderno de las cosas memorables de México durante el gobierno del virrey Revillagigedo*.

Pura López Colomé (Ciudad de México, 1952). Maestra y doctora en letras hispánicas. Recibió el Premio Nacional "Alfonso Reyes" para jóvenes escritores en el área de ensayo en 1977; la beca anual del Centro Mexicano de Escritores en 1982, y el Premio Nacional de Traducción y Poesía en 1992. Ha colaborado en diversas revistas y suplementos culturales con poesía, ensayos y traducciones de poesía y prosa del inglés. También ha publicado traducciones de libros de Rainer Maria Rilke, Bertolt Brecht y Seamus Heaney, entre otros. Es autora de los libros de poesía *El sueño del cazador*, *Un cristal en otro* y *Aurora*.

Felicitas López Portillo T. (Los Mochis, Sinaloa, 1948). Doctora en estudios latinoamericanos por la UNAM. Es investigadora del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos y fue profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de esta casa de estudios. Se halla adscrita al Sistema Nacional de Investigadores. Ha publicado artículos y reseñas bibliográficas sobre su especialidad. Es autora de *El perezjimenismo: génesis de las dictaduras desarrollistas* y de la antología *La educación en la historia de Venezuela*.

Miguel de la Madrid Hurtado (Colima, Colima, 1934). Licenciado en derecho por la UNAM y maestro en administración pública por la Universidad de Harvard. Fue secretario de Programación y Presupuesto (1979-1981) y presidente de la República (1982-1988). Recibió el título de doctor *honoris causa* otorgado por la Universidad de Colima. Ha sido miembro del Consejo de Administración de diversos foros internacionales en temas económicos y presidente del Consejo Supremo de la Asociación Nacional de Abogados. Ha publicado diversos ensayos sobre temas jurídicos y económicos. Actualmente es director general del Fondo de Cultura Económica.

Antonio Mendoza (Miraflores, Estado de México, 1946). Licenciado en ciencias políticas y en economía por la UNAM. Ha realizado crítica especializada sobre politología, economía, sociología y literatura en el Canal 11, en Radio UNAM y en diversos medios impresos. Actualmente es director-editor de la editorial Aldus. Es autor de *Paraíso (Ríos de aguas equidistantes)*, *El sueño de las hojas* y *Tiempo despacio*. El poema que publicamos forma parte del libro inédito *El rostro del privilegio*.

Alejandro Olmos Cruz (Ciudad de México, 1962). Licenciado en ciencias de la comuni-

cación por la UNAM. Fue subdirector de prensa del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Ha colaborado en la revista *Ciencias informa* y la *Revista Mexicana de Comunicación*. Actualmente es coordinador de corresponsales de *La Jornada* y autor de la columna semanal "Antena", que publica el mismo periódico.

David Pantoja Morán (Ciudad de México, 1938). Licenciado en derecho por la UNAM. Realizó estudios completos de doctorado en la Facultad de Derecho y asistió a cursos de diplomado en el Instituto de Estudios Políticos, ambos de la Universidad de París. En nuestra Universidad es profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, investigador del Centro de Estudios sobre la Universidad y coordinador del Colegio de Ciencias y Humanidades. Fue director general de Educación Superior de la SEP y secretario auxiliar de la UNAM. Es autor de *La idea de soberanía en el constitucionalismo latinoamericano* y *Estudio introductorio y notas a Sieyès. Escritos políticos*, entre otros libros.

Vicente Quirarte. Ha colaborado en esta revista en los números 512-513 (septiembre-octubre de 1993) y 514 (noviembre de 1993).

Florence Toussaint (Ciudad de México, 1950). Maestra en ciencias de la comunicación por la UNAM. Fue coordinadora del Centro de Estudios de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de nuestra casa de estudios, donde ha sido profesora desde hace 17 años. Fue presidenta de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación de 1982 a 1984. Ha colaborado en Radio UNAM y en diversas revistas especializadas; actualmente escribe una columna de crítica de los medios de comunicación en el semanario *Proceso*. Es autora de los libros *Crítica de la información de masas*, *Escenario de la prensa en el Porfiriato*, *Prensa y nueva tecnología* y *Recuento de medios fronterizos*.

Serge I. Zaïtzeff (Francia, 1940). Doctor en letras hispánicas por la Universidad de Indiana, Estados Unidos. Desde 1963 es profesor e investigador de la Universidad de Calgary, Canadá. Ha participado en congresos en varios países. Es miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua. Colabora en diversas revistas, entre otras: *Vuelta*, *Biblioteca de México*, *Universidad de México* y *Cuadernos Americanos*. Es autor de *Rafael López, poeta y prosista*, *El arte de Julio Torri* (premio Xavier Villaurrutia 1983) y *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*. ♦

CANTARES MEXICANOS

Primera edición facsimilar completa (258 folios, 516 páginas, 12 dibujos, 8 de ellos en color) del manuscrito, en su mayor parte en náhuatl, que conserva, como una de sus más importantes piezas, la Biblioteca Nacional de México.

Contiene:

1. Los cantares mexicanos.
2. Calendario mexicano (en español)
3. Arte divinatoria de los mexicanos (en español).
4. Ejemplos de la sagrada eucaristía en México.
5. Un sermón sobre aquello de *Estote sancti...*
6. Memoria de la muerte.
7. Vida de San Bartolomé
8. Fábulas de Esopo.
9. Historia de la Pasión.

Edición en papel ingres fabriano, encuadernación en tela.

Informes y ventas: Instituto de Investigaciones Bibliográficas (Departamento de Publicaciones).
Centro Cultural Universitario
Ciudad Universitaria
México, D.F., 04510.

Tel. 622 68 11, 665 50 49, 622 68 07 Fax. 665 09 51.

Descubra el espectáculo
de la imaginación

Canal 22



Documentales, Series de ficción,
Películas, Videos, Infantiles,
Noticias y Musicales.

Canal 22 La cultura también se ve

Ediciones
LUNAM

ANTONIO MARTÍNEZ BÁEZ. OBRAS I.
OBRAS POLÍTICO-CONSTITUCIONALES

Presentación de Mario Melgar Adalid

Prólogo de Héctor Fix-Zamudio

Compilación y notas de Miguel Pérez López

1a. edición: 1994, 575 p.

Coordinación de Humanidades

LA REBELIÓN EN CHIAPAS Y EL DERECHO

Coordinación de Mario Melgar Adalid,

José Fco. Ruiz Massieu y José Luis Soberanes Fernández

1a. edición: 1994, 268 p.

Coordinación de Humanidades

Informes y ventas

Dirección General de Fomento Editorial UNAM

Av. del IMAN No. 5 C.U., C.P. 04510, México, D.F.

Tel. 622 65 83 Tel. y Fax 622 65 82



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
DIRECCIÓN GENERAL DE FOMENTO EDITORIAL



Ediciones
LUNAM
Coordinación de Humanidades



REVISTAS EN HUMANIDADES
Y CIENCIAS SOCIALES



CUADERNOS AMERICANOS 46

NUEVA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO, 1994

DESDE EL MIRADOR DE
CUADERNOS AMERICANOS

LEOPOLDO ZEA. Latinoamérica y el problema de la modernidad
OTTMAR ETTÉ. La puesta en escena de la mesa de trabajo en Raynal y Humboldt
FRANÇOIS RIGOLOT. Montaigne, lector europeo de América.
EDGAR MONTIEL. Nuestra América y la UNESCO
JACQUELINE MARTÍNEZ URIARTE Y CARMEN PÁRAMO FERNÁNDEZ. Partidos de izquierda y elecciones en México
DIANA GUILLÉN. ¿Y el poder se queda en familia? Pistas sobre el desarrollo político de América Latina
DANILO MARTUCCELLI Y MARISTELLA SVAMPA. Notas para una historia de la sociología latinoamericana

INTEGRACIÓN Y DESINTEGRACIÓN
DE AMÉRICA LATINA

Palabras del Lic. Raúl Padilla López, rector general de la Universidad de Guadalajara
Palabras de Leopoldo Zea
GABRIEL VARGAS LOZANO. Filosofía y autenticidad en la cultura latinoamericana hoy
ALFONSO IBÁÑEZ. La difícil democracia.
JOSÉ LUIS ABELLÁN. La realidad puertorriqueña a la luz del último referéndum sobre su status político
MARIA E. ESTADES FONT. Poder militar y política en Puerto Rico, 1898-1918
LUIS FERRAO. Puerto Rico y México: un vínculo cultural perdurable
JOSÉ FERRER CANALES. Significación de Rafael Cordero, maestro puertorriqueño
ADRIANA ARPINI. Auto y heteroimagen en los escritos de Eugenio María de Hostos

RICAURTE SOLER

ADALBERTO SANTANA. Ricaurte Soler, conciencia de Panamá

CUADERNOS AMERICANOS

Revista dedicada a la discusión de temas de y sobre América Latina
Solicitud de suscripción/Subscription order

Precio por año (6 números)/Price per year (6 numbers)

México:.....\$105.00

Otros países/Other countries.....\$125.00 DLS. (Tarifa única)

Redacción y Administración: 2o. piso, Torre I de Humanidades, Ciudad Universitaria

04510, México, D.F.

Tel. 622-1902; FAX 616-2515

Giros: Apartado Postal 965 México 1, D.F.

DB2

Imágenes de Arte Mexicano

ARTE TEOTIHUACANO

36 DIAPOSITIVAS

de pirámides, murales, plazas,
cerámica y esculturas, entre obras
de la ciudad de Teotihuacan



con un estudio introductorio de
MARÍA ELENA ALTAMIRANO PIOLLE

De venta en la Fototeca
del Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM. Circuito Mario de la Cueva,
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F., Tel. 665 24 65, 665 76 41, 622 75 41 y FAX: 665 47 40

**UNIVERSIDAD
DE MÉXICO**
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

HA PUBLICADO

Enero-febrero 1994 • 516-517
Los derechos humanos

Marzo-abril 1994 • 518-519
Los juegos del cerebro

Mayo 1994 • 520
Examen de la cultura

Junio 1994 • 521
Recuerdos de José Gaos (1900-1969)

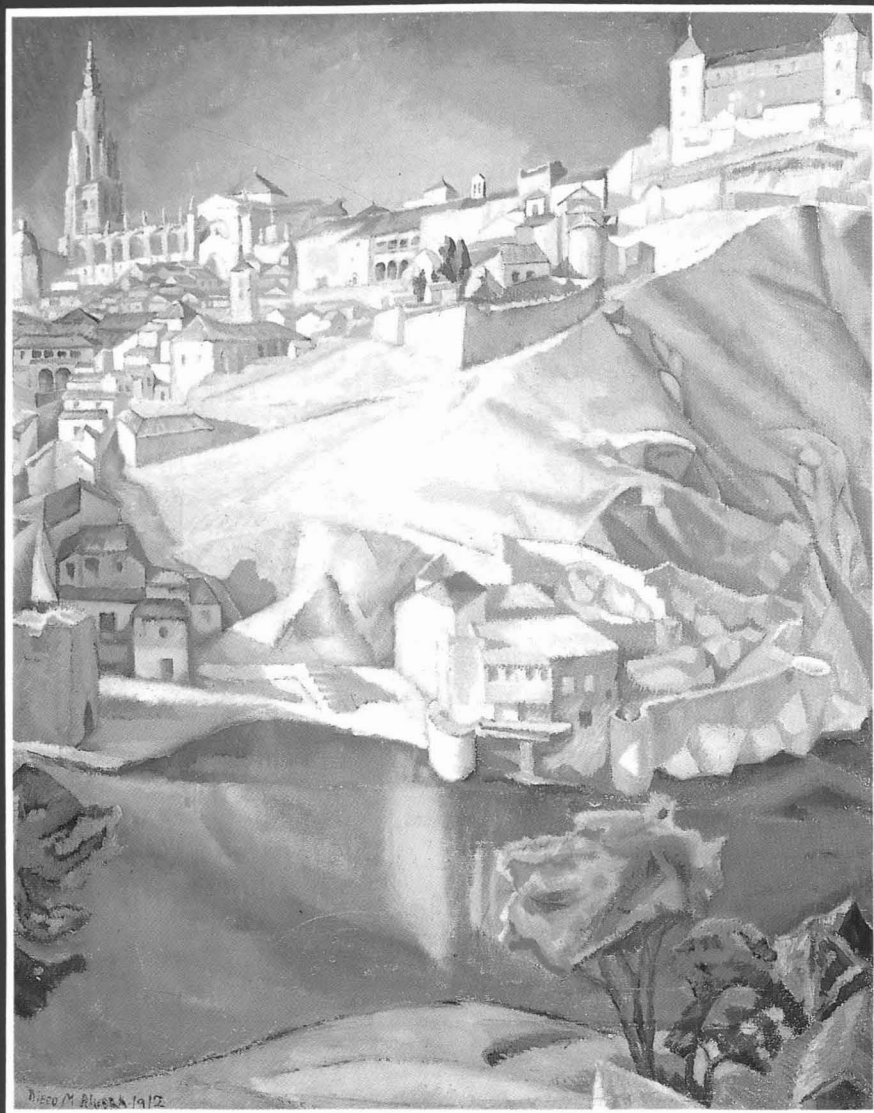
Julio 1994 • 522
Idea y protagonismo en la Colonia

Agosto-septiembre 1994 • 523-524
**Nuestros infinitos
El conocimiento del Universo**

Número extraordinario 1994
**Ciudad Universitaria
XL Aniversario**

Octubre-noviembre 1994 • 525-526
**Territorio mexiquense
Historia viva**

Llame a los números 666 3624, 666 3496, 666 3972 y FAX 666 3749
y acudiremos a tomar su suscripción *dentro* del Distrito Federal



Vista de Toledo. Diego Rivera - 1912. Oleo sobre tela.

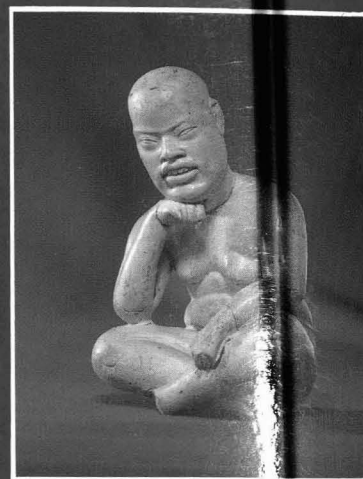
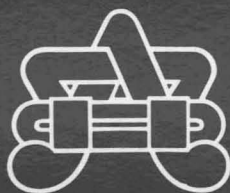


Figura de hombre sentado
Cultura Olmeca.
Las Bocas, Pue.



Mueble de laca. Siglo XVII.
Michoacán

MUSEO AMPARO



Encuentro con Nuestras Raíces

2 Sur No. 708 Puebla, Pue.
Centro Histórico de Puebla
Teléfono: 91 22 46 4646
Fax: 91 22 46 6333

Abierto de miércoles a lunes
Horario: 10:00 a 18:00 hrs. Martes -cerrado

ARTE PREHISPANICO, VIRREINAL Y CONTEMPORANEO

ÍNDICE DEL VOLUMEN XLIX ENERO-DICIEMBRE 1994

ÍNDICE TEMÁTICO (por número)

Tema	Núm.
Los derechos humanos	516-517
Los juegos del cerebro	518-519
Examen de la cultura	520
Recuerdos de José Gaos	521
Idea y protagonismo en la Colonia	522
Nuestros infinitos. El conocimiento del Universo	523-524
Territorio mexiquense. Historia viva	525-526
Cultura, humanismo y memoria impresa	527
Ciudad Universitaria. XL Aniversario	Extraordinario

ÍNDICE GENERAL

Autor	Título	Núm.	Pág.
Adaya Leythe, Ivonne A.	<i>Una danza en Temoaya</i>	525-526	63
Aguado López, Eduardo	<i>Desigualdad y rezago educativo</i>	525-526	17
Aguirre, Eugenio	<i>En la destilería</i>	527	43
Aldrete Haas, José Antonio	<i>Presentación a Reflexiones, de Gunther Gerzso</i>	527	31
Alejos García, José	<i>La creación del mundo y los primeros hombres entre los ch'oles de Chiapas</i>	523-524	38
Altamirano Piolle, María Elena	<i>José María Velasco en Teotihuacan</i>	525-526	54
Alvarado Tezozómoc, Fernando	<i>La visión de Ahuitzotl</i>	525-526	3
Anda Alanís, Enrique X. de	<i>La casa Cetto en el Pedregal de San Ángel: aire, rocas y recuerdos...</i>	516-517	44
Anda Alanís, Enrique X. de	<i>La Ciudad Universitaria: corazón de los encuentros</i>	Extraordinario	28
Ángeles Jiménez, Pedro	<i>San Juan Nepomuceno</i>	522	2ª de forros
Anónimo	<i>Los que miran</i>	523-524	8
Antaki, Ikram	<i>Diálogo sobre el infinito</i>	523-524	13
Ariceaga, Alejandro	<i>Escritores del Señor Desnudo y comarcas aledañas</i>	525-526	50
Aristides, César	<i>Narraciones (La reina enemiga, de Mario Enrique Figueroa, y Donde las voces se guardan, de Marco Antonio Samaniego)</i>	522	52
Azuela, Luz Fernanda	<i>Ciencias: once años de difusión científica</i>	520	60
Báez Zacarías, Javier	<i>La tranquilidad en una taza</i>	516-517	41
Basurto, Jorge	<i>Plataformas y procesos políticos en el STUNAM</i>	522	22
Bautista, Miguel	<i>El arte colonial como ingrediente del alma nacional (Francisco de la Maza. Obras escogidas)</i>	521	52
Bayón, Damián	<i>Comparar lo incomparable: de la Colección Barnes a mucho del arte actual</i>	516-517	57
Bayón, Damián	<i>Egiptomanía: crónica de las visiones</i>	521	27
Beuchot, Mauricio	<i>Acerca de la filosofía social en los pensadores novohispanos</i>	522	3
Beyer, Carlos	<i>Sexo y cerebro</i>	518-519	30
Blanck-Cerejido, Fanny y Marcelino Cerejido	<i>El cerebro y el tiempo</i>	518-519	22
Blanco, Alberto	<i>El espacio se come al tiempo</i>	521	26
Cabanel, Alexandre	<i>(Ilustración)</i>	521	29
Cáceres Alvarado, Luis y Edmundo Ruiz Velasco	<i>Las instalaciones deportivas de la Ciudad Universitaria</i>	Extraordinario	60
Carballo, Emmanuel	<i>Cuatro retratos</i>	516-517	59
Carrillo Prieto, Ignacio	<i>De la vida y la obra de Mario de la Cueva</i>	527	51
Caso Lombardo, Alejandro	<i>El miedo</i>	522	6
Cerejido, Marcelino y Fanny Blanck-Cerejido	<i>El cerebro y el tiempo</i>	518-519	22

Autor	Título	Núm.	Pág.
Cervantes Sánchez, Enrique	<i>La Ciudad Universitaria y el sistema de centros universitarios metropolitanos</i>	Extraordinario	38
Cervantes Sánchez, Enrique	<i>Un preámbulo inédito: la Ciudad de la Investigación</i>	Extraordinario	47
Chávez de Caso, Margarita	<i>La Ciudad Universitaria en la arquitectura mexicana contemporánea</i>	Extraordinario	12
Chimal, Carlos	<i>La sede del alma. Una propuesta</i>	518-519	40
Chisalita, Ruxandra	<i>El centenario de la Revista Azul (1894-1994)</i>	527	10
Constantino, María	<i>Tarjetas pintadas</i>	518-519	27
Cross, Elsa	<i>La danza de Shiva y los procesos cósmicos</i>	523-524	23
Cruz González Franco, Lourdes	<i>Cuarenta años. Ciudad Universitaria (1954-1994). La Biblioteca Central</i>	518-519	2ª de forros
Cruz González Franco, Lourdes	<i>(Fotografías)</i>	Extraordinario	14 y 38
Cuevas, Pedro	<i>(Fotografía)</i>	Extraordinario	64
Curiel, Fernando	<i>Tren subterráneo</i>	516-517	24
Dallal, Alberto	<i>El concepto de los derechos humanos (Presentación del número)</i>	516-517	2
Dallal, Alberto	<i>Los juegos del cerebro (Presentación del número)</i>	518-519	2
Dallal, Alberto	<i>Los temas de la cultura (Presentación del número)</i>	520	2
Dallal, Alberto	<i>Humanismo de José Gaos (Presentación del número)</i>	521	2
Dallal, Alberto	<i>Idea y protagonismo en la Colonia (Presentación del número)</i>	522	2
Dallal, Alberto	<i>Territorio mexiquense (Presentación del número)</i>	525-526	2
Dallal, Alberto	<i>Luis Nishizawa: maestría y creación</i>	525-526	34
Dallal, Alberto	<i>Vocación humanista de los intelectuales mexicanos (Presentación del número)</i>	527	2
Dallal, Alberto	<i>Laura Urdapilleta, artista plena</i>	527	64
Dallal, Alberto	<i>(Fotografía)</i>	Extraordinario	57
Deltoro, Antonio	<i>A lápiz</i>	527	30
Dultzin, Deborah	<i>Los enigmáticos cuasares</i>	523-524	54
Echevarría, Nicolás	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	516-517	
Elvridge-Thomas, Roxana	<i>La obligación de asesinar (de Antonio Helú)</i>	516-517	60
Espejo, Beatriz	<i>Y puedo contar...</i>	Extraordinario	22
Fernández Guardiola, Augusto	<i>Sueño, sueños y ensueños</i>	518-519	5
Galindo, Carmen	<i>Retratos hablados de nuestros años felices</i>	523-524	65
Galindo, Carmen	<i>Novo 94</i>	527	19
Gaos, José	<i>Confesiones de transferrado</i>	521	3
Gaos, José	<i>Seis cartas inéditas</i>	521	33
Gaos, José y Antonio Moxó	<i>La cátedra de pedagogía</i>	521	45
García Bergua, Alicia	<i>Los dioses olvidados</i>	518-519	38
García Ponce, Juan	<i>María</i>	520	36
Gerzso, Gunther	<i>Reflexiones</i>	527	32
Gerzso, Gunther	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	527	
Glantz, Margo	<i>La autobiografía de Sor Juana; lenguaje y legitimidad</i>	522	30
González Cruz, Maricela	<i>(Fotografías)</i>	516-517	45, 46 y 48
González Cruz, Maricela	<i>Juan Guzmán</i>	518-519	39
González Dueñas, Daniel	<i>Alejandro Jodorowski: saltar hacia la carne para encontrar lo inmaterial</i>	523-524	61
González Gerth, Miguel	<i>Giovinezza</i>	518-519	15
González Mello, Renato	<i>Roberto Rébora: pintura e iconoclasia</i>	522	44
González Olvera, Pedro	<i>La política exterior de México en una época de cambio (La política exterior de México en la era de la modernidad, de Andrés Rozental)</i>	527	60
González-Polo, Ignacio	<i>Presencia y muerte del caballero general Manuel D. Asúnsolo (1881-1911)</i>	527	4
González Pozo, Alberto	<i>La primera madurez de la arquitectura contemporánea mexicana</i>	Extraordinario	3
Guignet, Andrien	<i>(Ilustraciones)</i>	521	28 y 29
Guijosa, Vicente	<i>(Fotografías)</i>	Extraordinario	18 y 33
Gutiérrez Arriola, Cecilia	<i>(Fotografías)</i>	516-517	31-34
Gutiérrez Arriola, Cecilia	<i>Casa de los Mascarones o Casa del conde del Valle de Orizaba</i>	520	2ª de forros
Gutiérrez Arriola, Cecilia	<i>(Fotografías)</i>	Extraordinario	4, 29, 45 y 63
Guzmán, Juan	<i>(Fotografías del número completo)</i>	518-519	
Guzmán, Juan	<i>(Fotografías)</i>	Extraordinario	31 y 33
Hernández, Rosaura	<i>Canto de viento y guerra</i>	525-526	16
Hernández, Rosaura	<i>Cuando se escribe la historia...</i>	525-526	47
Hernández Vázquez, Eumelia	<i>Colegio de San Ildefonso</i>	521	2ª de forros
Herrera, Arnulfo	<i>Los pasos de un enamorado (El enamorado de Sor Juana, de José Pascual Buxó)</i>	522	48
Hierro, Graciela	<i>Los derechos humanos de las mujeres</i>	516-517	5

Autor	Título	Núm.	Pág.
Jarquín Ortega, María Teresa	<i>Cortés, el marquesado y las encomiendas del Valle de Toluca</i>	525-526	38
Johansson K., Patrick	<i>Narrativa náhuatl precolombina. La visión de los sentidos</i>	520	7
Kaspé, Vladimir	<i>La Ciudad Universitaria: apuntes de un testigo</i>	Extraordinario	54
Langagne, Eduardo	<i>La Ciudad Universitaria, ayer y hoy</i>	Extraordinario	56
Larrosa, Manuel	<i>La composición del fenómeno y el fenómeno de la composición</i>	Extraordinario	20
Lavín Cerda, Hernán	<i>La leche del amanecer</i>	523-524	31
Leal Audirac, Fernando	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	520	
Lira, Andrés	<i>José C. Valadés. La interpretación histórica como actualidad política</i>	518-519	47
Lizalde, Eduardo	<i>La rosa glauca</i>	520	14
Llorente-Bousquets, Jorge y Nelson Papavero	<i>Los 150 años de la publicación de Los vestigios de la historia natural de la creación (de Robert Chambers)</i>	Extraordinario	62
Lope Blanch, Juan M.	<i>El concepto de frontera en la lingüística</i>	522	16
López Colomé, Pura	<i>Dolor de corazón</i>	527	3
López Portillo T., Felicitas	<i>Hispanismo e indigenismo: la polémica de los (verdaderos) huesos de Cortés y Cuauhtémoc</i>	527	22
López Rangel, Rafael	<i>Perdurabilidad de la Ciudad Universitaria del Pedregal</i>	Extraordinario	24
Loyo, Aurora	<i>El debate educativo</i>	520	3
Madrazo Cuéllar, Jorge	<i>Cincuenta años de evolución de los derechos humanos</i>	516-517	17
Madrid Hurtado, Miguel de la	<i>Presencia histórica del Fondo de Cultura Económica</i>	527	39
Martínez, Rodrigo	<i>Doña Isabel Moctezuma, Tecuichpotzin (1509-1551)</i>	522	40
Martínez Bullé Goyri, Víctor M.	<i>Los derechos humanos en la actualidad</i>	516-517	9
Martínez Carrizales, Leonardo	<i>La identidad generacional de Juan Villoro</i>	523-524	59
McGowan, Gerard L.	<i>El territorio del Estado de México</i>	525-526	24
Melche, Julia Elena	<i>Nicolás Echevarría</i>	516-517	31
Melgar Adalid, Mario	<i>Los abogados y la política</i>	Extraordinario	65
Mendoza, Antonio	<i>Historia apócrifa en Deauville</i>	527	50
Monmany, Mercedes	<i>La Italia del siglo XX: una literatura de lujo</i>	520	52
Morábito, Fabio	<i>Poema</i>	518-519	3
Moral, Enrique del y José Villagrán	<i>Programa General para la "Ciudad Universitaria" (Ilustración)</i>	Extraordinario	36
Moreau, Gustave	<i>Orígenes del español del suroeste de los Estados Unidos</i>	521	27
Moreno de Alba, José G.	<i>La cátedra de pedagogía</i>	516-517	36
Moxó, Antonio y José Gaos	<i>(Fotografías)</i>	521	45
Murguía, Francisco	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	518-519	49-51
Nishizawa, Luis	<i>Los códigos coloniales del centro de México</i>	525-526	5
Noguez, Xavier	<i>Los mitos fundadores en la América de nuestros días</i>	525-526	10
Ocampo, Aurora M.	<i>La vejez</i>	520	43
Ochoa, Enriqueta	<i>(Ilustra portada)</i>	Extraordinario	
O'Gorman, Juan	<i>Periodismo cultural básico</i>	Extraordinario	
Olmos Cruz, Alejandro	<i>Sobre las raíces del machismo</i>	527	16
Ontañón de Lope, Paciencia	<i>Estado y cultura. Las escuelas rurales, una cruzada cultural en el México bronco</i>	520	15
Ortiz Gaitán, Julieta	<i>El conocimiento del Universo (Presentación del número)</i>	520	22
Ortiz Gómez, Octavio	<i>La nueva comunicación</i>	523-524	2
Osorio, Eduardo	<i>Posibilidades y limitaciones del hombre contemporáneo (Paradojas del individualismo, de Victoria Camps)</i>	525-526	36
Padilla Longoria, María Teresa	<i>Un asunto de nahuales o el Diccionario de escritores mexicanos</i>	521	49
Palazón, María Rosa	<i>Condorcet y Sieyès. Dos intelectuales frente a la política</i>	516-517	55
Pantoja Morán, David		527	45
Papavero, Nelson y Jorge Llorente-Bousquets	<i>Los 150 años de la publicación de Los vestigios de la historia natural de la creación (de Robert Chambers)</i>	Extraordinario	62
Pasantes, Herminia	<i>El cerebro y el placer</i>	518-519	10
Pasantes, Herminia	<i>De la Casa del Lago a la Ciudad Universitaria</i>	Extraordinario	49
Patán, Federico	<i>Orlando (de Virginia Woolf)</i>	520	57
Peimbert Sierra, Manuel	<i>Evolución de la composición química del Universo</i>	523-524	3
Peña, Miriam	<i>Materia interestelar</i>	523-524	9
Pettersson, Aline	<i>Ariadna en Naxos</i>	520	6
Pino, Ramón	<i>(Fotografía)</i>	Extraordinario	52-53
Pitol, Sergio	<i>Chéjov, otra vez</i>	516-517	13
Pohlenz, Ricardo	<i>Lo azaroso</i>	523-524	45
Poynter, John	<i>(Ilustración)</i>	521	29

Autor	Título	Núm.	Pág.
Pozas Horcasitas, Ricardo	<i>Insomnio</i>	Extraordinario	27
Pulido, Blanca Luz	<i>Retrato de hombre con piano</i>	522	14
Quintero, Alfredo E.	<i>La realidad desde el ángulo de las guerrillas</i> (Crónica de los años de fuego, de Marco Antonio Flores)	518-519	46
Quintero, Alfredo E.	<i>El brío en el timbre del paisaje</i> (Colores en el mar y otros poemas y Piedra de sacrificios, de Carlos Pellicer)	521	54
Quirarte, Vicente	<i>La Universidad como libro</i>	527	7
Ramírez Garrido, Jaime	<i>Del Perú intenso</i> (Lituma en los Andes, de Mario Vargas Llosa)	522	53
Rangel Guerra, Alfonso	<i>Cartas de José Gaos</i>	521	31
Réborá, Roberto	(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)	522	
Rodríguez, Adolfo	<i>La Biblioteca Central y las bibliotecas de la UNAM</i>	Extraordinario	44
Rodríguez, Luis F.	<i>El misterio de los destellos de rayos gama</i>	523-524	27
Ruiz, Élfego y Silvia Torres de Peimbert	<i>Hacia un nuevo telescopio</i>	523-524	50
Ruiz Mejía, Carlos	<i>Trampas de luz</i>	516-517	26
Ruiz Velasco, Edmundo y Luis Cáceres Alvarado	<i>Las instalaciones deportivas de la Ciudad Universitaria</i>	Extraordinario	60
Salmerón, Fernando	<i>Sobre el pensamiento de José Gaos. La filosofía política de los transferrados</i>	521	10
Sarukhán, José	<i>Cuarenta años de la Ciudad Universitaria (Presentación del número)</i>	Extraordinario	2
Schinkel, Friedrich	(Ilustración)	521	28
Serafini, Giuliano	<i>Fernando Leal Audirac</i>	520	31
Seurat, Georges	(Ilustración)	516-517	58
Sicilia, Javier	<i>Alegría por el cuerpo</i>	523-524	37
Sierra Casasús, Catalina	<i>Comunicación puntual</i>	518-519	45
Sjölander, Waldemar	(Ilustra portada)	521	
Snow, K. Mitchell	<i>Canto y danza. La forma de la plegaria</i>	518-519	49
Soberanes Fernández, José Luis	<i>Derechos humanos. ¿Necesidad o moda?</i>	516-517	3
Sobrino, Jaime	<i>Población y funciones económicas del Estado de México en 1990</i>	525-526	57
Sosa, Víctor	<i>Roberto Réborá: inminencia y devenir</i>	522	27
Suárez, Félix	<i>Crónica</i>	525-526	10
Tapia, Ricardo	<i>La materia de la memoria</i>	518-519	16
Téllez, Mario A.	<i>Minería mexicana en el siglo XIX</i> (Bonanzas y borrascas mineras. El Estado de México. 1821-1876, de Anne Staples)	525-526	64
Tello, Berta	(Fotografías)	Extraordinario	49-50 y 61
Timm, Naura	(Ilustra portada)	518-519	
Torre Villar, Ernesto de la	<i>Juan de Palafox y sus biógrafos</i>	522	7
Torres de Peimbert, Silvia	<i>La Vía Láctea y otras galaxias</i>	523-524	16
Torres de Peimbert, Silvia y Élfego Ruiz	<i>Hacia un nuevo telescopio</i>	523-524	50
Toussaint, Florence	<i>Las crónicas de los cuatro poetas del modernismo: fuentes para su estudio</i>	527	57
Trujillo, Julio	<i>Una poesía del sosiego</i> (La sed de lo perdido, de Eliseo Diego)	518-519	52
Uribe Aviña, Víctor Manuel	<i>Narcotráfico y cultura: los narcocorridos</i>	520	27
Valadez Azúa, Raúl	<i>Impacto del recurso faunístico en la sociedad teotihuacana</i>	525-526	11
Varela, Gonzalo	<i>La cultura política de las universidades de cara al siglo XXI</i>	520	19
Vázquez Castillo, Margarita	<i>Planeación y localización de servicios</i> (Localización de servicios en la planeación urbana y regional: aspectos básicos y ejemplos de aplicación, de Carlos Garrocho)	525-526	62
Vázquez García, Verónica	<i>Movimientos sociales contemporáneos: el caso canadiense</i>	522	36
Velasco, José María	(Ilustraciones)	525-526	55 y 56
Vidargas, Francisco	<i>Los agustinos y Acolman</i>	525-526	43
Villada, Enrique	<i>Poema</i>	525-526	42
Villagrán, José y Enrique del Moral	<i>Programa General para la "Ciudad Universitaria"</i>	Extraordinario	36
Vital, Alberto	<i>¿Manifestos contra antologías?</i>	516-517	49
Wimer, Javier	<i>El secuestro de Jenkins: historia y novela</i> (El secuestro de William Jenkins, de Rafael Ruiz Harrell)	522	51
Xirau, Ramón	<i>Memoria de Joaquín Xirau</i>	520	49
Xirau, Ramón	<i>De Descartes a Marx. La historia de la filosofía en la obra de José Gaos</i>	521	40
Yáñez, Enrique	<i>Ideas</i>	Extraordinario	7
Yáñez, Martín	<i>Introducción a Ideas de Enrique Yáñez</i>	Extraordinario	7
Yurkievich, Saúl	<i>Ilusionismo</i>	516-517	8
Yurkievich, Saúl	<i>Julio Cortázar: sus mundos y sus modos</i>	522	46
Zaitzeff, Serge I.	<i>Eros en las cartas de Rafael Cabrera a Julio Torri</i>	527	61
Zea, Leopoldo	<i>La filosofía mexicana de José Gaos</i>	521	19

ÍNDICE POR GÉNEROS

Autor	Título	Núm.	Pág.
Poesía			
Anónimo	<i>Los que miran</i>	523-524	8
Blanco, Alberto	<i>El espacio se come al tiempo</i>	521	26
Deltoro, Antonio	<i>A lápiz</i>	527	30
García Bergua, Alicia	<i>Los dioses olvidados</i>	518-519	38
González Gerth, Miguel	<i>Giovinezza</i>	518-519	15
Lavín Cerda, Hernán	<i>La leche del amanecer</i>	523-524	31
Lizalde, Eduardo	<i>La rosa glauca</i>	520	14
López Colomé, Pura	<i>Dolor de corazón</i>	527	3
Mendoza, Antonio	<i>Historia apócrifa en Deauville</i>	527	50
Morábito, Fabio	<i>Poema</i>	518-519	3
Ochoa, Enriqueta	<i>La vejez</i>	Extraordinario	43
Pettersson, Aline	<i>Ariadna en Naxos</i>	520	6
Pozas Horcasitas, Ricardo	<i>Insomnio</i>	Extraordinario	27
Pulido, Blanca Luz	<i>Retrato de hombre con piano</i>	522	14
Sicilia, Javier	<i>Alegría por el cuerpo</i>	523-524	37
Suárez, Félix	<i>Crónica</i>	525-526	10
Villada, Enrique	<i>Poema</i>	525-526	42
Ensayo			
Aguado López, Eduardo	<i>Desigualdad y rezago educativo</i>	525-526	17
Aldrete Haas, José Antonio	<i>Presentación a Reflexiones, de Gunther Gerzso</i>	527	31
Alejos García, José	<i>La creación del mundo y los primeros hombres entre los chi'oles de Chiapas</i>	523-524	38
Altamirano Piolle, María Elena	<i>José María Velasco en Teotihuacan</i>	525-526	54
Anda Alanís, Enrique X. de	<i>La casa Cetio en el Pedregal de San Ángel: aire, rocas y recuerdos...</i>	516-517	44
Anda Alanís, Enrique X. de	<i>La Ciudad Universitaria: corazón de los encuentros</i>	Extraordinario	28
Ángeles Jiménez, Pedro	<i>San Juan Nepomuceno</i>	522	2ª de forros
Ariceaga, Alejandro	<i>Escritores del Señor Desnudo y comarcas aledañas</i>	525-526	50
Basurto, Jorge	<i>Plataformas y procesos políticos en el STUNAM</i>	522	22
Bayón, Damián	<i>Comparar lo incomparable: de la Colección Barnes a mucho del arte actual</i>	516-517	57
Bayón, Damián	<i>Egiptomanía: crónica de las visiones</i>	521	27
Beuchot, Mauricio	<i>Acerca de la filosofía social en los pensadores novohispanos</i>	522	3
Carrillo Prieto, Ignacio	<i>De la vida y la obra de Mario de la Cueva</i>	527	51
Cervantes Sánchez, Enrique	<i>La Ciudad Universitaria y el sistema de centros universitarios metropolitanos</i>	Extraordinario	38
Cervantes Sánchez, Enrique	<i>Un preámbulo inédito: la Ciudad de la Investigación</i>	Extraordinario	47
Chávez de Caso, Margarita	<i>La Ciudad Universitaria en la arquitectura mexicana contemporánea</i>	Extraordinario	12
Chisalita, Ruxandra	<i>El centenario de la Revista Azul (1894-1994)</i>	527	10
Constantino, María	<i>Tarjetas pintadas</i>	518-519	27
Cross, Elsa	<i>La danza de Shiva y los procesos cósmicos</i>	523-524	23
Cruz González Franco, Lourdes	<i>Cuarenta años. Ciudad Universitaria (1954-1994). La Biblioteca Central</i>	518-519	2ª de forros
Dallal, Alberto	<i>El concepto de los derechos humanos (Presentación del número)</i>	516-517	2
Dallal, Alberto	<i>Los juegos del cerebro (Presentación del número)</i>	518-519	2
Dallal, Alberto	<i>Los temas de la cultura (Presentación del número)</i>	520	2
Dallal, Alberto	<i>Humanismo de José Gaos (Presentación del número)</i>	521	2
Dallal, Alberto	<i>Idea y protagonismo en la Colonia (Presentación del número)</i>	522	2
Dallal, Alberto	<i>Territorio mexiquense (Presentación del número)</i>	525-526	2
Dallal, Alberto	<i>Luis Nishizawa: maestría y creación</i>	525-526	34
Dallal, Alberto	<i>Vocación humanista de los intelectuales mexicanos (Presentación del número)</i>	527	2
Dallal, Alberto	<i>Laura Urdapilleta, artista plena</i>	527	64
Galindo, Carmen	<i>Novo 94</i>	527	19
Gaos, José	<i>Confesiones de transterrado</i>	521	3
Gaos, José y Antonio Moxó	<i>La cátedra de pedagogía</i>	521	45
Gerzso, Gunther	<i>Reflexiones</i>	527	32
Glantz, Margo	<i>La autobiografía de Sor Juana; lenguaje y legitimidad</i>	522	30
González Cruz, Maricela	<i>Juan Guzmán</i>	518-519	39
González Dueñas, Daniel	<i>Alejandro Jodorowski: saltar hacia la carne para encontrar lo inmaterial</i>	523-524	61

Autor	Título	Núm.	Pág.
González Mello, Renato	<i>Roberto Rébora: pintura e iconoclasia</i>	522	44
González-Polo, Ignacio	<i>Presencia y muerte del caballero general Manuel D. Asúnsolo (1881-1911)</i>	527	4
González Pozo, Alberto	<i>La primera madurez de la arquitectura contemporánea mexicana</i>	Extraordinario	3
Gutiérrez Arriola, Cecilia	<i>Casa de los Mascarones o Casa del conde del Valle de Orizaba</i>	520	2ª de forros
Hernández, Rosaura	<i>Canto de viento y guerra</i>	525-526	16
Hernández, Rosaura	<i>Cuando se escribe la historia...</i>	525-526	47
Hernández Vázquez, Eumelia	<i>Colegio de San Ildefonso</i>	521	2ª de forros
Hierro, Graciela	<i>Los derechos humanos de las mujeres</i>	516-517	5
Jarquín Ortega, María Teresa	<i>Cortés, el marquesado y las encomiendas del Valle de Toluca</i>	525-526	38
Johansson K., Patrick	<i>Narrativa náhuatl precolombina. La visión de los sentidos</i>	520	7
Kaspé, Vladimir	<i>La Ciudad Universitaria: apuntes de un testigo</i>	Extraordinario	54
Langagne, Eduardo	<i>La Ciudad Universitaria, ayer y hoy</i>	Extraordinario	56
Larrosa, Manuel	<i>La composición del fenómeno y el fenómeno de la composición</i>	Extraordinario	20
Lira, Andrés	<i>José C. Valadés. La interpretación histórica como actualidad política</i>	518-519	47
Lope Blanch, Juan M.	<i>El concepto de frontera en la lingüística</i>	522	16
López Portillo T., Felicitas	<i>Hispanismo e indigenismo: la polémica de los (verdaderos) huesos de Cortés y Cuauhtémoc</i>	527	22
López Rangel, Rafael	<i>Perdurabilidad de la Ciudad Universitaria del Pedregal</i>	Extraordinario	24
Loyo, Aurora	<i>El debate educativo</i>	520	3
Madrazo Cuéllar, Jorge	<i>Cincuenta años de evolución de los derechos humanos</i>	516-517	17
Madrid Hurtado, Miguel de la	<i>Presencia histórica del Fondo de Cultura Económica</i>	527	39
Martínez, Rodrigo	<i>Doña Isabel Moctezuma, Tecuichpotzín (1509-1551)</i>	522	40
Martínez Bullé Goyri, Víctor M.	<i>Los derechos humanos en la actualidad</i>	516-517	9
Martínez Carrizales, Leonardo	<i>La identidad generacional de Juan Villoro</i>	523-524	59
McGowan, Gerard L.	<i>El territorio del Estado de México</i>	525-526	24
Melche, Julia Elena	<i>Nicolás Echeverría</i>	516-517	31
Melgar Adalid, Mario	<i>Los abogados y la política</i>	Extraordinario	65
Monmany, Mercedes	<i>La Italia del siglo XX: una literatura de lujo</i>	520	52
Moral, Enrique del y José Villagrán	<i>Programa General para la "Ciudad Universitaria"</i>	Extraordinario	36
Moreno de Alba, José G.	<i>Orígenes del español del suroeste de los Estados Unidos</i>	516-517	36
Moxó, Antonio y José Gaos	<i>La cátedra de pedagogía</i>	521	45
Noguez, Xavier	<i>Los códices coloniales del centro de México</i>	525-526	5
Ocampo, Aurora M.	<i>Los mitos fundadores en la América de nuestros días</i>	520	10
Olmos Cruz, Alejandro	<i>Periodismo cultural básico</i>	527	16
Ontañón de Lope, Paciencia	<i>Sobre las raíces del machismo</i>	520	15
Ortiz Gaitán, Julieta	<i>Estado y cultura. Las escuelas rurales, una cruzada cultural en el México bronco</i>	520	22
Ortiz Gómez, Octavio	<i>El conocimiento del Universo (Presentación del número)</i>	523-524	2
Pantoja Morán, David	<i>Condorcet y Sieyès. Dos intelectuales frente a la política</i>	527	45
Pitol, Sergio	<i>Chéjov, otra vez</i>	516-517	13
Quirarte, Vicente	<i>La Universidad como libro</i>	527	7
Rangel Guerra, Alfonso	<i>Cartas de José Gaos</i>	521	31
Rodríguez, Adolfo	<i>La Biblioteca Central y las bibliotecas de la UNAM</i>	Extraordinario	44
Salmerón, Fernando	<i>Sobre el pensamiento de José Gaos. La filosofía política de los transterrados</i>	521	10
Sarukhán, José	<i>Cuarenta años de la Ciudad Universitaria (Presentación del número)</i>	Extraordinario	2
Serafini, Giuliano	<i>Fernando Leal Audirac</i>	520	31
Snow, K. Mitchell	<i>Canto y danza. La forma de la plegaria</i>	518-519	49
Soberanes Fernández, José Luis	<i>Derechos humanos. ¿Necesidad o moda?</i>	516-517	3
Sobrinho, Jaime	<i>Población y funciones económicas del Estado de México en 1990</i>	525-526	57
Sosa, Víctor	<i>Roberto Rébora: inminencia y devenir</i>	522	27
Torre Villar, Ernesto de la	<i>Juan de Palafox y sus biógrafos</i>	522	7
Toussaint, Florence	<i>Las crónicas de los cuatro poetas del modernismo: fuentes para su estudio</i>	527	57
Uribe Aviña, Víctor Manuel	<i>Narcotráfico y cultura: los narcocorridos</i>	520	27
Valadez Azúa, Raúl	<i>Impacto del recurso faunístico en la sociedad teotihuacana</i>	525-526	11
Varela, Gonzalo	<i>La cultura política de las universidades de cara al siglo XXI</i>	520	19
Vázquez García, Verónica	<i>Movimientos sociales contemporáneos: el caso canadiense</i>	522	36
Vidargas, Francisco	<i>Los agustinos y Acolman</i>	525-526	43
Villagrán, José y Enrique del Moral	<i>Programa General para la "Ciudad Universitaria"</i>	Extraordinario	36
Vital, Alberto	<i>¿Manifestos contra antologías?</i>	516-517	49
Xirau, Ramón	<i>Memoria de Joaquín Xirau</i>	520	49
Xirau, Ramón	<i>De Descartes a Marx. La historia de la filosofía en la obra de José Gaos</i>	521	40
Yáñez, Enrique	<i>Ideas</i>	Extraordinario	7

Autor	Título	Núm.	Pág.
Yáñez, Martín	<i>Introducción a Ideas de Enrique Yáñez</i>	Extraordinario	7
Yurkievich, Saúl	<i>Julio Cortázar: sus mundos y sus modos</i>	522	46
Zaitzeff, Serge I.	<i>Eros en las cartas de Rafael Cabrera a Julio Torri</i>	527	61
Zea, Leopoldo	<i>La filosofía mexicana de José Gaos</i>	521	19
Ficción			
Aguirre, Eugenio	<i>En la destilería</i>	527	43
Antaki, Ikram	<i>Diálogo sobre el infinito</i>	523-524	13
Báez Zacarías, Javier	<i>La tranquilidad en una taza</i>	516-517	41
Caso Lombardo, Alejandro	<i>El miedo</i>	522	6
Curiel, Fernando	<i>Tren subterráneo</i>	516-517	24
García Ponce, Juan	<i>María</i>	520	36
Osorio, Eduardo	<i>La nueva comunicación</i>	525-526	36
Pohlentz, Ricardo	<i>Lo azaroso</i>	523-524	45
Yurkievich, Saúl	<i>Ilusionismo</i>	516-517	8
Ciencia			
Beyer, Carlos	<i>Sexo y cerebro</i>	518-519	30
Blanck-Cereijido, Fanny y Marcelino Cereijido	<i>El cerebro y el tiempo</i>	518-519	22
Cereijido, Marcelino y Fanny Blanck-Cereijido	<i>El cerebro y el tiempo</i>	518-519	22
Chimal, Carlos	<i>La sede del alma. Una propuesta</i>	518-519	40
Dultzin, Deborah	<i>Los enigmáticos cuasares</i>	523-524	54
Fernández Guardiola, Augusto	<i>Sueño, sueños y ensueños</i>	518-519	5
Pasantes, Herminia	<i>El cerebro y el placer</i>	518-519	10
Peimbert Sierra, Manuel	<i>Evolución de la composición química del Universo</i>	523-524	3
Peña, Miriam	<i>Materia interestelar</i>	523-524	9
Rodríguez, Luis F.	<i>El misterio de los destellos de rayos gama</i>	523-524	27
Ruiz, Élfego y Silvia Torres de Peimbert	<i>Hacia un nuevo telescopio</i>	523-524	50
Ruiz Mejía, Carlos	<i>Trampas de luz</i>	516-517	26
Tapia, Ricardo	<i>La materia de la memoria</i>	518-519	16
Torres de Peimbert, Silvia	<i>La Vía Láctea y otras galaxias</i>	523-524	16
Torres de Peimbert, Silvia y Élfego Ruiz	<i>Hacia un nuevo telescopio</i>	523-524	50
Crónica			
Alvarado Tezozómoc, Fernando	<i>La visión de Ahuitzotl</i>	525-526	3
Cáceres Alvarado, Luis y Edmundo Ruiz Velasco	<i>Las instalaciones deportivas de la Ciudad Universitaria</i>	Extraordinario	60
Carballo, Emmanuel	<i>Cuatro retratos</i>	516-517	59
Espejo, Beatriz	<i>Y puedo contar...</i>	Extraordinario	22
Galindo, Carmen	<i>Retratos hablados de nuestros años felices</i>	523-524	65
Pasantes, Herminia	<i>De la Casa del Lago a la Ciudad Universitaria</i>	Extraordinario	49
Ruiz Velasco, Edmundo y Luis Cáceres Alvarado	<i>Las instalaciones deportivas de la Ciudad Universitaria</i>	Extraordinario	60
Reseña bibliográfica			
Aristides, César	<i>Narraciones (La reina enemiga, de Mario Enrique Figueroa, y Donde las voces se guardan, de Marco Antonio Samaniego)</i>	522	52
Azueta, Luz Fernanda	<i>Ciencias: once años de difusión científica</i>	520	60
Bautista, Miguel	<i>El arte colonial como ingrediente del alma nacional (Francisco de la Maza. Obras escogidas)</i>	521	52
Elvridge-Thomas, Roxana	<i>La obligación del asesinar (de Antonio Helú)</i>	516-517	60
González Olvera, Pedro	<i>La política exterior de México en una época de cambio (La política exterior de México en la era de la modernidad, de Andrés Rozental)</i>	527	60
Herrera, Arnulfo	<i>Los pasos de un enamorado (El enamorado de Sor Juana, de José Pascual Buxó)</i>	522	48

Autor	Título	Núm.	Pág.
Llorente-Bousquets, Jorge y Nelson Papavero	<i>Los 150 años de la publicación de Los vestigios de la historia natural de la creación (de Robert Chambers)</i>	Extraordinario	62
Padilla Longoria, María Teresa	<i>Posibilidades y limitaciones del hombre contemporáneo (Paradojas del individualismo, de Victoria Camps)</i>	521	49
Palazón, María Rosa Papavero, Nelson y Jorge Llorente-Bousquets	<i>Un asunto de nahuales o el Diccionario de escritores mexicanos</i>	516-517	55
Patán, Federico	<i>Los 150 años de la publicación de Los vestigios de la historia natural de la creación (de Robert Chambers)</i>	Extraordinario	62
Quintero, Alfredo E.	Orlando (<i>de Virginia Woolf</i>)	520	57
Quintero, Alfredo E.	<i>La realidad desde el ángulo de las guerrillas (Crónica de los años de fuego, de Marco Antonio Flores)</i>	518-519	46
Ramírez Garrido, Jaime	<i>El brío en el timbre del paisaje (Colores en el mar y otros poemas y Piedra de sacrificios, de Carlos Pellicer)</i>	521	54
Téllez, Mario A.	<i>Del Perú intenso (Lituma en los Andes, de Mario Vargas Llosa)</i>	522	53
Trujillo, Julio	<i>Minería mexicana en el siglo XIX (Bonanzas y borrascas mineras. El Estado de México. 1821-1876, de Anne Staples)</i>	525-526	64
Vázquez Castillo, Margarita	<i>Una poesía del sosiego (La sed de lo perdido, de Eliseo Diego)</i>	518-519	52
Wimer, Javier	<i>Planeación y localización de servicios (Localización de servicios en la planeación urbana y regional: aspectos básicos y ejemplos de aplicación, de Carlos Garrocho)</i>	525-526	62
	<i>El secuestro de Jenkins: historia y novela (El secuestro de William Jenkins, de Rafael Ruiz Harrell)</i>	522	51
Reportaje			
Adaya Leythe, Ivonne A.	<i>Una danza en Temoaya</i>	525-526	63
Correspondencia			
Gaos, José	<i>Seis cartas inéditas</i>	521	33
Sierra Casasús, Catalina	<i>Comunicación puntual</i>	518-519	45
Artistas plásticos			
Cabanel, Alexandre	(Ilustración)	521	29
Cruz González Franco, Lourdes	(Fotografías)	Extraordinario	14 y 38
Cuevas, Pedro	(Fotografía)	Extraordinario	64
Dallal, Alberto	(Fotografía)	Extraordinario	57
Echevarría, Nicolás	(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)	516-517	
Gerzo, Gunther	(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)	527	
González Cruz, Maricela	(Fotografías)	516-517	45, 46 y 48
Guignet, Andrien	(Ilustraciones)	521	28 y 29
Guijosa, Vicente	(Fotografías)	Extraordinario	18 y 33
Gutiérrez Arriola, Cecilia	(Fotografías)	516-517	31-34
Gutiérrez Arriola, Cecilia	(Fotografías)	Extraordinario	4, 29, 45 y 63
Guzmán, Juan	(Fotografías del número completo)	518-519	
Guzmán, Juan	(Fotografías)	Extraordinario	31 y 33
Leal Audirac, Fernando	(Ilustra portada, páginas y centrales y número completo)	520	
Moreau, Gustave	(Ilustración)	521	27
Murguía, Francisco	(Fotografías)	518-519	49-51
Nishizawa, Luis	(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)	525-526	
O'Gorman, Juan	(Ilustra portada)	Extraordinario	
Pino, Ramón	(Fotografía)	Extraordinario	52-53
Poynter, John	(Ilustración)	521	29
Rébora, Roberto	(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)	522	
Schinkel, Friedrich	(Ilustración)	521	28
Seurat, Georges	(Ilustración)	516-517	58
Sjölander, Waldemar	(Ilustra portada)	521	
Tello, Berta	(Fotografías)	Extraordinario	49-50 y 61
Timm, Naura	(Ilustra portada)	518-519	
Velasco, José María	(Ilustraciones)	525-526	55 y 56